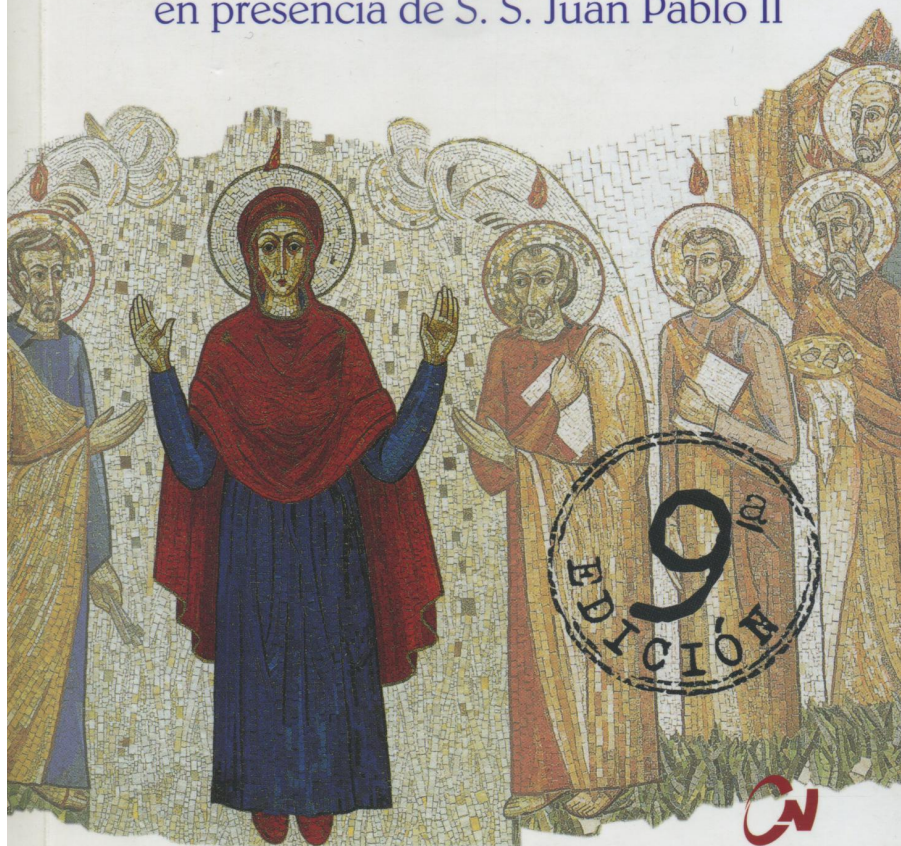


Card. F. X. Nguyen van Thuan

Testigos de esperanza

Ejercicios espirituales dados en el Vaticano
en presencia de S. S. Juan Pablo II



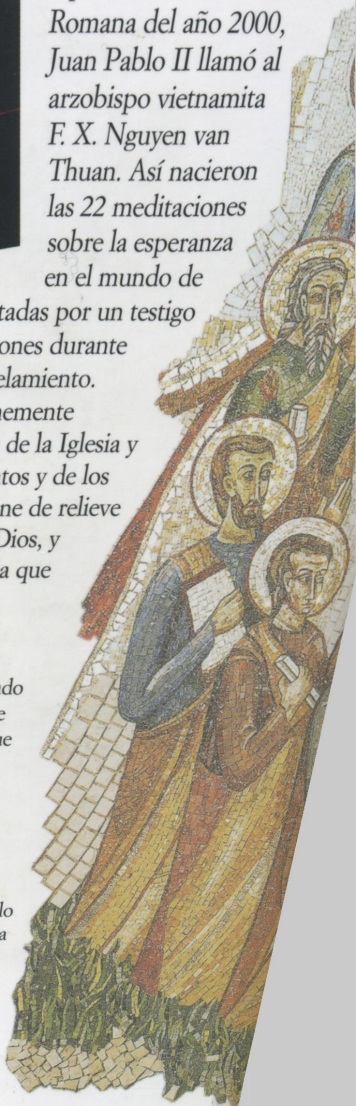

Ciudad Nueva



Para los ejercicios espirituales de la Curia Romana del año 2000, Juan Pablo II llamó al arzobispo vietnamita F. X. Nguyen van Thuan. Así nacieron las 22 meditaciones sobre la esperanza en el mundo de

hoy, presentadas por un testigo de la fe que maduró sus reflexiones durante la situación desesperada de su encarcelamiento. Con el lenguaje de la experiencia, firmemente anclado en la Escritura y en los Padres de la Iglesia y alimentado por el testimonio de los santos y de los escritores contemporáneos, el Autor pone de relieve la irresistible potencia de la Palabra de Dios, y traza para el nuevo milenio el rostro de la que él llama la "Iglesia una, santa, católica, apostólica y gozosa".

François-Xavier Nguyen van Thuan fue nombrado arzobispo coadjutor de Saigón (ahora ciudad de Ho Chi Minh) en 1975. Pocos meses después fue arrestado y pasó 13 años en la cárcel, 9 de los cuales en régimen de aislamiento. Una vez liberado fue obligado a abandonar Vietnam y se trasladó a Roma. Juan Pablo II le nombró presidente del Consejo Pontificio Justicia y Paz y posteriormente le creó cardenal. "Ha fallecido un santo" explicó el obispo Gianpaolo Crepaldi, secretario de este mismo Consejo, al dar la noticia del fallecimiento del cardenal, el 16 de septiembre de 2002.



ISBN 84-89651-89-2



9 788489 651890

FRANÇOIS XAVIER NGUYEN VAN THUAN

TESTIGOS DE ESPERANZA

Ejercicios espirituales dados
en presencia de S. S. Juan Pablo II

Capilla "Redemptoris Mater"
12-18 marzo 2000

NOVENA EDICIÓN



Ciudad Nueva

Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

Título original:
Testimoni della speranza © 2000,
Cittá Nuova Editrice Via degli
Scipioni, 265 00192 Roma

Traducción:
Juan Gil Aguilar

Cubierta:
Pentecostés (detalle)
Vaticano - Capilla “Redemptoris Mater”
Foto: Aurelio y Francesca Amendola Por
cortesía de la Librería Editrice Vaticana

Diseño de cubierta:
György Szokoly y Antonio Santos

1ª edición: julio 2000 9ª edición: abril 2004

© 2000, Editorial Ciudad Nueva José Picón,
28 - 28028 Madrid www.ciudadnueva.com

I.S.B.N.: 84-89651-89-2 Depósito Legal: M-
41884-2000

Impreso en España - Printed in Spain

Preimpresión: MCF Textos - Madrid
Imprime: Artes Gráficas Cuesta - Madrid

A MONSEÑOR FRANÇOIS-XAVIER
NGUYEN VAN THUAN
Presidente del Consejo Pontificio
de la Justicia y de la Paz¹

Al término de los ejercicios espirituales en los cuales he tenido la alegría de participar, durante esta primera semana de Cuaresma, con mis colaboradores más cercanos de la Curia Romana, le dirijo a usted, querido hermano en el episcopado, mi agradecimiento más cordial por el testimonio de fe ardiente en el Señor que ha expresado vigorosamente a través de sus meditaciones sobre este tema tan actual para la vida de la Iglesia: «Testigos de esperanza».

He deseado que en el curso del Gran jubileo se diese especial relevancia al testimonio de personas que «han sufrido por su fe, pagando con la sangre su adhesión a Cristo y a la Iglesia o afrontando con valentía interminables años de cárcel y de privaciones de todo tipo» (Incarnationis mysterium, n. 13). Este es el testimonio que usted ha compartido con nosotros con calor y emoción, mostrando que, en toda la vida del hombre, el amor misericordioso de Dios, que trasciende toda lógica humana, es sin medida, especialmente en los momentos de mayor angustia. Usted nos ha asociado así a todos aquellos que, en distintas partes del mun-

¹ Carta autógrafa del Santo Padre.

do, siguen pagando un pesado tributo en nombre de su fe en Cristo.

Basándose en la Escritura y en la enseñanza de los Padres de la Iglesia, así como en su experiencia personal, en especial del período transcurrido en prisión por Cristo y su Iglesia, ha destacado el poder de la Palabra de Dios, que, para los discípulos de Cristo, es «firmeza de la fe, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual» (Dei Verbum, n. 21).

A través de su palabra fraterna y estimulante nos ha conducido por los caminos de la esperanza que Cristo nos ha abierto, renovando nuestra humanidad para hacernos criaturas nuevas y llamándonos a una perpetua renovación personal y eclesial. ¡Que el Verbo Encarnado pueda dar a todos los que aún hoy sufren para que Cristo sea conocido y amado, la fuerza y el valor de anunciar en todas las circunstancias la verdad del amor cristiano!

Querido hermano en el episcopado, confío a la intercesión materna de la Virgen María, Madre de la esperanza, su persona y su ministerio, mediante el cual usted contribuye de una forma específica, en nombre de la Iglesia, a que se instaure la justicia y la paz entre los hombres. ¡Que Ella obtenga para usted la abundancia de las gracias de su Hijo, el Verbo Encarnado!

De todo corazón le imparto una afectuosa bendición apostólica, que extiendo de buen grado a todas las personas queridas para usted.

Vaticano, 18 de marzo de 2000

JOANNES PAULUS II

A mi madre Elisabeth, que me educó desde que estaba en su seno. Me enseñaba todas las noches las historias de la Biblia, me contaba las memorias de nuestros mártires, especialmente de nuestros antepasados; me enseñaba el amor a la patria, me presentaba a santa Teresa del Niño Jesús como modelo de virtudes cristianas. Es la mulier fortis que sepultó a sus hermanos masacrados por los traidores, a los que luego perdonó sinceramente, acogiéndolos siempre, como si nada hubiera sucedido. Cuando estaba en la prisión, era mi gran consuelo. Decía a todos: «Reza para que mi hijo sea fiel a la Iglesia y permanezca donde Dios quiera que esté».

INTRODUCCIÓN

DIOS ESCRIBE DERECHO EN RENGLONES TORCIDOS

«El primer año del tercer milenio, un vietnamita predicará los ejercicios espirituales a la Curia Romana», fue lo que me dijo Juan Pablo II el 15 de diciembre de 1999.

Luego, mirándome intensamente, prosiguió: «¿tiene usted en la mente algún tema?».

«Santo Padre, no sé qué decir, estoy sorprendido. ¿Podría hablar, quizá, de la esperanza?».

«¡Traiga su testimonio!».

Confuso y conmovido, vuelvo a casa. Entro en la capilla y rezo: «Jesús, ¿qué tengo que hacer? No estoy acostumbrado a hablar con abundancia de ciencia y de teología. Tú sabes que soy un ex-presidiario».

«Habla tal como eres. Haz lo que te ha dicho el Papa. ¡Con humildad, con sencillez!».

Entonces se me ocurrió preparar una comida vietnamita.

La olla es la misma, la materia también: el Evangelio de la esperanza.

Pero cambiaré el menú: usaré condimentos y aromas asiáticos y se comerá con palillos.

Trataré de hacerlo lo que mejor pueda. Pero el pobre cocinero no puede hacer absolutamente nada sin el fuego: el Espíritu Santo.

Los asiáticos no razonan mediante conceptos, sino que narran una historia, una parábola; y la conclusión resulta clara.

Así hablaron Confucio, Buda y Gandhi. Y así habla Jesús:

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó... ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo...? [...] Ve y haz tú lo mismo» (cf. *Lc* 10, 30-37).

El menú «esperanza» lo preparó un ex-presidiario que se hallaba en una situación desesperada, más que desesperada: lo creyeron muerto. El pueblo ofreció por mí muchos *réquiem*. Pero Dios sabe escribir derecho en renglones torcidos. Y estas misas por un difunto le han traído muchos años de vida.

Hoy, en el momento de la clausura de los ejercicios espirituales, estoy profundamente conmovido. Hace exactamente 24 años, el 18 de marzo de 1976, víspera de la fiesta de San José, me sacaron de la residencia forzosa de Cay Vong para ser sometido a un duro aislamiento en la prisión de Phu-Khanh.

Hace 24 años no habría imaginado nunca que un día, justamente en esta fecha, concluiría la predicación de los ejercicios espirituales en el Vaticano.

Hace 24 años, cuando celebraba la misa con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, no me habría esperado que el Santo Padre hoy me regalaría un cáliz dorado.

Hace 24 años nunca habría pensado que hoy, fiesta de San José de 2000, mi sucesor consagraría, precisamente en

el lugar donde viví en arresto domiciliario, la iglesia más bella dedicada a san José en Vietnam.

Hace 24 años no habría esperado nunca poder recibir hoy de un cardenal una suma consistente para los pobres de aquella parroquia.

¡Dios es grande, y grande es su Amor!

A Jesús, a María, a

José, al Santo Padre,

a todos vosotros, hermanos y hermanas queridísimos, a tantas personas de todo el mundo que han rezado por nosotros en estos días, como en un único y gran cenáculo, les doy las gracias infinitamente.

Y adoro la epifanía de la misericordia divina.

Juan Pablo II me ha autorizado a publicar estas meditaciones. Creo que la carta autógrafa del Santo Padre es la introducción más hermosa.

18 de marzo de 2000

François-Xavier Nguyen van Thuan

CON LA FUERZA DE LA GRACIA DE DIOS

1

ANTE EL MISTERIO DE DIOS *LIBER GENERATIONIS IESU CHRISTI*

Yo, Francisco, siervo de Jesucristo, el menor entre los sucesores de los apóstoles, no creo saber muchas cosas delante de vosotros, excepto Jesucristo crucificado. Obediente al mandato del Santo Padre y con su bendición, os saludo, queridísimos hermanos, *in osculo sancto* y os invito: *in nomine Domini* empezamos juntos los ejercicios espirituales del año 2000 con la meditación introductoria.

La genealogía de Cristo

El evangelista Mateo abre su testimonio sobre Jesús como Hijo de Dios con estas palabras: «Libro del origen de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán...» (Mt 1,1).

Podrá sorprender la elección de este texto como tema de nuestra primera meditación.

Cuando se trata de proclamar este pasaje evangélico en la liturgia, no es raro que sintamos cierta incomodidad. Alguno considera la lectura de este texto como un ejercicio sin significado, como una repetición aburrida. Otros

lo leen rápidamente, haciéndolo incomprensible a los fieles; otros lo abrevian, saltándose algunos versículos.

Para los asiáticos, y en particular para mí, que soy vietnamita, el recuerdo de nuestros antepasados tiene un gran valor. Según nuestra cultura, guardamos con piedad y devoción en el altar doméstico el libro de nuestra genealogía familiar. Yo mismo conozco los nombres de 14 generaciones de mis antepasados, desde 1698, cuando mi familia recibió el santo bautismo. A través de la genealogía nos damos cuenta de que pertenecemos a una historia que es más grande que nosotros. Y captamos con mayor verdad el sentido de nuestra propia historia.

Por esto doy gracias a la santa Madre Iglesia, que, al menos dos veces al año, en el tiempo de Adviento y en la fiesta de la Natividad de María, hace resonar en nuestras asambleas, esparcidas por todo el mundo católico, los nombres de tantos personajes significativos que han tenido, según el designio misterioso de Dios, un papel importante en la historia de la salvación y en la realidad del pueblo de Israel.

Estoy convencido de que las palabras del «Libro de la genealogía de Jesucristo» contienen el anuncio esencial de la primera y de la nueva alianza, el núcleo del misterio de la salvación que nos une a todos: católicos, ortodoxos y protestantes.

En el contexto del santo Jubileo de la Encarnación, durante el cual la Iglesia canta la alegría de su esperanza en Cristo, nuestro único Salvador, este pasaje de la Escritura nos revela el misterio de la historia como misterio de la misericordia. Nos recuerda lo que proclama la Virgen María en su cántico profético, el *Magnificat*, que la Iglesia expresa cada día en el rezo de Vísperas: el designio misericordioso y fiel de Dios se ha cumplido según su promesa «en favor de Abrahán y de su

linaje por los siglos» (Lc 1,55). En verdad, la misericordia de Dios se extiende y se extenderá de generación en generación, «porque es eterna su misericordia» (cf. *Sal*

El misterio de nuestra llamada

El «Libro de la genealogía de Jesucristo» se articula en tres partes. En la primera, se nombra a los patriarcas; en la segunda, a los reyes antes del exilio de Babilonia; en la tercera, a los reyes posteriores al destierro.

Lo que sorprende en primer lugar en la lectura del texto es el misterio de la vocación, de la elección por parte de Dios, llena de gratuidad y de amor, incomprensible a los parámetros de la razón e incluso a veces escandalosa.

Así, en el «Libro de la genealogía de Jesucristo» aparece que Abrahán, en vez de elegir al primogénito Ismael, hijo de Agar, elige a Isaac, el segundogénito, hijo de la promesa, hijo de su mujer, Sara.

A su vez, Isaac quiso bendecir a su primogénito, Esaú, pero, al final, bendijo a Jacob, según un misterioso designio de Dios.

Jacob no transmite la continuidad familiar, que avanza históricamente hacia el Mesías, ni a Rubén, el primogénito, ni a José, el más amado, el mejor de todos, el que perdonó a sus hermanos y los salvó del hambre en Egipto. La elección recayó sobre Judá, su cuarto hijo, responsable, junto con los demás, de la venta de José a los mercaderes que lo condujeron a Egipto.

El misterio desconcertante de la elección que Dios hace de los antepasados del Mesías empieza a requerir nuestra atención.

Esta página ilumina el misterio de nuestra vocación.

«No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15,16). No hemos sido elegidos a causa de nuestros méritos, sino solamente a causa de su misericordia. «Con amor eterno te he amado», dice el Señor (Jr 31,3). Esta es nuestra seguridad. «Yahvé desde el seno materno me llamó» (Is 49, 1). Este es nuestro orgullo: saber que hemos sido llamados y elegidos por amor.

Estos días de los ejercicios son un tiempo propicio para cantar nuestra infinita gratitud al Señor, «porque es eterna su misericordia». Y hemos de hacerlo desde lo profundo de nuestro corazón, con gran humildad y reconocimiento. «Levanta del polvo al desvalido, alza al pobre del estiércol, para sentarlo en medio de los nobles, en medio de los nobles de su pueblo» (Sal 113, 7-8).

El misterio del pecado y de la gracia

Si consideramos los nombres de los reyes presentes en el «Libro de la genealogía de Jesús», podemos constatar que antes del exilio, solo dos de ellos han sido fieles a Dios: Ezequías y Josías. Los demás han sido idólatras, inmorales, asesinos...

También en el período posterior al destierro, entre los numerosos reyes nombrados sólo hallamos dos personajes que han sido siempre fieles al Señor: Salatiel y Zorobabel. Los demás son o pecadores o desconocidos.

En David, el más famoso de los reyes que han dado vida al Mesías, se entrelazan santidad y pecado: con lágrimas amargas confiesa en sus Salmos los pecados de adulterio y de asesinato, especialmente en el Salmo 50, que se

ha convertido en oración penitencial en la liturgia de la Iglesia.

También las mujeres que Mateo nombra al comienzo de su Evangelio como madres que transmiten la vida, desde el seno de la bendición de Dios, suscitan en nosotros una cierta emoción. Son mujeres que se hallan en una situación irregular: Tamar es una pecadora; Rajab, una prostituta; Rut, una extranjera; de la cuarta mujer no se dice el nombre; se dice sólo: «de la mujer de Urías». Se trata de Betsabé.

Y sin embargo, el río de la historia, crecido de pecados y de crímenes, se convierte en una fuente de agua límpida conforme nos acercamos a la plenitud de los tiempos: con María, la Madre, y en Jesús, el Mesías, son rescatadas todas las generaciones.

Que esta lista de nombres de pecadores y pecadoras que Mateo señala en la genealogía de Jesús no nos escandalice. Exalta el misterio de la misericordia de Dios. También en el Nuevo Testamento Jesús eligió a Pedro, que lo negó, y a Pablo, que lo persiguió. Y sin embargo son las columnas de la Iglesia. En este mundo, si un pueblo escribe su historia oficial, hablará de sus victorias, de sus héroes, de su grandeza... Es un caso único, admirable y estupendo, encontrar un pueblo que en su historia oficial no oculta los pecados de sus antepasados.

El misterio de la esperanza

Todo el Antiguo Testamento tiende a la esperanza:
Dios viene para restaurar su Reino,
Dios viene a restablecer la Alianza,

Dios viene para construir un pueblo nuevo,
para construir una nueva Jerusalén, para
edificar un templo nuevo,
Dios viene para volver a crear el mundo.

Con la Encarnación, este Reino ha venido, la plenitud de los tiempos ya ha llegado. Pero Jesús afirma que el Reino está creciendo lentamente, ocultamente, como un granito de mostaza. Entre la plenitud y el final de los tiempos, la Iglesia está en camino como Pueblo de la esperanza.

Decía Charles Péguy: «La fe que amo más es la esperanza»¹. Sí, porque en la esperanza, la fe, que actúa mediante la caridad, abre en el corazón de los hombres caminos nuevos, tiende a la realización del mundo nuevo, de la civilización del amor, trae al mundo la vida divina de la Santísima Trinidad, su modo de ser y de obrar tal como se ha manifestado en Cristo y nos transmiten los Evangelios.

Esta es, hermanos, nuestra gran llamada. No por mérito nuestro, sino «porque es eterna su misericordia». Hoy, como en tiempos del Antiguo Testamento, Dios actúa en los pobres de espíritu, en los humildes, en los pecadores que se convierten a El de todo corazón.

Cruzar juntos el umbral de la esperanza

He elegido como tema para los ejercicios espirituales de este año jubilar el título *Testigos de esperanza*. La esperanza es, tal vez, el reto más grande a las puertas de este

¹ *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Encuentro, Madrid 1991, p. 13.

nuevo milenio. *Witness to Hope* -testigo de la esperanza-: así se titula una reciente biografía de Juan Pablo II. No puedo dejar de darle las gracias en esta hora al Santo Padre por haber guiado a la Iglesia con su luminoso testimonio a *cruzar el umbral de la esperanza*. Atravesando junto a los hermanos de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales la Puerta Santa, el umbral del futuro, ha manifestado que toda la humanidad continúa su peregrinación al encuentro de Jesús, que es la única esperanza.

Hoy me presento como un pobre ex-presidiario que ha transcurrido más de trece años en la cárcel, nueve de los cuales aislado.

Tremens factus sum ego et timeo - «Estoy temblando y temo» también ante esta tarea que el Santo Padre me ha confiado. Me conforta una novela americana que narra la historia de un famoso predicador que fascinaba a las multitudes. Delante de su púlpito, un viejecito seguía fielmente todos sus sermones. El predicador estaba muy contento de su éxito. Un día se le apareció un ángel: «Me congratulo contigo por tus conferencias... ¡Eres excelente! Pero ¿recuerdas a ese viejecito que viene siempre a escucharte?». «Sí, lo he visto», responde el predicador. Y el ángel añade: «Que sepas que él viene, no para escucharte, sino para rezar por ti. Gracias a sus oraciones, tus sermones hacen tanto bien a los fieles».

Por esto, permitidme que os diga: de todo corazón, cuento con vuestras oraciones.

Y con estos sentimientos, nos acogemos a la Virgen María, *Redemptoris Mater*, Madre del Redentor, que reina en esta capilla rodeada por los santos de Oriente y de Occidente. La sentimos cerca como en el momento de Pentecostés, casi como el corazón mismo de la Iglesia, como Madre de los pastores y de los fieles, como Madre de la Iglesia.

Nos cum prole pia benedicat Virgo Marta - Que la Virgen María nos bendiga, y a todo el pueblo santo.

ESPERA EN DIOS

2

JESÚS SALVADOR, ÚNICA ESPERANZA *SIMON, QUID DICIS DE ME?*

El 15 de agosto de 1975, fiesta de la Asunción, en la ciudad de Ho Chi Minh, fui invitado a ir al Palacio de la Presidencia, el «Palacio de la Independencia». Allí me detuvieron. Eran las dos de la tarde. En ese momento, todos los sacerdotes, religiosos y religiosas habían sido convocados al Teatro de la Ópera con el fin de evitar cualquier reacción por parte del pueblo. Comienza así para mí una nueva y especialísima etapa de mi larga aventura.

Salí de casa vestido con la sotana, y llevaba un rosario en el bolsillo. Durante el viaje hacia la prisión me doy cuenta de que lo estoy perdiendo todo. Sólo me queda confiarme a la Providencia de Dios. Aun en medio de tanta ansiedad, siento una gran alegría: «Hoy es la fiesta de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María al cielo».

Desde aquel momento está prohibido llamarme «obispo, padre...». Soy el señor Van Thuan. No puedo llevar ningún signo de mi dignidad. Sin previo aviso, también Dios me pide que vuelva a lo esencial.

En el *shock* de esta nueva situación, cara a cara con Dios, siento que Jesús me dirige la pregunta: *Simón, quid dicis de me?* - «Simón, ¿quién dices que soy yo?» (cf. Mt 16, 15).

En la prisión, mis compañeros, que no son católicos, quieren comprender «las razones de mi esperanza». Me preguntan amistosamente y con buena intención: «¿Por qué lo ha abandonado usted todo: familia, poder, riquezas, para seguir a Jesús? ¡Debe de haber un motivo muy especial!». Por su parte, mis carceleros me preguntan: «¿Existe Dios verdaderamente? ¿Jesús? ¿Es una superstición? ¿Es una invención de la clase opresora?».

Así pues, hay que dar explicaciones de manera comprensible, no con la terminología escolástica, sino con las palabras sencillas del Evangelio.

Los defectos de Jesús

Un día encontré un modo especial de explicarme. Pido vuestra comprensión e indulgencia si repito aquí, delante de la Curia, una confesión que puede sonar a herejía:

«Lo he abandonado todo para seguir a Jesús porque amo los defectos de Jesús».

Primer defecto: Jesús no tiene buena memoria

En la cruz, durante su agonía, Jesús oyó la voz del ladrón a su derecha: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino» (*Lc 23, 42*). Si hubiera sido yo, le habría contestado: «No te olvidaré, pero tus crímenes tienen que ser expiados, al menos, con 20 años de purgatorio». Sin embargo Jesús le responde: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso» (*Lc 23, 43*). Él olvida todos los pecados de aquel hombre.

Algo análogo sucede con la pecadora que derramó perfume en sus pies: Jesús no le pregunta nada sobre su pasado escandaloso, sino que dice simplemente: «Quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor» (*Lc 7, 47*).

La parábola del hijo pródigo nos cuenta que éste, de vuelta a la casa paterna, prepara en su corazón lo que dirá: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros» (*Lc 15, 18-19*). Pero cuando el padre lo ve llegar de lejos, ya lo ha olvidado todo; corre a su encuentro, lo abraza, no le deja tiempo para pronunciar su discurso, y dice a los siervos, que están desconcertados: «Traed el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en la mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado» (*Lc 15, 22-24*).

Jesús no tiene una memoria como la mía; no sólo perdona, y perdona a todos, sino que incluso olvida que ha perdonado.

Segundo defecto: Jesús no sabe matemáticas

Si Jesús hubiera hecho un examen de matemáticas, quizá lo hubieran suspendido. Lo demuestra la parábola de la oveja perdida. Un pastor tenía cien ovejas. Una de ellas se descarrió, y él, inmediatamente, va a buscarla dejando las otras noventa y nueve en el redil. Cuando la encuentra, carga a la pobre criatura sobre sus hombros (cf. *Lc 15, 4-7*).

Para Jesús, uno equivale a noventa y nueve, ¡y quizá incluso más! ¿Quién aceptaría esto? Pero su misericordia se extiende de generación en generación...

Cuando se trata de salvar una oveja descarriada, Jesús no se deja desanimar por ningún riesgo, por ningún esfuerzo. ¡Contemplemos sus acciones llenas de compasión cuando se sienta junto al pozo de Jacob y dialoga con la samaritana, o bien cuando quiere detenerse en casa de Zaqueo! ¡Qué sencillez sin cálculo, qué amor por los pecadores!

Tercer defecto: Jesús no sabe de lógica

Una mujer que tiene diez dracmas pierde una. Entonces enciende la lámpara para buscarla. Cuando la encuentra, llama a sus vecinas y les dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido» (cf. *Lc* 15, 8-9).

¡Es realmente ilógico molestar a sus amigas sólo por una dracma! ¡Y luego hacer una fiesta para celebrar el hallazgo! Y además, al invitar a sus amigas ¡gasta más de una dracma! Ni diez dracmas serían suficientes para cubrir los gastos...

Aquí podemos decir de verdad, con las palabras de Pascal, que «el corazón tiene sus razones, que la razón no conoce»¹.

Jesús, como conclusión de aquella parábola, desvela la extraña lógica de su corazón: «Os digo que, del mismo modo, hay alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta» (*Lc* 15, 10).

¹ B. PASCAL, *Pensées*, n. 477, en *Oeuvres complètes* (ed. J. Chevalier), París 1954.

Cuarto defecto: Jesús es un aventurero

El responsable de publicidad de una compañía o el que se presenta como candidato a las elecciones prepara un programa detallado, con muchas promesas.

Nada semejante en Jesús. Su propaganda, si se juzga con ojos humanos, está destinada al fracaso.

Él promete a quien lo sigue procesos y persecuciones. A sus discípulos, que lo han dejado todo por él, no les asegura ni la comida ni el alojamiento, sino sólo compartir su mismo modo de vida.

A un escriba deseoso de unirse a los suyos, le responde: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (*Mt 8, 20*).

El pasaje evangélico de las bienaventuranzas, verdadero «autorretrato» de Jesús, aventurero del amor del Padre y de los hermanos, es de principio a fin una paradoja, aunque estemos acostumbrados a escucharlo:

«Bienaventurados los pobres de espíritu...,
bienaventurados los que lloran..., bienaventurados los
perseguidos por... la justicia..., bienaventurados seréis
cuando os injurien y os persigan y digan con mentira
toda clase de mal contra vosotros por mi causa.
Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será
grande en los cielos» (*Mt 5, 3-12*).

Pero los discípulos confiaban en aquel aventurero. Desde hace dos mil años y hasta el fin del mundo no se agota el grupo de los que han seguido a Jesús. Basta mirar

a los santos de todos los tiempos. Muchos de ellos forman parte de aquella bendita asociación de aventureros. ¡Sin dirección, sin teléfono, sin fax...!

Quinto defecto: Jesús no entiende ni de finanzas ni de economía

Recordemos la parábola de los obreros de la viña: «El Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Salió luego hacia las nueve y hacia mediodía y hacia las tres y hacia las cinco... y los envió a sus viña». Al atardecer, empezando por los últimos y acabando por los primeros, pagó un denario a cada uno (cf. *Mt 20, 1-16*).

Si Jesús fuera nombrado administrador de una comunidad o director de empresa, esas instituciones quebrarían e irían a la bancarrota: ¿cómo es posible pagar a quien empieza a trabajar a las cinco de la tarde un salario igual al de quien trabaja desde el alba? ¿Se trata de un despiste, o Jesús ha hecho mal las cuentas? ¡No! Lo hace a propósito, porque -explica-: «¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?».

Y nosotros hemos creído en el amor

Pero preguntémosnos: ¿por qué Jesús tiene estos defectos?

Porque es Amor (cf. *1 Jn 4, 16*). El amor auténtico no razona, no mide, no levanta barreras, no calcula, no recuerda las ofensas y no pone condiciones.

Jesús actúa siempre por amor. Del hogar de la Trinidad él nos ha traído un amor grande, infinito, divino, un

amor que llega -como dicen los Padres- a la locura y pone en crisis nuestras medidas humanas.

Cuando medito sobre este amor mi corazón se llena de felicidad y de paz. Espero que al final de mi vida el Señor me reciba como al más pequeño de los trabajadores de su viña, y yo cantaré su misericordia por toda la eternidad, perennemente admirado de las maravillas que él reserva a sus elegidos. Me alegraré de ver a Jesús con sus «defectos», que son, gracias a Dios, incorregibles.

Los santos son expertos en este amor sin límites. A menudo en mi vida he pedido a sor Faustina Kowalska que me haga comprender la misericordia de Dios. Y cuando visité Paray-le-Monial, me impresionaron las palabras que Jesús dijo a santa Margarita María Alacoque: «Si crees, verás el poder de mi corazón».

Contemplemos juntos el misterio de este amor misericordioso.

Has hecho admirablemente todas las cosas

Dios ha creado al hombre y a la mujer a su imagen: «Apenas inferior a un dios lo hiciste» {*Sal* 8, 6; cf. *Hh* 2, 7). Les dio la inmortalidad, la verdad, la justicia... El Concilio Vaticano II enseña: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador» (*GS* 19).

Pero el hombre, en su libertad, puede rechazar la *grandeza* que el designio de Dios le ha otorgado; puede tratar de realizarse según su propio designio, distinto de ese futuro que Dios promete; puede tratar de garantizarse su propio futuro, como lo hacen, según el testimonio de la Escritura, las naciones paganas mediante la búsqueda de la riqueza, el apoyo en los hombres, la alianza con las potencias extranjeras, la posesión de cosas sagradas (cf. Oí 2, 10; Ez 16, 15ss). Así cae en su *miseria*. Ya no espera en Dios, sino que sigue las *falsas esperanzas*.

Mas admirablemente las has reconstituido

Dios, especialmente mediante los profetas, no cesa de llamar a los hombres a la verdadera esperanza, que es Jesús, único Salvador. En Jesús se nos da la luz de la verdad, la remisión de los pecados, la restauración de la libertad frente a las fuerzas del mal, una capacidad nueva de amar, la participación en la naturaleza divina, la victoria sobre la muerte mediante la resurrección corporal, la vida eterna. Jesús sale al encuentro de la miseria humana. Al salvarnos, ha hecho de su Evangelio y de su gracia el principio renovador del mundo y sobre todo del hombre, en todos los ámbitos de su existencia: privado y público, cultural y social, político y económico. *Omnia instaurare in Christo*.

En éxtasis ante Jesús, que es mi Dios y mi todo, *Deus meus et omnia*, quisiera ser, junto a él, fuente de esperanza en el jardín del mundo, como escribe el poeta francés Charles Péguy:

«Uno se pregunta: ¿cómo es posible
que esa fuente Esperanza mane eternamente,

eternamente joven, fresca, viva...
Dios dice:
gente buena, eso no es tan difícil...
Si fuera con agua pura
con la que ella quisiera hacer fuentes puras,
nunca encontraría suficiente
en toda mi creación.
Pero ella hace sus fuentes de agua pura
justamente con aguas malas.
Por eso no le falta nunca.
También por esto ella es la Esperanza...
Y es el secreto más bello
que hay en el jardín del mundo»².

*Salve Mater misericordiae Mater Del et
mater veniae Mater spei et mater gratiae
Mater plena sanctae laetitiae.
O Marta!*³.

² Cf. *El pórtico del misterio...*, cit., pp. 132-134.

³ ¡Salve, Madre de misericordia / Madre de Dios y madre de indulgencia /
Madre de la esperanza y madre de la gracia / Madre colmada de la santa
alegría / Oh María!

UN BALANCE AL COMIENZO DEL SIGLO XXI
REDDE RATIONEM VILICATIONIS TUAE

Según una antigua tradición asiática, en la corte imperial cada año se escribía la historia del reino. Dos altos ministros del emperador se encargaban de ello. El uno tenía que poner por escrito las cosas buenas que habían ocurrido en el reino; el otro tenía que hacer una lista de todo lo negativo que había sucedido; pero ninguno de los dos sabía lo que escribía el otro.

En una audiencia especial y pública, a comienzos del año nuevo y ante la corte imperial, ambos redactores tenían que leer su balance. Todos esperaban conocer la verdad contrastando los dos informes.

Después de haber escuchado las crónicas, el emperador, dirigiéndose a la corte, decía: «Quien tenga entre vosotros algo que decir, que lo diga».

Así fue como un día el emperador invitó a todos a expresar su opinión. Pero nadie se atrevía a hablar. Reinaba el más absoluto silencio. De repente se oyó a alguien gemir y llorar. Entonces el emperador preguntó: «¿Quién llora? El que está llorando venga ante mí y hable». Salió un mandarín, hizo una triple reverencia ante el emperador y dijo con mucho respeto: «Majestad, nadie en esta corte

se atreve a decir la verdad. ¡Temo que nuestra nación esté en peligro y se derrumbe!».

Estamos invitados a ser buscadores y testigos de la verdad en la esperanza, ante el Señor y ante el mundo, por el bien de la Iglesia. Nos anima a acoger esta invitación el Santo Padre, que en el primer domingo de Cuaresma del año jubilar ha dado al mundo un extraordinario testimonio y un ejemplo, pidiendo perdón a Dios por los errores y las faltas de los hijos de la Iglesia a lo largo de la historia y ofreciendo a su vez el perdón.

El Señor nos llama a la conversión

Si me atrevo a invitar a la conversión es porque el Señor mismo nos la pide. Como a administradores de sus bienes, puede repetirnos la palabra del Evangelio: *Redde rationem villicationis tuae* - «Dame cuenta de tu administración» (*Lc 16, 2*).

Se trata de una conversión *de* una situación negativa o mediocre *a* una realización más auténtica del Evangelio. Se trata de abandonar las falsas esperanzas para poner, como servidores del ministerio petrino, toda nuestra esperanza en Cristo.

Esta conversión, que el Santo Padre ha querido subrayar con el reciente Jubileo de la Curia Romana, se corresponde con el espíritu del año jubilar, con el sentido de la peregrinación de la vida hacia Dios, hacia la luz que ilumina y vence nuestros pecados.

No nos asuste nuestra debilidad. También Pedro era débil. Es precisamente la conciencia de nuestra fragilidad lo

que nos hace auténticos discípulos de Cristo y nos impulsa a realizar en el corazón de la Iglesia una renovación constante.

Palabra de verdad

Pensemos un momento en las sociedades empresariales de este mundo: al comienzo de este nuevo siglo revisan a la luz de las grandes tendencias sus proyectos, las orientaciones de su actividad, sus planes de trabajo.

Dejando atrás un siglo de grandes conquistas, pero también de tremendas desgracias, también nosotros queremos, a las puertas del nuevo milenio, hacer balance y trazar perspectivas a la luz de la Palabra de Dios.

Somos pastores de dicasterios de la Santa Sede, con muchas personas y muchos asuntos a nuestro cargo. Pertenece al colegio apostólico. En comunión con el Santo Padre y bajo su autoridad, somos partícipes de su solicitud diaria por todas las Iglesias (cf. 2 Co 11,28). ¿Cómo no pedir al Señor que nos conceda un espíritu de conversión?

Por ejemplo, ¿hemos sido fieles en la correcta realización y actualización de la voluntad de Dios manifestada en ese acontecimiento central que ha sido el Concilio Vaticano II?

Para ponernos en la verdad ante el Señor, nada más válido que dejar que El mismo, con inmenso amor, nos ilumine y nos purifique con su Palabra de verdad. El Resucitado, el Primero y el Ultimo, el Viviente. El, que en todo tiempo habla a la Iglesia mediante su Espíritu.

Lo que el Espíritu dice a las Iglesias

En el libro del Apocalipsis, Cristo resucitado hace un balance de la vida de las siete Iglesias de Asia Menor y ha-

bla de él a sus pastores. Con su mensaje quiere purificar la vida de las comunidades. Tratemos de percibir la pasión de Cristo, Esposo de la Iglesia, por la santidad de los pastores y de los fieles y dejémonos renovar por sus palabras, para una verdadera conversión en este año jubilar.

La Iglesia de Éfeso: una Iglesia que ha perdido su primer amor (cf. Ap 2, 1-7). El Señor la reprende por haber perdido ese amor vivo, siempre fresco y generoso, que brota del Espíritu Santo y rejuvenece a la Iglesia (cf. LG 4). «Date cuenta, pues, de dónde has caído, arrepiéntete y vuelve a tu conducta primera», le dice, y la previene con fuerza: «Si no, iré a ti y cambiaré de su lugar tu candelero».

La Iglesia de Pérgamo: una Iglesia que tolera la idolatría (cf. Ap 2, 12-17). El Señor comprende que esta Iglesia vive en un ambiente especialmente difícil («donde está el trono de Satanás»). Aprecia su fidelidad sustancial. Pero la Palabra de Dios es «espada de doble filo». No se puede tolerar que en la comunidad algunos caigan en la idolatría: «Arrepiéntete, pues; si no, iré pronto a ti y lucharé contra éstos con la espada de mi boca».

La Iglesia de Tiatira: una Iglesia que ha cedido ante el mal (cf. Ap 2, 18-29). Esta Iglesia es muy operante y activa. Pero aquel «cuyos ojos son como llama de fuego» mira la pureza del corazón. A El no se le puede escapar que existe transigencia en las costumbres: «Tengo contra ti que toleras a Jezabel, esa mujer que se llama profetisa y está enseñando y engañando a mis siervos para que forniquen y coman carne inmolada a los ídolos. Le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación». El Señor sólo dará autoridad sobre las naciones a los que llevan una vida íntegra «hasta el final».

La Iglesia de Sardes: una Iglesia que duerme (cf. Ap 3, 1-6). «Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir». A esta Iglesia Jesús le recomienda que no se apoye en las glorias pasadas: «Acuérdate de cómo recibiste y oíste mi palabra: guárdala y arrepíentete. Porque, si no estás en vela, vendré como ladrón...».

La Iglesia de Laodicea: una Iglesia tibia (cf. Ap 3, 14-22). Tal vez aquí oímos la reprensión más fuerte: «Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente... Voy a vomitarte de mi boca». El Señor rechaza la mediocridad. Dicen los santos que se trata del estado más peligroso en la vida espiritual. Jesús nos quiere arrancar de esta situación invitándonos a escucharlo a El, que llama a la puerta de nuestra vida. «Tú dices: “Soy rico; me he enriquecido: nada me falta”. Y no te das cuenta de que eres un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo... Sé, pues, ferviente y arrepíentete».

De las siete Iglesias, Cristo Resucitado reprende a cinco: por falta de un amor ardiente, por transigir ciertos males, por idolatría, por somnolencia y tibieza. Sólo dos Iglesias no son reprendidas: la de Esmirna y la de Filadelfia.

La Iglesia de Esmirna: una Iglesia perseguida y pobre (cf. Ap 2, 8-11). El Resucitado la anima en el momento de la tribulación y de la prueba: «Conozco tu tribulación y tu pobreza -aunque eres rico- ... No temas por lo que vas a sufrir: el diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis tentados... Mantente fiel hasta la muerte». Así es como se obtiene la corona de la gloria.

La Iglesia de Filadelfia: una Iglesia pequeña pero fiel (cf. Ap 3, 7-13). Ya el nombre de esta Iglesia es significativo:

philadelphia, «el amor de la fraternidad» (cf. *1 P* 1, 22; 2, 17). Es el término que el Nuevo Testamento utiliza para hablar del amor que los discípulos de Jesús se tienen mutuamente. Para esta Iglesia el Señor tiene una palabra especial de ánimo: «He abierto ante ti una puerta que nadie puede cerrar». Es una Iglesia pequeña, pero amada por Dios: «Aunque tienes poco poder, has guardado mi palabra y no has renegado de mi nombre... También yo te guardaré».

Consideremos algunos elementos recurrentes en cada uno de estos mensajes:

- «Conozco tu conducta...», «sé dónde vives...», «conozco tu tribulación...». El Señor sabe todo lo nuestro. Penetrando en nuestra vida con su mirada, que es como una llama de fuego, nos invita a revisar nuestra relación con El, que es «el Primero y el Último».

- En cada Iglesia, El, que es justo, encuentra un motivo de alabanza. Pero a casi todas les dice: «Pero tengo que reprenderte...». Son palabras que no dejan indiferentes. Cristo ama demasiado seriamente para permitir a las Iglesias que se queden estancadas en sus debilidades. La llamada a la conversión es insistente, angustiada, sostenida por su amor, que, aunque discreto, no da tregua.

- Cada mensaje se concluye con las palabras: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias». Nuestro camino de conversión halla su cúspide y su cumplimiento en la escucha del Espíritu. Nosotros, su Iglesia, sólo tendremos que abandonarnos a El totalmente. El nos dará la gracia de responder plenamente a nuestra llamada y la capacidad de leer los signos de los tiempos. Esta es la finalidad del Jubileo.

Pienso que el último mensaje es como el compendio de lo que el Señor quiere decir a su Iglesia: ¡sé una Iglesia

fiel al amor, fiel a la palabra del Evangelio, a la ley del amor fraterno! Entonces serás testimonio de la presencia del Señor, crecerás, vivirás y vencerás.

«*Adsumus, Domine*»: *Con humildad en presencia de Dios*

Hay una oración que recitamos con frecuencia en momentos especiales de nuestras reuniones: la *Adsumus, Domine*, que se atribuye a san Isidoro de Sevilla¹.

Cada vez que la recito, me interroga y me invita a vivir en la verdad ante Dios. Penetra en mí una luz especial de la voluntad de Dios.

La recito y me siento en presencia de Dios, de ese Dios ante el cual nos encontramos cuando decimos: *Adsumus* - Aquí estamos.

Como una oración letánica, me sirve de purificación y me devuelve a la humildad: estamos ante ti con la carga del pecado: *Peccati quidem immanitate detenti...*

Nos sentimos animados y, como en un columpio, podemos subir desde el abismo de nuestra miseria al vértice de la misericordia divina: *Veni ad nos et esto nobiscum* - Ven en medio de nosotros y quédate con nosotros.

Para encontrar la orientación, el camino recto de la voluntad de Dios, nos ponemos bajo su guía: *Doce nos quid agamus, quo gradiamur, quid efficere debeamus* - Enséñanos qué hacer, cómo proceder, qué debemos obrar.

¿Cuáles pueden ser los pecados y los defectos de los que pedimos ser liberados con la fuerza del Espíritu Santo?

¹ Cf. «La preghiera dell'*Adsumus*. Note storico-critiche», en D. BALBONI, *Anédota litúrgica*, I. Ciudad del Vaticano 1984. pp. 17-24.

Tal vez la falta de justicia en nuestro obrar, si somos *perturbatores iustitiae*.

Quizá la falta de objetividad en el juicio y en las decisiones, de estudio minucioso de las cuestiones, de atención a la verdad, de ejercicio del discernimiento: *non in sinistrum ignorantia trahat* - Que la ignorancia no nos induzca a error.

Puede ser que la fragilidad humana nos haga débiles para ceder a los favores recibidos; que haga prevalecer en nosotros el temor servil ante los poderosos; o que nuestro juicio se vea condicionado por favoritismos personales, hasta caer en una cierta corrupción. Todo esto lo decimos con humildad, hasta el punto de sentir un cierto malestar por vernos obligados a decir estas palabras: *non favor inflectat, non acceptio muneris vel personae corrumpat...* - Que el favoritismo no nos tuerza, que no nos corrompa la acepción de cargos o personas...

Somos invitados a preguntarnos si tenemos siempre dentro la pasión por la verdad y si la buscamos sinceramente con todos los medios para no desviarnos del camino recto: *ut in nullo deviemus a vero*.

Con un solo deseo: ser intérpretes y cumplidores fidelísimos de la voluntad de Dios en las palabras y en las obras: *ut a te in nullo dissentiat sententia nostra* - de modo que nuestras decisiones no se aparten en nada de ti.

Cuanto más amigos y servidores de Dios somos, cuanto más conscientes somos de haber sido elegidos y honrados para dar a Dios un servicio cualificado en la Iglesia y para el mundo, tanto más hemos de apasionarnos por mantener la unidad de corazones: *ut simus in te unum*. Así somos escuchados porque estamos reunidos en el nombre del Señor, según su promesa: *in nomine tuo specialiter congregati* (cf.

Mt 18, 20). Y vivimos en presencia de Dios, con la mirada en Él como hijos amadísimos, como Jesús, con una oración sencilla, de modo que sea solamente Dios quien nos sugiera lo que hemos de decir, lo que tenemos que hacer: *Esto solus suggestor et effector iudiciorum nostrorum...* - Que sólo Tú seas el inspirador y el realizador de nuestros juicios...

Con la inmensa confianza de contar siempre con su gracia si se la pedimos con profunda humildad, la cual nos mantiene en comunión afectiva y efectiva con Él: *Iunge nos tibi efficaciter solius tuae gratiae dono* - Únenos a ti eficazmente con el don de tu gracia.

Llamados a hacer un examen de conciencia, un balance de fin de siglo y de comienzo de milenio, la oración *Adsumus, Domine* nos reclama una renovación constante, en la concreción de nuestro servicio al Santo Padre y a su ministerio petrino.

San Pedro, en su Primera Carta, a propósito de esto, nos da este consejo concreto: «Siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia» (3, 15-16). Convirtiéndonos en todo momento a la plena medida de nuestra llamada, podemos cruzar de verdad la Puerta Santa que es Cristo vivo en nosotros y entre nosotros, con el deseo de vivir como Jesús mismo vivía para el Padre, movido siempre por el Espíritu, para hacer siempre y en todo la voluntad del Padre: *ut tibi in omnibus placere valeamus* - para que podamos agradarte en todo.

¡Ven, Señor Jesús!

Quisiera concluir esta meditación con una palabra y una oración de esperanza.

Me encontraba en Melbourne, Australia, para dar una tanda de ejercicios espirituales. Con gran consuelo leí en la pared esta palabra de esperanza: «No hay santo sin pasado ni pecador sin futuro...».

Ante el Señor, que nos ha reunido en su nombre, nuestro pasado está todo en su misericordia, y nuestro futuro, en su inmutable fidelidad.

La oración de esperanza nos la sugiere san Ambrosio, un pastor que reza a Jesús, Buen Pastor, con estas palabras:

«Ven, Señor Jesús, busca a tu siervo, busca a tu oveja extenuada.

Ven, Pastor, busca como buscaba José a sus ovejas.

Tu oveja ha andado errabunda mientras tú tardabas, mientras tú te entretenías por los montes. Deja tus noventa y nueve ovejas y ven a buscar a la que vagaba.

Ven sin perros, ven sin rudos asalariados,

ven sin el mercenario, que no sabe pasar por la puerta.

Ven sin ayudante, sin intermediarios, que ya desde hace tiempo estoy esperando tu venida.

Sé que estás a punto de llegar, si es verdad que no he olvidado tus mandamientos.

Ven, pero sin bastón; con amor y con actitud de clemencia»².

¡Venga así el Señor, Buen Pastor, para convertirnos y renovarnos!

La Iglesia nunca se renueva de una vez por todas, sino que se ha de renovar cada día.

² *Del Comentario al Salmo 118, 22, 28: PL 15, 1599.*

EL MUNDO DE HOY
SIC DEES DILEXIT MUNDUM

«Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

»Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (*Jn 3, 16-17*).

En estas dos frases del cuarto Evangelio resuena toda la grandeza y la miseria del hombre, como decía Pascal.

Juan Pablo II, al comienzo de su pontificado, en la Carta encíclica *Redemptor hominis*, afirmó que «el hombre [...] es el primero y fundamental camino de la Iglesia» (n. 14). Y en la encíclica *Dives in misericordia* escribió: «En Cristo Jesús, toda vía hacia el hombre, cual le ha sido confiado de una vez para siempre a la Iglesia en el mutable contexto de los tiempos, es simultáneamente un caminar al encuentro con el Padre y su amor» (n. 1).

El Concilio Vaticano II, por su parte, habla en estos términos de la condición del hombre en el mundo contemporáneo, un mundo que «Dios ha amado mucho» y por el cual Jesús ha pagado un caro precio: «De esta forma, el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil,

capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar entre la libertad o la esclavitud, entre el progreso o el retroceso, entre la fraternidad o el odio» {GS 9).

La Iglesia ha de escuchar el grito de auxilio que procede de este mundo y mirar a la vez a la luz de la Verdad recibida de Dios, para discernir esperanzas y amenazas, preocupaciones y motivos de angustia, en una palabra: luces y sombras.

Creo que nadie puede sintetizar mejor esta condición de la humanidad que el papa Pablo VI en su testamento: «Cierro los ojos a esta tierra dolorosa, dramática y magnífica, invocando una vez más sobre ella la divina

Esta tierra magnífica

Las primeras palabras de la Constitución pastoral del Concilio Vaticano II son cuatro sustantivos de singular fuerza evocativa: *Gaudium et spes, luctus et angor* (alegría y esperanza, tristeza y angustia).

Empiezo por las luces.

Después de dos guerras mundiales en la primera mitad del siglo, con sufrimientos inauditos, con millones y millones de víctimas, con ingentes destrucciones como nunca anteriormente, el mundo, durante muchos años en la segunda mitad del siglo, ha vivido la pesadilla de la guerra fría entre los dos bloques ideológicos, con la constante amenaza de una guerra atómica. Con la caída, en Europa,

¹ «Testamento di Paolo VI», 30-6-1965, n. 6, en *L'Osservatore Romano*, 12-8-1978, p. 2.

de los regímenes totalitarios, que, según el *Libro negro del comunismo*, causaron 100 millones de víctimas², se ha abierto una nueva perspectiva de paz.

Podemos observar con gozo progresos muy notables:

- la mortalidad infantil ha disminuido a la mitad desde 1965;

- la esperanza de vida ha aumentado 10 años desde 1970;

- la asistencia a la enseñanza primaria y secundaria se ha más que duplicado;

- la alfabetización de adultos ha pasado de menos del 50% a más del 70%;

- la renta media per cápita se ha más que triplicado en los últimos 50 años.

A las puertas del tercer milenio, la humanidad se alegra de ver crecer la conciencia de los derechos humanos universales, el derecho de los pueblos a autogobernarse, la valoración de la identidad cultural, el respeto por las minorías, la percepción generalizada del valor de la democracia y del libre mercado.

Las religiones están cada vez más decididas a proseguir su función de diálogo y de reconciliación como elemento fundamental de paz y de unidad.

La promoción de la mujer halla eco tanto en la sociedad civil como en la Iglesia. La responsabilidad respecto a la naturaleza arroja nueva luz sobre la conciencia de que es un don de Dios. Los grandes progresos de las comunicaciones, de la medicina y de las ciencias son motivo de esperanza para el bienestar del hombre y de gratitud al Creador.

² Aa.Vv., *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, Paris 1997, p. 14.

En la dimensión espiritual, se nota en contextos significativos un gran despertar, una nueva búsqueda de la interioridad y de la autenticidad. Crece el «hambre» de oración, de encuentro con el Absoluto. La globalización está contribuyendo, en cierto modo, al porvenir de un mundo más unido y solidario, bajo el signo de la fraternidad universal. Los nuevos movimientos eclesiales florecen como una primavera en la Iglesia con su testimonio de alegría en la fe, en la esperanza y en el amor.

Esta tierra dolorosa

Ver cómo la humanidad entra en el tercer milenio con grandes posibilidades de paz y de progreso nos alegra y nos anima. Pero en mi trabajo cotidiano constato que muchos pueblos sufren porque son marginados y discriminados y no se respeta su dignidad humana. Hay muchos «lázaros» alrededor de la mesa de los ricos, padeciendo pobreza e inseguridad sanitaria y cultural.

Según el Banco Mundial:

- 1.300 millones de personas viven por debajo del umbral de la pobreza absoluta;

- 840 millones de personas padecen hambre, de las cuales 200 millones son niños.

De éstos, cada año 13 millones están condenados a morir: casi 36.000 al día, 1.500 por hora, 25 por minuto, 1 cada 3 segundos.

Hay en el mundo muchos «lázaros» que se alimentan en las calles con lo que dejan en los platos los clientes de los restaurantes. ¡Es algo inimaginable!

Unos mil quinientos millones de habitantes de la población mundial tiene una esperanza de vida inferior a 60

años; más de 880 millones no tienen acceso a la sanidad, y 2.600 millones carecen de acceso a las estructuras sanitarias básicas.

En el período de 1990-97 el número de personas con SIDA pasó de menos de 15 millones a más de 33 millones.

«Todo eso se desarrolla -afirma el Papa- sobre el fondo de un gigantesco remordimiento constituido por el hecho de que, al lado de los hombres y de las sociedades bien acomodadas y saciadas, que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, no faltan dentro de la misma familia humana individuos y grupos sociales que pasan hambre. No faltan niños que mueren de hambre a la vista de sus madres...»³.

Y la pobreza genera otras plagas: la prostitución, que implica a medio millón de mujeres sólo en Europa occidental; el comercio de la droga entre los niños; la violencia y el crimen. La falta de trabajo es causa de muchos suicidios de jóvenes desesperados.

En estos años, y especialmente en el contexto del Gran Jubileo, Juan Pablo II ha pedido que se condone o al menos se reduzca la espiral perversa de la deuda de los países en vías de desarrollo. El ejemplo de África es el más impactante. Si bien entre 1980 y 1996 el África subsahariana ha pagado dos veces la suma de su deuda externa, hoy está tres veces más endeudada que hace 16 años.

Un rostro especial de la pobreza es la inseguridad cultural. En 1997, más de 850 millones de adultos eran analfabetos, y más de 260 millones de niños estaban excluidos de la enseñanza primaria y secundaria.

³ *Dives in misericordia*, n. 11.

Más aún: el comercio ilícito de droga y armas y la circulación de dinero negro son causa de guerras. Entre 1989 y 1998 ha habido 81 conflictos armados: 3 entre Estados diferentes y 78 civiles. Miles de niños con sólo 14 años han sido movilizados forzosamente y enviados a la guerra como soldados. Muchos de ellos han muerto, otros han quedado minusválidos y otros se han habituado al odio, la violencia, las masacres...

Nos viene al pensamiento el Monte de los Olivos, frente a la ciudad de Jerusalén. En ese lugar *Dominus flevit* -«el Señor lloró»- viendo su ciudad.

Si Jesús pasara hoy por este mundo «doloroso y dramático», lloraría y exclamaría: *Misereor super turbam* -«Siento compasión de esta multitud».

En muchos lugares, El sigue crucificado y grita: *Sitio* -«Tengo sed».

Esta tierra dramática

No obstante los reconfortantes progresos registrados, en este período de globalización la distancia entre ricos y pobres se agranda cada día más.

Es increíble que la fortuna de las tres personas más ricas del mundo sea igual al producto nacional de las 48 naciones más pobres. 3.300 millones de personas viven con menos de un dólar al día.

Es estremecedor saber que en los países industrializados vive el 88% de los usuarios de Internet, mientras 2.000 millones de personas carecen de electricidad; y que el 20% de la población rica del mundo consume el 86% de todos los bienes.

Otra zona de sombra cubre toda la esfera de los valores morales de la persona, en su interioridad y subjetividad. Podemos destacar un peligroso relativismo moral, un «desarrollo canceroso de la subjetividad»⁴ que propaga la descristianización, el ateísmo práctico, la reducción de la fe al ámbito de lo privado. Al mismo tiempo proliferan las sectas y los distintos fundamentalismos. Si en los siglos pasados la Iglesia sufrió fuertes crisis de fe, en nuestra época la crisis afecta a la moral: se ha oscurecido la verdad de la persona humana. Y entonces se disgrega la familia, se altera el orden de la creación, se abusa de la libertad, no se respeta la vida...

La urbanización crea nuevos problemas pastorales. En 2015 uno de cada 5 franceses vivirá en la región de París. Regiones enteras se despueblan por falta de trabajo. El envejecimiento hará que reviente el sistema de pensiones de muchos países.

En el plazo de 15 años, en muchos países de Europa, la clase obrera, como los agricultores, disminuirá enormemente. En Francia, en 1984, los obreros eran 8, 2 millones; hoy son 6,5 millones y en 2015 serán 4 millones. La sociedad de mañana estará compuesta en más de un 75% de empleados y mandos intermedios.

Las redes telemáticas cambiarán profundamente nuestra vida; con ellas, todo lo bueno y lo malo llega al núcleo de la intimidad familiar. Los países dictatoriales ya no podrán atrincherarse tras de murallas, barreras ni prohibiciones.

Todos estos cambios afectan profundamente al Pueblo de Dios. Nos viene a la mente una firme convicción de

⁴ Card. C. M. Martini, *Qualche anno dopo*, Casale Monferrato 1987, p. 37.

Juan XXIII: si la Iglesia no sale al encuentro de la humanidad, ésta no sale al encuentro de la Iglesia.

Anunciamos una gran alegría: nos ha nacido el Salvador

Ante las sombras y tinieblas del mundo de hoy, resuenan fuertemente en nuestro corazón y en nuestra mente las palabras leídas por Jesús en el libro de Isaías, en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19).

El Gran Jubileo nos trae la esperanza de una fuerte renovación, con la gracia de un nuevo Pentecostés. Sin una conversión del corazón, buena parte de la humanidad corre el riesgo de pasar de la experiencia de la explotación a la exclusión, y de ésta a una auténtica eliminación, incluso física.

La visión de Pablo VI, «una tierra dolorosa, dramática y magnífica», no me deja en paz. Sueño con una gran esperanza.

Sueño con una Iglesia que es *Puerta Santa*, abierta, que acoge a todos, llena de compasión y de comprensión por las penas y los sufrimientos de la humanidad, dedicada a consolarla.

Sueño con una Iglesia que es *Palabra*, que muestra el Libro del Evangelio a los cuatro puntos cardinales de la tierra, en un gesto de anuncio, de sumisión a la Palabra de Dios, como promesa de la Alianza eterna.

Sueño con una Iglesia que es *pan*, Eucaristía, que se deja comer por todos para que el mundo tenga vida en abundancia.

Sueño con una Iglesia que está apasionada por la *unidad* que quiso Jesús (cf. *Jn 17*), como Juan Pablo II, que abre la Puerta Santa de la Basílica de S. Pablo Extramuros, ora en el umbral y avanza junto con un metropolitano ortodoxo, con el arzobispo anglicano de Canterbury y con muchos otros representantes.

Sueño con una Iglesia que está en *camino*, pueblo de Dios que, tras el Papa, que lleva la cruz, entra en el templo de Dios y, orando y cantando, va al encuentro de Cristo Resucitado, esperanza única, al encuentro de María y de todos los santos.

Sueño con una Iglesia que lleva en su corazón el fuego del Espíritu Santo, y donde está el Espíritu hay libertad, diálogo sincero con el mundo y especialmente con los jóvenes, con los pobres y con los marginados; hay discernimiento de los signos de nuestro tiempo. La doctrina social de la Iglesia, instrumento de evangelización⁵, nos guía en este discernimiento en los cambios sociales de hoy.

Sueño con una Iglesia que es testigo de esperanza y de amor, con hechos concretos, como cuando se ve al Papa abrazar a todos: ortodoxos, anglicanos, calvinistas, luteranos... en la gracia de Jesucristo, en el amor del Padre y en la comunión del Espíritu, vividos en la oración y en la unidad.

¡Qué alegría, qué esperanza!

Maria sanctissima, vita, dulcedo et spes nostra, ora pro nobis! - María Santísima, vida, dulzura y esperanza nuestra, ¡ruega por nosotros!

⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, n. 54.

DIOS, Y NO LAS OBRAS DE DIOS
PORRO UNUM...

Al iniciar, en este año jubilar, su peregrinación a los lugares de nuestra salvación, Juan Pablo II no pudo ir a Ur de Caldea, por lo que ha conmemorado en Roma al Patriarca Abrahán.

Posponiéndolo todo a la llamada del Señor, Abrahán eligió a Dios, obedeció sin titubeos y partió de su patria, sin saber adonde iba, hacia una tierra que Dios le había prometido.

Con esta opción radical, el santo Patriarca empieza su extraordinaria experiencia.

El «vivió como un extranjero en el país que Dios le había prometido».

No dudó de que Dios iba a mantener la promesa de darle un hijo a la edad de cien años.

«Ofreció confiadamente a su único hijo» en sacrificio, porque «pensaba que poderoso era Dios aun para resucitarlo de entre los muertos» (cf. *Hb* 11, 9-19).

Y justamente así se convirtió en padre de una multitud de pueblos, numerosos como las estrellas del cielo y los granos de arena que hay en las playas.

Apoyarse sólo en Dios, elegir a Dios: ésta fue la gran

experiencia de los patriarcas, de los profetas, de los primeros cristianos, evocada por el capítulo once de las Carta a los Hebreos, en el que se repite 18 veces la frase «por la fe» y una vez la expresión «con fe».

No fiarse totalmente de Dios y buscar apoyos y seguridad en otra parte ha sido desde siempre la tentación del pueblo de Dios, la dura experiencia de personajes incluso gloriosos, como Moisés, David, Salomón...

María es la fiel por excelencia. Y con ella, miles de testigos, el ejército de grandes ejemplos que no falta en la historia de la Iglesia universal ni en las vicisitudes de nuestra vida personal.

El fundamento de la vida cristiana

Durante mi larga tribulación de nueve años de aislamiento en una celda sin ventanas, a veces bajo la luz eléctrica durante muchos días, a veces en la oscuridad, me parecía que me ahogaba por el calor y la humedad, al límite de la locura. Era todavía un obispo joven, con ocho años de experiencia pastoral. No podía dormir; me atormentaba el pensamiento de tener que abandonar la diócesis, de que se derrumbasen tantas obras que había puesto en marcha por Dios. Experimentaba como una rebelión en todo mi ser.

Una noche, desde lo profundo del corazón, una voz me dijo: «¿Por qué te atormentas así? Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios. Todo lo que has hecho y deseas seguir haciendo: visitas pastorales, formación de seminaristas, religiosos, religiosas, laicos, jóvenes, construcción de escuelas, de *foyers* para estudiantes, mi-

siones para la evangelización de los no-cristianos...: todo eso es una obra excelente, son obras de Dios, ¡pero no son Dios! Si Dios quiere que abandones todo eso, hazlo enseguida, y ¡ten confianza en El! Dios hará las cosas infinitamente mejor que tú. El confiará sus obras a otros que son mucho más capaces que tú. ¡Tú has elegido a Dios sólo, no sus obras!».

Esta luz me dio una paz nueva, que cambió totalmente mi modo de pensar y me ayudó a superar momentos físicamente casi imposibles. Desde ese momento, una fuerza nueva llenó mi corazón y me acompañó durante trece años. Sentía mi debilidad humana, renovaba esta elección ante las situaciones difíciles, y la paz no me faltó nunca.

Elegir a Dios, y no las obras de Dios. Este es el fundamento de la vida cristiana, en todo tiempo. Y es, a la vez, la respuesta más auténtica al mundo de hoy. Es el camino para que se realicen los designios del Padre sobre nosotros, sobre la Iglesia, sobre la humanidad de nuestro tiempo.

Un «fiat» siempre renovado

Cada día comprendo mejor las palabras de la Sagrada Escritura: «Cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros» (Is 55, 9).

Comprendo que mi vida es una sucesión de opciones, en cada momento, entre Dios y las obras de Dios. Una opción siempre nueva, que deriva en *conversión*.

María eligió a Dios, abandonando sus proyectos, sin comprender plenamente el misterio que se estaba realizando en su cuerpo y en su destino. Desde ese momento su vida es un *fiat* siempre renovado, hasta la cueva de

Belén, hasta el exilio a Egipto, hasta el taller de carpintero en Nazaret, hasta el Calvario. Cada vez se actualiza una misma elección: «Dios, y no las obras de Dios». Y justamente así, María ve cumplirse todas las promesas: ve resucitar al Hijo que ha llevado exangüe entre sus brazos; ve recomponerse el grupo de discípulos y llevar el anuncio del Evangelio a todas las naciones; ve que es proclamada bienaventurada y «Madre de Dios» por todas las generaciones, ella que, al pie de la cruz, vio que le cambiaban a su Hijo divino por uno de nosotros, un simple hombre.

El verdadero culto

«Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (*Dt 6,5*; cf. *Mt 22, 37*).

En los libros del Levítico y del Deuteronomio, Dios ha establecido meticulosamente las ceremonias, las oraciones, los ornamentos de los sacerdotes y todo lo necesario para el culto oficial según los diversos tiempos, las distintas fiestas y solemnidades.

El libro de los Reyes nos narra los esfuerzos de Salomón por edificar el Templo, según el plan establecido por Dios, con la aportación de los pueblos vecinos. Nace así el centro religioso y nacional de Israel.

Y sin embargo, Dios, a través de los profetas, hace saber que de nada valen los sacrificios y los holocaustos, si no se da el sacrificio interior del corazón contrito y humillado, una opción auténtica y transparente de Dios. El cielo y la tierra le pertenecen, la tierra es la «alfombra» de sus pies. Dios no necesita un Templo (cf. *Is 66, 1-2*).

la valentía de la coherencia

Esta elección de Dios en la vida tiene como consecuencia el rechazo categórico de la idolatría. Así el anciano Eleazar prefiere morir antes que empañar su total adhesión a Dios (cf. 2 *Me* 6, 18-31).

Hoy, lo mismo que en tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento, quien elige a Dios ha de aceptar cualquier inconveniente posible: en el campo económico, del poder o en otros intereses... Jesús lo había dicho: *propter me* - «por mi causa».

Por esta elección, hay quien no puede entrar en la universidad, quien no consigue trabajo, quien se queda sin casa... Generaciones de cristianos en muchos países aceptan valientemente estos sacrificios.

Nos exhorta la Carta a los Hebreos: «Traed a la memoria los primeros días en que, después de ser iluminados, hubisteis de soportar un duro y doloroso combate, unas veces expuestos públicamente a injurias y ultrajes; otras, haciéndoos solidarios de los que así eran tratados. Pues compartisteis los sufrimientos de los encarcelados; y os dejasteis despojar con alegría de vuestros bienes, conscientes de que poseáis una riqueza mejor y más duradera» (*Hb* 10, 32-34).

La elección de Dios en la vida de un pastor

Cuando estaba en la cárcel, en cierto sentido, me era más fácil elegir sólo a Dios. No faltó la tentación de contemporar. Pero justamente cuando decayó toda la seguridad precedente, sentí que debía concentrar toda mi

vida en el *porro unum* (cf. *Lc* 10, 42), en lo único que importa.

Ahora que gozo de libertad, sumergido en el trabajo, en tareas a veces gravosas, es más fácil ser Marta que ser María.

De hecho, todo pastor piensa que ha elegido a Dios. Todos nos prodigamos con gran entrega a las obras de Dios. Pero siento que tengo que examinarme sinceramente una y otra vez delante de El: en mi vida pastoral ¿cuánto es para El y cuánto para sus obras (que, además, con frecuencia son mis obras)? Al rechazar un cargo o desear otro, ¿soy verdaderamente desinteresado o no?

El autor de la Carta a los Hebreos da un consejo: «Tenéis necesidad de paciencia» (*Hb* 10,36). Paciencia para ser realmente libres. Quien es libre no tiene miedo, como Moisés: «Moisés, ya adulto, rehusó ser llamado hijo de la hija del faraón, prefiriendo ser maltratado con el Pueblo de Dios a disfrutar el efímero goce del pecado» (*Hb* 11, 24-25).

La fuerza magnética del testimonio

Durante una reciente conferencia en la Universidad de Salford, en Gran Bretaña, un seminarista me preguntó: «Padre, hablo en nombre de los seminaristas. ¿Puede dejarnos una consigna?». «No me esperaba esta pregunta - respondí-, pero no quiero defraudaros. En mi vida, que ha sido larga y accidentada, he hecho esta experiencia: si sigo fielmente, paso a paso, a Jesús, él me conduce a la meta. Caminaréis por senderos imprevisibles, a veces tortuosos, oscuros, dramáticos, pero tened confianza: ¡estáis con Jesús! Arrojad sobre él todas vuestras ansias y preocupa-

ciones. No os preocupéis de cómo atraer a las multitudes. Estad seguros: ¡si seguís a Jesús, la gente os seguirá!».

En las Actas de los Mártires leemos esta narración:

Cuando san Cipriano fue arrestado, el pretor lo interrogó ante una multitud.

-¿Eres tú *Thascius Cyprianus*?

-*Ego sum* - Lo soy.

-Los santos emperadores te han mandado sacrificar.

-*Non facio* - No lo hago.

-¡Piénsalo bien!

-*In re tam iusta, nulla est consultatio* - En una cosa tan justa no hace falta ninguna reflexión.

-Que *Thascius Cyprianus* sea ajusticiado con la espada.

-*Deo gratias* - Demos gracias a Dios.

La opción de Cipriano fue como una fuerza magnética, e hizo que sus fieles lo siguieran como una cosa sola al lugar del martirio»¹.

Pienso en la peregrinación del Jubileo.

Avanzamos cada día, a pesar de las pruebas, los riesgos, porque tenemos una sola meta, tenemos una sola esperanza.

Porro unum est necessarium - «Una sola cosa es necesaria».

¹ *Acta Proconsularia S. Cypriani* III-IV: PL 3, 1561-1563.

LA AVENTURA DE LA ESPERANZA

6

EL MOMENTO PRESENTE *SIVE MANDUCAMUS, SIVE BIBIMUS*

«Por una rara alienación -ha escrito el gran teólogo ortodoxo Evdokimov-, el hombre de este mundo vive en el pasado, en sus recuerdos, o a la espera de su porvenir; en cuanto al momento presente, trata de evadirse de él y ejercita su espíritu inventivo para “matar el tiempo” mejor. Este hombre no vive en el aquí y ahora, sino en fantasías de las que es inconsciente. [...] El pasado y el futuro, en su abstracta dislocación, son inexistentes, y no tienen acceso a la eternidad; ésta no converge sino hacia el momento presente, y no se da sino a quien se hace totalmente presente en ese momento. Sólo en estos instantes se puede alcanzar y vivir en la imagen del presente eterno»¹.

En esta meditación quisiera considerar el momento presente. En el presente es donde empieza la aventura de la esperanza. Es el único tiempo que poseemos en nuestras manos. El pasado ya ha pasado, el futuro no sabemos si llegará. Nuestra riqueza es el presente.

¹ P. Evdokimov, *Le età della vita spirituale*, Bolonia 1968, pp. 257-258.

Vivir el presente es la regla de nuestros tiempos. En el ritmo frenético de nuestra época, es necesario detenerse en el momento presente como única ocasión para «vivir» de verdad e introducir desde ahora nuestra vida terrena en el curso de la vida eterna.

Camino a la santidad

Después de mi detención en agosto de 1975, me trasladan durante la noche de Saigón a Nhatrang, que dista 450 km, escoltado por dos policías. Comienza la experiencia de una vida de preso: ya no tengo un horario. Un proverbio vietnamita dice: «Un día en prisión vale mil otoños en libertad». Lo he experimentado: en la cárcel, todos esperan la liberación, cada día, cada minuto.

En aquellos días, en aquellos meses, muchos sentimientos confusos pueblan mi mente: tristeza, miedo, tensión. Mi corazón está herido por tener a mi pueblo lejos. En la oscuridad de la noche, en medio de este océano de angustia, poco a poco me despierto: «He de afrontar la realidad. Estoy en la cárcel. Si espero el momento oportuno de hacer algo realmente grande, ¿cuántas veces se me presentará una ocasión como ésta? Una sola cosa llegará con certeza: la muerte. Es preciso aprovechar las ocasiones que se presentan cada día para realizar acciones ordinarias de modo extraordinario».

En las largas noches de presidio me doy cuenta de que vivir el momento presente es el camino más sencillo y seguro hacia la santidad. De esta convicción nace una plegaria:

«Jesús, no esperaré; vivo el momento presente colmándolo de amor.

La línea recta está compuesta por millones de puntitos unidos entre sí.

Mi vida también está integrada por millones de segundos y de minutos unidos entre sí.

Dispongo perfectamente cada punto, y la línea será recta. Vivo con perfección cada minuto, y la vida será santa. El camino de la esperanza está enlosado de pequeños pasos de esperanza. La vida de esperanza está hecha de breves minutos de esperanza.

Como tú, Jesús, que has hecho siempre lo que le agrada a tu Padre.

Cada minuto quiero decirte: Jesús, te amo; mi vida es siempre una “nueva y eterna alianza” contigo.

Cada minuto quiero cantar con toda la Iglesia: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...».

Compromiso y don

En el Evangelio, Jesús nos exhorta una y otra vez a vivir el presente. El nos manda pedir al Padre el pan sólo para «hoy», y nos recuerda que basta el afán de «cada día» (cf. *Mt* 6, 34).

El nos interpela totalmente a cada momento. Y, al mismo tiempo, nos lo da todo. En la cruz, al ladrón que le dice: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino», le responde: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (cf. *Lc* 23, 42-43). En la palabra «hoy» está contenido todo el perdón, el amor de Jesús.

San Pablo acentúa al máximo la identificación con Jesús en todo momento, hasta el punto de crear una nueva terminología muy expresiva: *confixus cruci* (*Ga* 2,20), *con-*

sepulti (Rm 6, 4; Col 2, 12), *conmortui sumus, convivemus* (2 Tm 2, 11; cf. 2 Co 7, 3), *consurrexistis* (Col 3, 1). El Apóstol habla de la unión de Cristo con nosotros como de una realidad indefectible, una vida sin intervalo que compromete todo nuestro ser y espera nuestra respuesta: Cristo ha muerto y ha vuelto a la vida para ser Señor de vivos y muertos. Por eso, «ya vivamos, ya muramos, del Señor somos» (cf. Rm 14, 8-9). «Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Co 10, 31).

En el cuarto Evangelio esta dimensión cristológica se abre a la dimensión trinitaria: «Para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí» (Jn 17,22-23).

En el presente, «in sinu Dei»

Todos los santos y grandes testigos concuerdan en la importancia del presente. Viven unidos a Jesús cada momento de su vida, según su ideal encarnado en su ser. Para Ignacio de Loyola es *Ad maiorem Del gloriam* - «A mayor gloria de Dios»; para Isabel de la Trinidad, *In laudetn gloriae* - «Para alabanza de la gloria»; para Juan Bosco, *Da mihi animas* - «Concédeme almas»; para la Madre Teresa es «Misericordia»; para Raoul Follereau es «Jesús en los leprosos»; para Jean Vanier, «Jesús en los disminuidos psíquicos»...

Personificando en el momento presente su ideal, los santos viven una vida que se realiza en su esencia.

Escribe san Pablo de la Cruz:

«Dichosa el alma que descansa *in sinu Dei*, sin pensar en el futuro, sino que procura vivir momento a momento

en Dios, sin otra preocupación que la de hacer bien su voluntad en cada acontecimiento»².

Y Teresa de Lisieux afirma:

«Mi vida es un instante, una efímera hora, un momento que se evade y huye veloz. Tú sabes, Dios mío, que para amarte en la tierra sólo tengo este día»³.

«Quien conoce el camino de la santidad -dice una gran figura espiritual de nuestro tiempo- vuelve una y otra vez, apasionadamente, a la ascética que ésta requiere: vivir en Dios en el momento presente de la vida. Así quedamos completamente libres de todo lo que no es Dios e inmersos en Dios dondequiera que El esté presente. De esta forma nuestra vida no es tanto “existir”, sino “ser” plenamente, porque Dios, el que es, *está* en ella»⁴.

Discernir la voz de Dios

Discernir entre las distintas voces íntimas la de Dios (cf. *GS* 16), para hacer su voluntad en el presente, es un ejercicio continuo, al cual los santos se han sometido dócilmente. Y en este ejercicio continuo, el discernimiento se hace cada vez más fácil porque la voz de Dios dentro de nosotros se amplifica, se robustece.

A veces no es fácil. Pero si creemos en el amor de Dios, podemos cumplir con tranquilidad la que creemos

² Paolo della Croce, *Lettere* I, Roma 1924, pp. 645-646.

³ TERESA DE LISIEUX, *Mi canto de hoy*, Poesía 13, en *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 1975⁴, p. 1056.

⁴ Chiara Lubich, *Escritos espirituales/2*, Ciudad Nueva, Madrid 1999, p. 118.

es su voluntad, con la confianza de que, si no lo es, Él nos pondrá en la vía correcta.

«Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio», recuerda Pablo a los Romanos (*Rm* 8, 28).

Y Raissa Maritain escribe: «Bajo sus oscuras apariencias, los deberes de cada instante esconden la verdad de la voluntad divina; son como los sacramentos del momento presente»⁵.

Orígenes nos deja este bonito consejo: «El santuario no hay que buscarlo en un lugar, sino en los actos, en la vida y en las costumbres. Si son según Dios, si se amoldan a los mandatos de Dios, poco importa incluso que estés en casa o en la plaza: ¿qué digo “en la plaza”? Poco importa incluso que te halles en el teatro: si estás sirviendo a Dios, estás en el santuario, no te quepa duda»⁶.

Cómo colmar cada momento de amor

Cuando estaba sometido a arresto domiciliario en la aldea de Cay Vong, vigilado por la policía, día y noche me obsesionaba este pensamiento: «¡Pueblo mío! ¡Pueblo mío que tanto amo: rebaño sin pastor! ¿Cómo puedo entrar en contacto con mi pueblo en el momento en que más necesitan a su pastor? Las librerías católicas han sido confiscadas; los colegios, cerrados; las monjas y religiosos de la enseñanza, dispersados; unos van a trabajar a los cam-

⁵ Jacques Maritain, *Diario di Raissa*, Brescia 1968, p. 146.

⁶ *Homilía sobre el Levítico* 12, 4: SC 287, p. 182.

pos de arroz, otros se encuentran en las “regiones de nueva economía” en medio del pueblo, en las aldeas. La separación es un *shock* que me parte el corazón.

»Yo no esperaré -me dije-. Quiero vivir el momento presente colmándolo de amor; pero ¿cómo?».

Una noche llega una luz: «Francisco, es muy sencillo. Haz como san Pablo cuando estaba en la cárcel: escribía cartas a varias comunidades».

A la mañana siguiente le hice una señal a un niño de siete años, Quang, que volvía de misa a las 5, todavía oscuro, y le dije: «Dile a tu madre que me compre blocs viejos de calendarios». Esa noche, de nuevo en la oscuridad, Quang me trajo los calendarios, y todas las noches de octubre y de noviembre de 1975 escribí a mi gente mi mensaje desde la prisión. Cada mañana el niño venía a recoger las hojas para llevárselas a casa y que sus hermanos y hermanas copiaran el mensaje. Así nació el libro *El camino de la esperanza*, que se ha publicado en once lenguas.

En 1989, cuando por fin salí de la cárcel, recibí una carta de la Madre Teresa con estas palabras: «Lo que importa no es el número de nuestras actividades, sino la

Ese momento que será el último

Vivir momento a momento con intensidad es el secreto para saber vivir bien ese momento que será el último. Escribe Pablo VI en su «Pensamiento sobre la muerte»: «No mirar más hacia atrás, sino hacer gustosamente, sencillamente, humildemente, firmemente, el deber resultante de las circunstancias en las que me encuentro

por voluntad tuya. Actuar rápidamente. Hacer todo. Hacerlo bien. Obrar alegremente lo que Tú quieres ahora de mí, aunque supera inmensamente mis fuerzas y aun cuando me pidas la vida. Finalmente, en esta última hora»².

Cada palabra, cada gesto, cada llamada telefónica, cada decisión, deben ser la cosa más hermosa de nuestra vida. Reservemos a todos nuestro amor, nuestra sonrisa, sin perder un segundo.

Cada momento de nuestra vida sea
el primer momento, el último
momento, el único momento.

Quisiera concluir esta meditación con una oración de la santa sor Faustina Kowalska:

«Si miro al futuro, me asalta el miedo,
Mas ¿por qué adentrarse en el futuro?
Sólo aprecio la hora presente,
Porque el futuro quizá no habitará en mi alma.

El tiempo pasado no está en mi poder
Para cambiar, corregir o añadir algo.
Ni los sabios ni los profetas han podido hacer esto. Por
tanto, confiemos a Dios lo que pertenece al pasado.

¡Oh momento presente!, tú me perteneces completamente.
Deseo utilizarte para cuanto está en mi poder
[...]

Por eso, confiando en tu misericordia, Avanzo
por la vida como un niño,
Y cada día te ofrezco mi corazón Inflamado de
amor para tu mayor gloria»³.

² Pablo VI, «Pensamiento sobre la muerte», en *Ecclesia* 25-8-1979,
p. 12.

³ Davanti a Lui. Pagine dal Diario, *Milán 1999*, pp. 31-32.

SER PALABRA
VERBA MEA SPIRITUS ET VITA SUNT

Cuando era yo alumno en el seminario menor de Annin, un sacerdote vietnamita, profesor, me hizo comprender la importancia de llevar siempre conmigo el Evangelio. Se había convertido del budismo y provenía de una familia mandarina; era un intelectual: llevaba siempre encima, colgado al cuello, el Nuevo Testamento, como se lleva el viático. Cuando dejó el seminario para desempeñar otro cargo me dejó en herencia ese libro, su tesoro más precioso.

El ejemplo de este santo sacerdote, que se llamaba José María Thich, siempre vivo en mi corazón, me ayudó mucho en la cárcel durante el período de aislamiento. Aquellos años seguí adelante porque la Palabra de Dios era «antorcha para mis pasos, luz para mi sendero» (cf. *Sal* 119, 105).

Es sabido que san Jerónimo y santa Teresa del Niño Jesús llevaban el Evangelio siempre encima, cerca del corazón. Pero es mi misma cultura la que subraya el valor único de la Escritura. En Asia se veneran mucho las palabras de Confucio y de Mencius, su discípulo. No se pueden tener en todas partes, pero se guardan en la cabeza como signo de veneración.

La Palabra y las palabras

Cuando Jesús, en la transfiguración, manifestó su gloria a Pedro, Santiago y Juan, se oyó una voz desde la nube: «Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle» (*Lc 9, 35*).

Las palabras de Jesús no son como las palabras de los hombres. Sus primeros oyentes se percataron de ello enseguida, y decían que «enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas» (*Mt 7, 29*).

No es casualidad que el Evangelio ejerza un gran atractivo incluso fuera del mundo cristiano. Gandhi, por ejemplo, ha dejado escrito: «Cuando leí los Evangelios y llegué al Sermón de la Montaña, empecé a captar en profundidad la doctrina cristiana. La enseñanza del Sermón de la Montaña tenía el eco de algo que yo aprendí en mi infancia, algo que parecía pertenecer a mi ser y que me parecía ver realizar en mi vida de cada día... Saciad vuestra sed profundamente en las fuentes del Sermón de la Montaña»¹.

El hecho es que las palabras de Jesús poseen una densidad y una profundidad que las demás palabras no tienen, sean de filósofos, de políticos o de poetas. Las palabras de Jesús son, como a menudo se definen en el Nuevo Testamento, espíritu y vida. Contienen, expresan, comunican una vida, la plenitud de la vida.

Me gusta mucho lo que narra el capítulo sexto del Evangelio de san Juan. Con la revelación del pan de vida, el camino se hace duro, y desde aquel momento muchos de sus discípulos abandonan a Jesús. Entonces él pregunta a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?».

¹ *Buddismo, Cristianesimo e Islamismo*, Newton, 1993, p. 52.

Y Pedro le responde: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (cf. *Jn* 6, 67-68).

Toda la fuerza y la fragilidad de nuestra esperanza dependen de estas palabras.

Palabra y Eucaristía, única mesa

La Sagrada Escritura afirma desde las primeras páginas que la Palabra de Dios tiene una eficacia única (cf. *Gn* 1,3.7.11.15.24.30). Tras la caída de nuestros progenitores, la Palabra de Dios, con la promesa de la redención, les devuelve la esperanza de la salvación (*Gn* 3, 15). Con la llamada de Abrahán, Dios crea a su pueblo. Y modela la historia con sus palabras: habla a los patriarcas y les comunica sus promesas, se dirige a Moisés para liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto, transmite palabras de verdad mediante los profetas, a la espera del Mesías, el único Salvador.

Pero es Jesús la Palabra por excelencia. «Jesucristo, Palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres² - afirma la *Dei Verbum*-, habla las palabras de Dios» (cf. *Jn* 3, 34), y lleva a cumplimiento la obra de salvación que j el Padre le ha confiado (cf. *Jn* 5, 36; 17, 4).

Para comprender la importancia que tiene la Palabra de Dios para la Iglesia no hay más que remontarse a la actitud bimilenaria de la Iglesia, que «siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha

² Cf. *A Diogneto* VII, 4, en *Padres apostólicos*, Ciudad Nueva, Madrid 2000, p. 564.

cesado de tomar y repartir a sus fieles el Pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» {DV 21).

A lo largo de toda la tradición cristiana se puede subrayar constantemente este vínculo entre Palabra y Eucaristía, ambas alimento del cristiano. «Nosotros bebemos la sangre de Cristo -escribe Orígenes- no sólo cuando lo recibimos según el rito de los misterios, sino también cuando recibimos sus palabras, en las cuales reside la vida»³. Y san Jerónimo: «El conocimiento de las Escrituras es un alimento verdadero y una verdadera bebida que se asume por la Palabra de Dios»⁴. Por su parte, san Ambrosio dice: «Se bebe la sangre de Cristo, que nos ha redimido, como se beben las palabras de la Escritura, las cuales pasan a nuestras venas y, asimiladas, entran en nuestra vida»⁵.

San Jerónimo afirma también: «Yo considero que el Evangelio es el cuerpo de Jesús y las Escrituras son su enseñanza. Las palabras de Jesús: “Quien come mi carne y bebe mi sangre” (Jn 6, 54), pueden entenderse tanto referidas al misterio [eucarístico] como al verdadero cuerpo y sangre de Cristo, que es la palabra de las Escrituras. [...]. La Palabra de Dios es esa carne y sangre de Cristo que entra en nosotros a través de la escucha»⁶.

El pan de la Palabra -recuerda además la *Dei Verbum*- es alimento que da vigor, ilumina la mente, confirma la voluntad, enciende un ardor renovado, renueva la vida (cf. n. 23).

³ *In Números Homilía*, 16, 9: PG 12, 701.

⁴ *Commentarius in Ecclesiasten*, III, 8, 12-13: CC1, 72, 278.

⁵ *Enarrationes in XII psalmos davidicos, Salmo 1*, 33: PL 14, 984.

⁶ Cf. *Breviarium in psalmos, Salmo 147*: PL 26, 1334.

Quisiera comunicaros mi experiencia a este respecto.

Cuando lo había perdido todo y estaba en la prisión, pensé prepararme un *vademécum* que me permitiera vivir la Palabra de Dios en aquella situación. No tenía ni papel ni cuadernos, pero la policía me proveía de folios en los que tenía que escribir las respuestas a las muchas preguntas que me formulaban. Entonces, poco a poco, empecé a guardarme algunos trozos de papel, y logré hacer una pequeña agenda, en la cual día a día pude escribir, en latín, más de 300 frases de la Sagrada Escritura que recordaba de memoria. La Palabra de Dios así reconstruida fue mi *vademécum* cotidiano, mi cofre precioso del cual sacar fuerza y alimento.

Acoger y vivir la Palabra de Dios

Pero para que la Palabra engendre vida y produzca todos sus frutos, hay que acogerla y vivirla.

Ante el Verbo de Dios que habla y se comunica, la actividad principal que se nos pide es escucharlo y acogerlo. Ese es el mandato que el Padre dirige a los discípulos respecto a su Hijo. Escucharlo más con el corazón que con los oídos. De hecho, la Palabra sólo da fruto si encuentra una tierra fértil, o sea, cuando cae en un corazón bueno y recto (cf. *Lc* 8, 15).

Pero no basta con meditar la Palabra de Dios, no basta penetrarla con la mente, rezar con ella, extraer de ella alguna consideración o algún propósito. La auténtica escucha de la Palabra se traduce en obediencia, en hacer lo que exige. Hay que dejarse trabajar por la Palabra hasta el punto de que llegue a informar toda la vida cristiana. Hay

que aplicarla a todas las circunstancias de nuestra existencia, hay que transformarla en vida, como exhorta Santiago: «Poned por obra la palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos» (*St 1, 22*).

Adquirir la mente de Cristo

Cuando estaba en la cárcel escribí: «Observa una sola regla: el Evangelio. Esta constitución es superior a todas las demás. Es la regla que Jesús dejó a sus apóstoles (cf. *Mt 4, 23*). No es difícil, complicada o legalista como las demás; al contrario: es dinámica, suave y estimulante para tu alma. Un santo alejado del Evangelio es un santo falso»⁷.

La palabra de Dios, al entrar en nosotros, denuncia el modo de pensar y de obrar humano y nos introduce en el nuevo estilo de vida inaugurado por Cristo. Quien vive el Evangelio puede llegar con Pablo a tener la mente de Cristo (*I Col, 16*); adquiere la capacidad de leer los signos de los tiempos con la misma mirada de Cristo y así incide con creatividad en la historia; experimenta la verdadera libertad, la alegría, el arrojo de la coherencia evangélica; encuentra una confianza nueva en el Padre, una relación de auténtica y sincera filiación y, a la vez, una actitud concreta y efectiva de servicio hacia todos.

El Evangelio, en definitiva, nos desvela el sentido profundo de nuestra vida, de modo que por fin sabemos para qué vivimos; la enseñanza de Cristo nos devuelve la esperanza.

⁷ F.-X. NGUYEN VAN THUAN, *Il cammino delta speranza. Testimoniare con gioia l'appartenenza a Cristo*, Roma 1992, p. 194 (n. 985).

El resultado es que ya no somos nosotros los que vivimos, sino que es Cristo mismo quien viene a vivir en nosotros. A través de las palabras de la Escritura, es el Verbo quien viene a habitar en nosotros y nos transforma en él: *verba* en el *Verbum*.

«¿Cómo se hace presente Jesús en las almas?», se preguntó Pablo VI. Y respondió: «A través del vehículo, de la comunicación de la palabra, pasa el pensamiento divino, pasa el Verbo, el Hijo de Dios hecho hombre. Se podría afirmar que el Señor se encarna dentro de nosotros cuando aceptamos que su palabra venga a habitar en nosotros»⁸.

Comunicar la Palabra

Sin embargo, no basta con acoger y vivir la Palabra. Ha de ser compartida. Lo hacemos en la catequesis, en las homilías, en la predicación de los ejercicios. Lo que tal vez no siempre hacemos es dar el fruto de la Palabra.

La Palabra es una semilla sembrada en nuestra vida. La tierra buena no devuelve la semilla, sino el fruto. Así, deberíamos comunicar no sólo nuestra reflexión sobre la Palabra de Dios, sino más bien lo que ella ha obrado una vez acogida en la tierra de nuestra vida. ¿No es verdad que son más creíbles los testigos que los maestros, o éstos si son también testigos?

Esto nos deja entrever también cuál es el anuncio cristiano típico. Se trata de comunicar una vida (la Vida) y, por tanto, de dar una experiencia, como había compren-

⁸ *Insegnamenti di Paolo VI*, V, Ciudad del Vaticano 1968, p. 936.

dido bien la comunidad joánica: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca de la Palabra de vida... os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (1 Jn 1, 1-3).

Sólo así el Reino de Dios avanza y la comunión se dilata hasta reunir a la humanidad entera en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En la cárcel de Phu-Khanh los católicos dividían el Nuevo Testamento, que habían introducido en ella ocultamente, en pequeños pliegos de papel, se los repartían y los aprendían de memoria. Como el suelo era de tierra o arena, cuando oían los pasos de los policías, escondían la Palabra de Dios bajo tierra.

Por la noche, en la oscuridad, cada uno recitaba por turno la parte que ya había aprendido. Era impresionante y conmovedor oír en el silencio y en la oscuridad la Palabra de Dios, la presencia de Jesús, el «Evangelio vivo» recitado con toda la fuerza de ánimo, oír la oración sacerdotal, la pasión de Cristo.

Los no cristianos escuchaban con respeto y admiración lo que ellos llamaban *verba sacra*. Muchos decían como experiencia propia que la palabra de Dios es «espíritu y vida».

Sólo con el Evangelio

Siempre le he pedido a san José que me ayude a poner en práctica el Evangelio. Aunque era padre putativo de Jesús, no recibió ningún sacramento durante toda su vida - aún no habían sido instituidos los sacramentos-, sino

que vivió sólo con la Palabra: la escuchaba, la acogía, la ponía en práctica, la comunicaba y la compartía, de modo que su taller de carpintero se convertía en una escuela de Evangelio. Por eso considero a san José el patrón de todos los que viven la Palabra.

Quisiera concluir esta meditación dirigiendo la mirada hacia los que colaboramos con el Santo Padre en el desempeño de su ministerio petrino. Con frecuencia me pregunto: ¿cómo puedo realizar, en este año jubilar, un cambio de mentalidad, una constante reevangelización de la vida, una auténtica conversión?

Cuando el Santo Padre atravesó la Puerta Santa únicamente con el Evangelio, se me dio una gran lección: he ahí el camino, he ahí la imagen de la Curia Romana para el tercer milenio: una Iglesia que acoge, vive, comparte y anuncia el Evangelio de la esperanza.

EL ARTE DE AMAR
VINCULUM PERFECTIONIS

Al preparar esta meditación he sentido resonar dentro de mí las palabras de Pablo: «Si no tengo caridad, nada soy» (1 Co 13, 2). Son palabras que me llaman a la conversión, y me recuerdan que *ante omnia* (1 P 4, 8), antes de predicar, de rezar, antes de cualquier servicio apostólico, he de tener la caridad, o mejor, he de ser caridad.

Sin el amor no poseo a Dios y no lo puedo dar a los demás; ni siquiera lo conozco (cf. 1 Jn 4, 8). Aunque escriba meditaciones, aunque dirija ejercicios espirituales para personas eminentes, aunque «entregue mi cuerpo a las llamas» (1 Co 13, 3) o haya permanecido largos años en prisión..., si no tengo amor, que es Dios, todo es malgastar

¡El mundo es de quien lo ama!

A veces nos lamentamos de que el cristianismo, en la sociedad de hoy, es una presencia cada vez más marginal,

¹ Cf. DEFENSOR GRAMMATICUS, *Liber Scintillarum*, SC 77, p. 58.

de que es difícil transmitir la fe a los jóvenes, de que las vocaciones disminuyen. Y se podría seguir enumerando motivos de preocupación...

De hecho, no es raro que, en el mundo actual, nos sintamos perdedores. Pero la aventura de la esperanza nos lleva más allá. Un día hallé escrito en un calendario estas palabras: «El mundo es de quien lo ama y mejor sabe demostrarlo». ¡Qué verdaderas son estas palabras! En el corazón de las personas hay una sed infinita de amor, y nosotros, con el amor que Dios ha infundido en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5), podemos saciarla.

Pero es preciso que nuestro amor sea «arte», un arte que supera la capacidad de amar simplemente humana. Mucho, por no decir todo, depende de esto.

Yo he visto este arte, por ejemplo, en la Madre Teresa de Calcuta. Quien la veía, la amaba. También en Juan XXIII, que será proclamado beato próximamente. Aunque han pasado muchos años desde su muerte, su memoria está muy viva en la gente.

Al entrar en un convento o en un centro diocesano o en nuestras oficinas, no siempre se encuentra este arte que hace el cristianismo hermoso y atrayente. Se encuentran, por el contrario, caras tristes y aburridas debido la rutina de todos los días. «¿No dependerá también de esto la falta de vocaciones? ¿Y la escasa incidencia de nuestro testimonio? ¡Sin un amor fuerte no podemos ser testigos de esperanza!

Aunque seamos expertos en materia de religión, corremos el riesgo de tener una teoría del amor y no poseer suficientemente su arte. Como un médico que tiene ciencia, pero no el arte de la relación amable y cordial. La gente lo consulta porque lo necesita, pero cuando se cura, ya no vuelve más.

Jesús era como nadie maestro en el arte de amar. Igual que un emigrante que se ha marchado al extranjero, aunque se adapte a la nueva situación, lleva siempre consigo, al menos en su corazón, las leyes y las costumbres de su pueblo, así él al venir a la tierra se trajo, como peregrino de la Trinidad, el modo de vivir de su patria celestial, «expresando humanamente los comportamientos divinos de la Trinidad»².

Distintivos del amor cristiano

Contemplemos, pues, los elementos distintivos del arte de amar, que Jesús nos enseña y que es la fuente del esplendor y de la fascinación de la vida cristiana.

1. Ser el primero en amar

El amor de Dios que Jesús, con el don de su Espíritu, ha sembrado en nuestros corazones es un amor completamente gratuito. Ama sin interés, sin esperar nada a cambio. No ama solamente porque es amado, o por otros motivos incluso buenos, como la amistad humana. No se para a mirar si el otro es amigo o enemigo, sino que es el primero en amar, tomando la iniciativa.

Cristo, cuando todavía éramos pecadores, desagradecidos e indiferentes, murió por nosotros (cf. *Rm* 5, 8). «El nos amó primero», dice Juan (I *Jn* 4, 19), y así hemos de hacer también nosotros. «No esperes a que el otro te ame, sino adelántate tú y empieza», recomienda san Juan Crisóstomo³.

² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 470.

³ *In Ep. ad Rom. Hom.*, 21,2: PG 60, 605.

2. Amar a todos

Para que resplandezca el amor que viene de Dios, hemos de amar a todos, sin excluir a nadie. «Para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos...» (*Mi* 5, 45). Estamos llamados a ser pequeños soles junto al Sol del Amor que es Dios. Y entonces todos son destinatarios de nuestro amor. ¡Todos! No un «todos» ideal, toda la gente del mundo, que quizá no conoceremos nunca, sino un «todos» concreto.

«Para amar a una persona hay que acercarse a ella... -decía la Madre Teresa. No atiendo nunca a las multitudes, sino solamente a las personas»^{4 5}.

«Así como basta una hostia santa de entre los millones de hostias de la tierra para alimentarse de Dios -afirma Chiara Lubich-, basta también un hermano -el que la voluntad de Dios pone a nuestro lado- para unirse en comunión con la humanidad, que es Jesús místico» \

Todo prójimo me ofrece la ocasión de amar a Cristo, que «con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (*GS* 22).

3. Amar a los enemigos

Un distintivo muy especial del amor cristiano es el amor a los enemigos, incomprensible a menudo para quien no cree.

⁴ Madre Teresa di Calcutta, *Tu mi porti l'amore*, Roma 1979, p. 48.

⁵ C. Lubich, *Escritos espirituales/1*, Ciudad Nueva, Madrid 1995, p. 33.

Un día un carcelero me preguntó:

-¿Usted nos ama?

-Sí, os amo.

-Pero nosotros le hemos retenido en prisión muchos años, sin juicio, sin condena, ¿y nos ama? ¡Es imposible! ¡No será de verdad!

-Yo he estado muchos años con usted, y usted lo ha visto, es verdad.

-Cuando salga libre, ¿no enviará a sus fieles a quemar nuestras casas, a matar a nuestros familiares?

-No; aunque queráis matarme, yo os amo.

-Pero ¿por qué?

-Porque Jesús me ha enseñado a amar a todos, incluso a los enemigos. Si no lo hago, no soy digno de llamarme cristiano.

-Es muy hermoso, pero difícil de entender.

Jesús ha insistido mucho en este distintivo del amor cristiano, y sólo con esta disposición del corazón se puede hacer la paz verdadera en la tierra: «Si amáis a los que os aman..., si no saludáis más que a vuestros hermanos..., ¿no hacen eso mismo también los gentiles? ... pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan» (*Mt 5, 46-47.44*).

4. Amar dando la propia vida

Jesús es Dios, y su amor no puede ser sino infinito como Dios. No es un amor que da algo; se da a sí mismo: «Habiendo amado a los suyos..., los amó hasta el extremo» (*Jn 13, 1*). «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (*Jn 15, 13*).

Jesús lo ha dado todo, sin reserva: ha dado su vida en

la cruz y ha dado su cuerpo y su sangre en la Eucaristía. Ésta es la medida con la que estamos llamados a amar también nosotros: dispuestos a dar la vida por los que trabajan con nosotros; dispuestos a dar la vida unos por otros.

5. Amar sirviendo

En una grandísima mayoría de casos, el «dar la vida» que nos pide Jesús no se cumple derramando sangre, sino en la vida diaria, en muchos pequeños detalles, poniéndonos al servicio de los demás, incluso de aquellos que, por algún motivo, pueden parecer «inferiores» a nosotros.

Es sabido que, a diferencia de los sinópticos, en la narración de la hora solemne de la última cena, el evangelista Juan no habla de la institución de la Eucaristía, sino que cuenta que Jesús lava los pies a sus discípulos «para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (*Jn* 13, 15).

Servir significa hacerse «eucaristía» para los demás, identificarse con ellos, compartir sus alegrías, sus dolores (cf. *Rm* 12, 15), aprender a pensar con su cabeza, a sentir con su corazón, a vivir en ellos: «caminar con sus mocasines», como dice un proverbio indio.

El amor, primera evangelización

Recuerdo algunos momentos de mi vida que siguen iluminándome cuando pienso en la gran tarea del testimonio cristiano.

Cuando me sometieron a aislamiento, me entregaron a cinco guardias. Por turno, dos de ellos estaban siempre

conmigo. Los jefes les habían dicho: «Os sustituiremos cada dos semanas por otro grupo para que este peligroso obispo no os “contamine”».

Después decidieron: «Ya no os cambiaremos, porque si no, este obispo contaminará a todos los policías».

Al principio, los guardias no hablaban conmigo. Se limitaban a responder «sí» o «no».

Era realmente triste, porque quería ser amable y cortés con ellos, pero resultaba imposible. Ellos evitaban hablar conmigo.

Una noche me vino un pensamiento: «Francisco, tú todavía eres muy rico, tienes el amor de Cristo en el corazón; ámalos como Jesús te ha amado».

Al día siguiente empecé a quererlos más aún, a amar a Jesús en ellos, sonriendo, dirigiéndoles palabras amables. Empecé a contar historias de mis viajes al extranjero, sobre cómo viven los pueblos en América, Canadá, Japón, Filipinas..., sobre la economía, la libertad, la tecnología.

Esto estimuló su curiosidad y los impulsó a hacerme muchísimas preguntas. Poco a poco nos hicimos amigos. Quisieron aprender lenguas extranjeras: inglés, francés... ¡Mis guardias se convirtieron en mis alumnos!

En otra ocasión, en la montaña de Vinh Phú, en la prisión de Vinh Quang, un día de lluvia tenía que cortar leña. Le dije al guardia:

-¿Puedo pedirle un favor?

-Dígame, que yo le ayudaré.

-Quisiera cortar un trozo de madera en forma de cruz.

-¿No sabe usted que está severamente prohibido tener cualquier signo religioso?

-Lo sé -le respondí-, pero somos amigos, y prometo Mantenerla escondida.

-Sería extremadamente peligroso para los dos.

-Cierre los ojos; la haré ahora y seré muy cauto.

Él se alejó y me dejó solo. Corté la cruz y la tuve escondida en un trozo de jabón hasta mi liberación. Con un marco de metal, este trozo de madera ha pasado a ser mi cruz pectoral.

En otra prisión le pedí a mi guardia, del que era amigo, un trozo de hilo de cobre. Asustado, me dijo:

-He estudiado en la Universidad de la Seguridad que cuando alguien quiere hilo de cobre significa que quiere suicidarse.

Le expliqué:

-Los sacerdotes católicos no se suicidan.

-¿Entonces qué hace con el hilo de cobre?

-Quisiera hacer una cadenita para sujetar mi cruz.

-¿Cómo puede hacer una cadenita con un hilo de cobre? ¡Es imposible!

-Si me trae unos alicates se lo mostraré.

-¡Es demasiado peligroso!

-¡Pero somos amigos!

Tres días después me confesó: «Es difícil negarle a usted algo. Mañana por la noche, cuando esté de turno, le traeré un trozo de hilo de cobre. Hay que acabarlo todo en cuatro horas».

Procurando que nadie nos descubriera, la noche siguiente, desde las 7 hasta las 11, con unos alicates, cortamos el alambre de cobre en trozos del tamaño de una cerilla, los forjamos... y la cadenita estaba lista antes de que llegara el otro guardia.

Esta cruz y esta cadenita las llevo encima todos los días, no porque sean recuerdos de la prisión, sino porque indican una convicción mía profunda, un constante reclamo para

mí: sólo el amor cristiano puede cambiar los corazones, no las armas, las amenazas, los medios de comunicación social.

El amor es lo que prepara los caminos para el anuncio del Evangelio.

Omnia vincit amor. ¡Todo lo vence el amor!

Cuando el amor es verdadero, suscita amor como respuesta. Y entonces se ama y se es amado. Y se realiza en la tierra el mandamiento nuevo de Jesús: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (*Jn 15, 12*). El amor mutuo es el cumplimiento del arte de amar.

La Madre del Amor hermoso

No podemos concluir esta meditación sin dirigir nuestra mente y nuestro corazón a la Virgen. María es como la luna, que refleja toda la belleza del sol, que es Jesús, todos sus sentimientos, especialmente su amor. Fuera de la Santísima Trinidad no se halla amor igual al suyo, para amar a Dios y a la humanidad entera. María es la Madre del Amor hermoso. Por eso es tan amada por el pueblo cristiano y por muchos no cristianos. No podemos amar mejor que uniéndonos al amor hermosísimo y tiernísimo de la Virgen María, que posee el más exquisito arte de amar.

El arte de amar es amar como Jesús (porque él es amor).

El arte de amar es amar como María.

El arte de amar es amar como Teresa del Niño Jesús, que dijo: «En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor»⁶.

⁶ Manuscrito B 3 v., en: *Obras Completas*, Monte Carmelo, Burgos 1996, p. 261.

TODOS SON EL PUEBLO DE DIOS
QUE SE ME HA CONFIADO
EXTRA MUROS - OMNIA OMNIBUS

El 1 de diciembre de 1976 me llaman de repente, a las 9 de la noche, junto a otros prisioneros. Encadenados de dos en dos, nos cargan en un camión. Un breve viaje nos lleva a Tan-Cang (Newport), el nuevo puerto militar abierto pocos años antes por los americanos. Delante de nosotros vemos un barco, en penumbra para que la gente no se percate de lo que está pasando. Nos embarcan y nos llevan hacia el norte, un viaje de 1.700 km.

Junto con los demás prisioneros me llevan a la bodega del barco, donde se almacena el carbón. Sólo hay una lamparilla de petróleo; lo demás está totalmente oscuro. Somos 1.500 personas, en condiciones indescriptibles. En mi mente se desata una tormenta. Hasta este momento estaba en mi diócesis, pero ahora ¡Dios sabe dónde iré a parar! Medito las palabras de Pablo: «Me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que el Espíritu Santo en cada ciudad me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones» (*Hch* 20, 22-23). Paso la noche angustiado.

A las raíces de la evangelización

A la mañana siguiente, cuando entra un poco de sol en la bodega del barco, descubro a mi alrededor el rostro triste y desesperado de los demás prisioneros. Hay ambiente de funeral. Uno de ellos ha intentado ahorcarse con un alambre. Los otros me llaman. Hablo con él. Al final me escucha. (Hace dos años, en un encuentro interreligioso en California, volví a ver a aquel hombre. Lleno de alegría, vino hacia mí, me dio las gracias y mostró a todos las cicatrices que aún tiene en el cuello).

Durante aquel viaje, cuando los prisioneros se enteran de que está allí el obispo Van Thuan, se me acercan para comunicarme sus angustias. Paso todo el día compartiendo sus sufrimientos y confortándolos. Transcurro los tres días del viaje sosteniendo a mis compañeros de prisión y medito sobre la pasión de Jesús. La segunda noche, en el frío diciembre del Océano Pacífico, empiezo a comprender que se abre una nueva etapa de mi vocación. En mi diócesis había organizado diversos actos para la evangelización de los no cristianos. Ahora se trata de ir con Jesús a las raíces de la evangelización. Se trata de ir con él a morir *extra muros*: fuera del recinto sagrado.

Jesús crucificado se ha hecho presente allí donde viven todos los malditos

Quisiera considerar, en esta meditación, una palabra desconcertante de Pablo: «Maldito el que cuelga de un madero» (*Ga* 3, 13). Esta tremenda afirmación proviene del Libro del Deuteronomio y se consideraba, en la épo-

ca de Jesús, palabra de maldición divina hacia los judíos que, en el nombre de Dios, en el nombre de la ley de Moisés, sufrían el suplicio romano de la crucifixión.

Saulo estaba convencido de la verdad de esta palabra respecto a Jesús crucificado. No podía ser sino un maldito, rechazado por Dios, este hombre de Nazaret que había corrompido al pueblo comiendo con los pecadores y quebrantando las reglas sobre la pureza, y que pretendía ser el Mesías. Su muerte en la cruz era un signo evidente de que no había actuado según la voluntad de Yahvé.

Como joven rabino, Saulo no podía tolerar que este falso profeta, después de su muerte, fuera seguido por personas que creaban desorden en las sinagogas proclamando que él era el Mesías y estaba vivo junto a Dios. Con celo perseguía a los discípulos de Jesús, hasta que un día el Resucitado lo derribó, lo cambió totalmente. Aquel de quien Saulo pensaba estaba en las antípodas de la voluntad divina y rechazado por Dios, de golpe se le reveló como el Hijo de Dios, como el que mejor hacía visible el rostro divino del Padre.

Desde ese momento, la palabra de maldición del Deuteronomio, que antes había legitimado el odio sagrado hacia los cristianos, empezó a desvelar el amor sin límites de Dios hacia el hombre. Si aquel Crucificado era verdaderamente el Hijo de Dios, si Dios mismo estaba presente en ese hombre que pendía del madero, entonces esta muerte por crucifixión, en lugar de ser maldición, manifestaba hasta qué punto Dios se había hecho cercano a los que estaban lejos de él. Colgado de la cruz, Jesús se había hecho presente allí donde vivían todos los malditos, allí donde vivía el mundo pecador lejos de Dios. Y justamente así había ofrecido la reconciliación y la salvación a todos.

«Extra muros»

La tradición de la Iglesia primitiva reconoce esta realidad en otro hecho: Jesús murió *extra muros*, «fuera de la puerta», como dice la Carta a los Hebreos (13, 12s), fuera de la viña, es decir, de la comunidad de Israel (cf. *Lc* 20, 15), y por tanto, fuera del lugar santo de la presencia de Yahvé, donde sólo el hombre religioso puede estar. Y así reveló, hasta las últimas consecuencias, que el amor de Dios se da a conocer justamente allí donde, a los ojos del hombre, Dios no está.

Tomando en consideración el cuarto Cántico del Siervo de Yahvé («fue contado con los rebeldes» [*Is* 53, 12]), la joven Iglesia está convencida de que el Crucificado abraza a todos los hombres, incluso al más malo y desesperado. Mediante el velo rasgado de su cuerpo, las fronteras entre recinto sagrado y mundo sin Dios han desaparecido: para él, todos pueden tener acceso al Padre.

Pablo, y con él las primeras comunidades cristianas, tienen siempre ante sí esta verdad desconcertante: la cruz de Jesús está plantada en el ámbito del mundo pecador. Si queremos descubrir el rostro de nuestro Señor, tenemos que buscarlo, pues, entre los más alejados. El nos espera en todo ser humano, sea cual sea su situación, su pasado, su estado de vida.

En el Monte de los Olivos, antes de ascender al Cielo, Jesús dijo a sus discípulos: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8). Como los apóstoles, como Pablo, somos llamados a ir *extra muros*-, a todos los pueblos.

Mi catedral más hermosa

Durante el viaje hacia el norte de Vietnam me encadenaron tres veces a un no católico, parlamentario, conocido como fundamentalista budista. La cercanía en su misma suerte hizo mella en su corazón. Más tarde llegué a saber que, tras su liberación, contó de buen grado este hecho: se sintió honrado; buscó siempre que lo encadenaran conmigo; nos hicimos amigos.

En el barco, y luego en el campo de reeducación, tuve ocasión de entablar diálogo con personas muy variadas: ministros, parlamentarios, altas autoridades militares y civiles, autoridades religiosas Cao Dai, Hoá Háo, budistas, brahmanes, musulmanes, personas de varias denominaciones protestantes: bautistas, metodistas... En el campo fui elegido ecónomo para servir a todos, repartir la comida, ir por agua caliente y cargar con el carbón para la calefacción durante la noche, porque los demás me consideraban un hombre de confianza.

Jesús crucificado fuera de las murallas de Jerusalén, al partir de Saigón, me había hecho comprender que tenía que enrolarme en una nueva forma de evangelización, no como obispo de una diócesis, sino *extra muros*, como misionero *ad extra, ad vitam, ad summum-*, hacia fuera, durante toda la vida, hasta el máximo de mi capacidad de amar y de darme. Ahora se abría otra dimensión: *ad omnes* - para todos.

En la oscuridad de la fe, en el servicio, en la humillación, la luz de la esperanza cambió mi visión: este barco, esta cárcel eran mi catedral más hermosa, y estos prisioneros, sin excepción alguna, eran el pueblo de Dios confiado a mi cuidado pastoral. Mi cautividad era divina providencia, era voluntad de Dios.

Hablé de todo eso con los demás prisioneros católicos y nació entre nosotros una profunda comunión, un nuevo compromiso: estamos llamados a ser juntos *testigos de esperanza* para todos.

Y no puedo callar aquí la gran aventura misionera que se desarrolló en Vietnam. En nombre de mi pueblo deseo expresar nuestra especial y profunda gratitud a la Iglesia universal, a la Congregación de *Propaganda Fide*, a los valientes misioneros que nos llevaron el Evangelio y derramaron su sangre en nuestra tierra, en testimonio de la fe.

La radicalidad del Evangelio

Hablando de la aventura de la esperanza, y en especial de la evangelización, hablamos de la radicalidad del Evangelio. Me sorprende el hecho que, en la Sagrada Escritura, Jesús, Pablo y Juan se sirven a menudo de palabras que expresan la dimensión de lo absoluto:

Todos sean uno (cf. *Jn* 17, 21), todos los pueblos (cf. *Mt* 28, 19).

Totalmente amarás al Señor: con todo tu corazón, toda tu mente, todas tus fuerzas (cf. *Mt* 22, 37).

Hasta el extremo Jesús amó a los suyos (cf. *Jn* 13, 1).

Por todas partes los suyos serán sus testigos (cf. *Hch* 1,8).

De edad en edad perdura la lealtad del Señor (cf. *Sal* 100, 5; etc.).

Hay más términos que expresan la dimensión ilimitada de la obra de la evangelización:

Como en el Cielo, así en la tierra: el mismo amor (cf. *Jn* 15, 12), la misma misión (cf. *Jn* 20, 21).

Con las cuatro *dimensiones* se ha de manifestar en nosotros el amor de Cristo: anchura, longitud, altura y profundidad (cf. *Ef* 3, 18-19).

Comprendo cómo san Maximiliano Kolbe estaba acostumbrado a repetir: «absolutamente, totalmente, sin condiciones». Jesús asumió todo eso en la cruz: *consummatum est* (cf. *Jn* 19, 30).

Todo a todos

Sólo con la radicalidad del sacrificio podemos ser testigos de esperanza, inspirados -como ha escrito Juan Pablo II en la Carta encíclica *Redemptoris missio*- «en la caridad misma de Cristo, hecha de atención, ternura, compasión, acogida, disponibilidad, interés por los problemas de la gente» (n. 89).

La figura de Pablo nos acompaña en esta misión nuestra:

«Siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda. Con los judíos me he hecho judío [...]. Con los que están sin ley, como quien está sin ley... estando yo bajo la ley de Cristo [...]. Me he hecho todo a todos [...]. Todo esto lo hago por el Evangelio» (cf. *I Co* 9, 19-23).

Jesús crucificado, en su solidaridad con el último, con el más alejado, el sin Dios, abrió el camino al apóstol para «hacerse todo a todos». Y Pablo, a su vez, nos comunica a los cristianos cuál es el verdadero apostolado: revelar a cada persona, sin ninguna discriminación, que Dios está cerca de ella y la ama inmensamente.

Al hacerse «uno» con todos, considerando con valentía a cada ser humano, incluso el aparentemente más des-

preciable o enemigo, como «prójimo» y como hermano, ponemos en práctica el contenido central del alegre anuncio: en la cruz de Jesús, Dios se acerca a cada hombre alejado de El y le ofrece perdón y redención. He ahí por qué la evangelización no es una tarea confiada únicamente a los misioneros, sino que es constitutiva de la vida cristiana: la Buena Noticia del Dios cercano sólo se puede manifestar si nos acercamos a todos.

Un horizonte ilimitado: «omnia propter evangelium»¹

Dejemos que, a conclusión de esta meditación, se presenten ante los ojos de nuestra mente una vez más los vastos horizontes de la misión de la Iglesia, como se fueron dibujando con el Concilio Vaticano II y como han sido testimoniados por los últimos papas:

- *todo el hombre y todos los hombres* son destinatarios de la Buena Nueva.

- la tarea de evangelizar nos impulsa, en círculos concéntricos, a entablar un *diálogo universal* que empieza dentro de la Iglesia, abraza a nuestros hermanos y hermanas de otras Iglesias y Comunidades eclesiales, se extiende hacia las grandes religiones, establece vínculos de amistad y de cooperación con quien no profesa una fe religiosa y no excluye ni siquiera a aquellos que se oponen a la Iglesia y la persiguen de diversas maneras. «Todos estamos llamados a ser hermanos», afirma la *Gaudium et spes* (n. 92).

- los casi 100 *viajes pastorales* de Juan Pablo II a los cinco continentes, su encuentro con los aborígenes en Pa-

¹ «Todo lo hago por el Evangelio».

púa Nueva Guinea y su visita a la Isla de los esclavos, en África occidental, sus coloquios con Fidel Castro en Cuba y el reciente diálogo con el gran jeque de Al-Azhar en el Cairo, su obra de paz entre los pueblos y las religiones en Tierra Santa, representan con elocuencia el rastro ilimitado que estamos llamados a recorrer al servicio del Evangelio hoy.

- la Santa Sede, en estos últimos decenios, se ha enriquecido con *nuevos dicasterios* y otros numerosos organismos para responder cada vez mejor a esta misión y recoger cuanto Cristo crucificado, en su amor sin límites, sembró por todas partes. Mediante ellos la Iglesia no sólo da, sino que también recibe.

Es para mí un privilegio poder participar en esta gran obra, viviendo y trabajando desde hace varios años en la Curia Romana. Desde el corazón de la Iglesia soy testigo feliz de las maravillas que el Espíritu Santo obra día tras día para llevar la Buena Nueva al corazón de cada pueblo, de cada cultura, de cada expresión de la vida humana. Estoy agradecido por poder vivir en comunión con todos, llevando en el alma las palabras de Pablo: «Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio para ser partícipe del mismo».

ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA

10

ABANDONADO POR EL PADRE *ELOÍ, ELOÍ, LEMÁ SABACTANÍ?*

«En mi primera defensa nadie me asistió, antes bien todos me desampararon. [...] Pero el Señor me asistió y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamara plenamente el mensaje» (2 *Em* 4, 16-17).

En estas palabras de Pablo se refleja mi experiencia durante los duros años de cautiverio. No es que mis fieles y mis sacerdotes me hubieran abandonado, pero nadie podía hacer nada por mí. Me quedé completamente aislado y experimenté el abandono. Pero «el Señor me asistió»; así que el Padre, incluso cuando se oculta, no nos abandona.

La prisión donde me hallaba durante los primeros meses está en la parte más católica de la ciudad de Nhatrang, de la que fui obispo durante ocho años.

Desde mi celda oigo, mañana y noche, las campanas de mi catedral, y, durante todo el día, las de muchas parroquias y comunidades religiosas. Hubiera preferido estar en el monte para no oír.

Durante la noche, en el silencio, oigo el ruido de las olas del Pacífico, que en otro tiempo veía desde la ventana de mi despacho. Nadie sabe dónde me encuentro, si

bien la cárcel sólo dista unos kilómetros de mi casa. ¡Vivo el absurdo!

La noche del 1 de diciembre de 1976, como ya he contado, nos sacan de la prisión de Thù-duc y nos meten en el barco Hai-Phong. Aquella noche, en espera de embarcar, nos hacen sentarnos en el suelo, en medio de la oscuridad. A lo lejos, a tres kilómetros, veo las luces de la ciudad de Saigón, centro de la diócesis de la que fui nombrado coadjutor el 24 de abril de 1975. Sé que tengo ante mí un viaje que me llevará lejos de aquí. El dolor dentro de mí me angustia. Pienso en el apóstol Pablo, cuando en Mileto se despide de los ancianos de Éfeso sabiendo que no los volvería a ver nunca más. Y yo no puedo despedirme de los míos. No puedo ni confortarlos ni darles ningún consejo. Dentro de mí les digo adiós, especialmente a mi buen arzobispo anciano Pablo Nguyen van Binh, con el corazón herido al pensar que ya no los volvería a ver. Hasta hoy no los he vuelto a ver.

He sentido un profundo sufrimiento pastoral por todo esto, pero puedo testimoniar que el Padre no me ha abandonado y que me ha dado fuerzas.

Nuestros momentos de abandono

Quizá todos nosotros, y más de una vez, vivimos momentos así de abandono.

No nos sentimos comprendidos, a veces nos defraudan, nos traicionan. Sentimos la insuficiencia de nuestras fuerzas y la soledad ante misiones que son más grandes que nosotros. Llegamos a conocer dolores atroces de la

Iglesia, de pueblos enteros. En ciertos momentos, la misma luz de la fe y el amor parece que se apagan y caemos en la tristeza y en la angustia.

Son pequeñas o grandes noches del alma, a veces prolongadas, que oscurecen en nosotros la certeza de la presencia del Dios cercano que ha dado sentido a toda nuestra vida.

Son noches que asumen a veces una dimensión de época y colectiva, como en nuestro tiempo, en el que el hombre -como ha observado lúcidamente Juan Pablo II-, «a pesar de sus conquistas, roza [...] el abismo del abandono, la tentación del nihilismo, el absurdo de tantos sufrimientos físicos, morales y espirituales»¹.

Pablo ha hablado de sus momentos de abandono más cruciales: «...peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en la ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar». Al final indica lo que para él era el hecho más triste, lo que lo hace más cercano a Jesús: «Peligros entre falsos hermanos» {2 Co 11, 26}.

El misterio de la cruz

Es la ley del Evangelio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24).

Y es la ley que Jesús vivió en primera persona: su muerte fue real, pero aún más real es la vida en abundancia que brotó de aquella muerte.

Pero ¡cuánto costó esta vida!

¹ *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, V/3 (1982), pp. 1141-1142.

Él había bajado a la tierra por amor a nosotros, para llevar a cabo, en unidad plena con la voluntad del Padre, su designio de salvación del mundo.

«A causa de su amor infinito por los hombres -escribe Máximo el Confesor-, se hizo en verdad y por naturaleza eso mismo que Él amaba»².

Inefable *kénosis* -«abajamiento»- de Dios que Pablo nos hace contemplar en el célebre himno de la Carta a los Filipenses, presentándonos a Cristo en el acto de despojarse de su forma divina para asumir «la condición de esclavo» y hacerse en todo semejante a nosotros los hombres (cf. *Flp* 2, 6-8).

Imagen de un Dios que se entrega sin reservas, que da su vida sin medida hasta subir a la cruz, donde toma sobre sí toda la culpa del mundo, hasta asumir, él, que es el «inocente» (*Mt* 27, 4), el «justo» (*I P* 3, 18), la semejanza con el hombre pecador.

«Cristo nos rescató de la maldición de la ley [o sea, del pecado], haciéndose él mismo maldición por nosotros», afirma Pablo (*Ga* 3, 13).

Intercambio admirable entre Dios y el hombre: *commercium caritatis*, dirá Agustín; *commercium salutare*, dirá León Magno³.

El abandono de Jesús

«Dios le hizo pecado por nosotros», leemos en la Segunda Carta a los Corintios (cf. *2 Co* 5,21).

² Máximo el Confesor, *Ambiguorum liber*. PG 91, 1048.

³ Agustín, *Contra Faustum*, 5, 9: PL 42, 226; León Magno, *Sermo* 54, 4: PL 54,321.

Y es allí, en la cruz, donde Jesús, poco antes de morir, se dirige al Padre gritando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» {*Me* 15, 34; *Mt* 27, 46).

Grito misterioso de un Dios que se siente abandonado por Dios. En el momento culminante de su vida, Jesús había sido traicionado por los hombres, los suyos ya no estaban con él, y ahora Dios, ese Dios al que llamaba Padre, Abbá, parece callar. El Hijo siente el vacío de su ausencia, pierde la sensación de su presencia. La certeza inquebrantable de que no estaba nunca solo (cf. *Jn* 16, 32), de que el Padre siempre lo escuchaba (cf. *Jn* 11, 42), de que era instrumento de su voluntad, deja paso a la súplica llena de angustia.

Entonces parece que se oscurece lo que era más suyo: su íntima unión con el Padre, hasta el punto de no sentirse hijo: «Dios mío, Dios mío», grita, y no «Padre».

Así penetra Juan Pablo II con una profundidad impresionante en este misterio:

«Se puede decir que estas palabras sobre el abandono nacen en el terreno de la inseparable unión del Hijo con el Padre, y nacen porque el Padre “cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros” (*Is* 53, 6) y sobre la idea de lo que dirá san Pablo: “A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros” (*2 Co* 5, 21). Junto con este horrible peso, *midiendo todo el mal de volver la espalda a Dios* contenido en el pecado, Cristo, mediante la divina profundidad de la unión filial con el Padre, percibe de modo humanamente inexplicable *este sufrimiento que es la separación, el rechazo del Padre, la ruptura con Dios*»⁴.

⁴ *Salvifici dolor is*, n. 18.

«Lo cual -afirma san Juan de la Cruz- fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida, [...] quedando así aniquilado y resuelto así como en nada».

Y sin embargo -prosigue san Juan de la Cruz-, «en él hizo la mayor obra que en [toda] su vida con milagros y obras había hecho ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios»⁵.

Aquel vértice de dolor que alcanzó el Hijo de Dios se abre de par en par ante nuestros ojos como el ápice de su amor por nosotros.

En una intensa oración, Chiara Lubich dice:

«Para que tuviéramos la luz, te hiciste ciego.

Para que tuviéramos la unión, experimentaste la separación del Padre.

Para que poseyéramos la sabiduría, te hiciste “ignorancia”.

Para que nos revistiéramos de la inocencia, te hiciste “pecado”.

Para que esperáramos, casi te desesperaste.

Para que Dios estuviera en nosotros, lo sentiste lejos de ti.

Para que fuera nuestro el cielo, sentiste el infierno.

Para darnos una estancia gozosa en la tierra entre cien hermanos y más, fuiste excluido del cielo y de la tierra, de los hombres y de la naturaleza.

Eres Dios, eres mi Dios, *nuestro* Dios de amor infinito»⁶.

⁵ JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, 1. 2, c. 7, par. 11, en *Obras Completas*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1980, p. 263.

⁶ C. Lubich, «Perché fosse nostro il cielo», in: *Citta Nuova*, 1975/3, p. 35.

Una sola cosa con el Padre

Pero nosotros podemos pensar que, en aquella hora extrema en que el Hijo se siente abandonado por el Padre, también el Padre vive la misma «pasión de amor» del Hijo⁷.

Dando al Hijo, dejando que recorra hasta el fondo toda la separación de Dios provocada por el pecado, también El entra, en cierto modo, en comunión con todo el sufrimiento humano: a tanto lo conduce el amor que siente por el hombre.

El Hijo, sintiéndose abandonado por el Padre, se vuelve a abandonar a El con un acto de amor infinito: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (*Lc* 23, 46). Manifiesta así que es una sola cosa con el Padre, en el amor; uno con El en ese Espíritu de amor que los une.

Así pues, la experiencia de la separación más grande de Dios encierra, misteriosa pero realmente, la experiencia de la unidad más plena con el Padre.

Como tan profundamente escribe Juan Pablo II: «Cuando el Hijo es abandonado por el Padre en el Espíritu Santo, en ese abandono está contenida la plenitud definitiva del amor que salva: la plenitud de la unidad del Hijo con el Padre en el Espíritu Santo»⁸.

En esta sorprendente y divina dinámica de amor, todo dolor nuestro es acogido y transformado, todo vacío llenado, todo pecado redimido. Nuestro abandono, nuestra lejanía de Dios son superados.

⁷ Cf. Orígenes, *Homilía in Ezechielem*, 6: PG 13, 714.

⁸ *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VIII/1 (1985), Ciudad del Vaticano 1986, p. 918.

Completo en mi carne...

Hay un misterio abismal en aquel grito que encierra en sí todos los gritos de la humanidad. Es el grito del parto de la «nueva creación», de nuestro nuevo nacimiento como hijos de Dios.

Pero este parto no se realiza sin nosotros. El amor extremo de Jesús nos empuja a vivir -en cuanto nos es posible- como él y en él todo dolor.

Y podemos hacerlo.

Podemos sí, reconociendo en cada dolor personal y ajeno una sombra de su infinito dolor, un aspecto, un rostro de él, cada vez que se presenta no lo alejamos de nosotros, sino que lo acogemos en nuestro corazón, como si lo acogiéramos a él. Y si luego, olvidándonos de nosotros mismos, nos lanzamos a hacer lo que Dios nos pide en ese momento presente, en el prójimo que él nos pone delante, dispuestos sólo a amar. Veremos entonces muy a menudo que el dolor se desvanece como por encanto y que en el alma permanece sólo el amor.

Valorar cada dolor como uno de los innumerables rostros de Jesús crucificado y unirlo al suyo significa en verdad entrar en su misma dinámica de dolor-amor; significa participar de su luz, de su fuerza, de su paz; significa descubrir en nosotros una presencia de Dios nueva y más plena.

Recuerdo mi experiencia durante los oscuros años en prisión. En aquel abismo de mis sufrimientos, algunos sentimientos me daban la paz del alma: nunca dejé de amar a todos, a nadie excluí de mi corazón. Dios amor será quien me juzgue -me dije-; no el mundo, no el gobierno, no la propaganda. Todo pasa, sólo Dios no cambia. Estoy en manos de María. He de ser fiel al ejemplo de mis

antepasados mártires, a lo que aprendí de mi madre cuando era niño.

... en favor de su cuerpo, que es la Iglesia

Pero unir cada dolor al de Cristo en la cruz significa también convertirse, con El y en El, en instrumento de salvación.

Y aquí pienso en nosotros como sacerdotes.

¿Por qué los peregrinos de Ars se agolpaban, como un solo corazón y una sola alma, alrededor del altar en el que celebraba la Eucaristía san Juan María Vianney? ¿Y por qué a los que asistían a la misa del Padre Pío en S. Giovanni Rotondo les fascinaba el misterio que se realizaba ante ellos, hasta el punto de perder la noción del tiempo?

¡Porque veían ante ellos un sacerdote tan identificado con Jesús en la cruz, que podía decir, como san Pablo: «Completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col 1,24*)!

En cada misa nuestra, como el Cura de Ars, como el Padre Pío, tenemos a nuestro alrededor al mundo entero con todos los lugares en los que «Dios llora», con todos los pecados y con todos los sufrimientos de la humanidad. Lo oímos con nuestros oídos, lo sufrimos con nuestro corazón y dejamos al Espíritu que ore en nosotros con «gemidos inefables» (cf. *Km 8, 26*). Todo lo podemos unir a Jesús crucificado, que está allí en el altar. Y podemos identificarnos con El. Así, en la fe, podremos alegrarnos «alborozados en la revelación de su gloria» (*I P 4, 13*).

Cristo crucificado es nuestra esperanza.

«Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación» (*2 Co 1,5*).

PARA QUE EL MUNDO CREA
NUM CORPUS DIVIDI POTEST

Aún tengo ante mis ojos la celebración ecuménica de apertura de la Puerta Santa en la Basílica de San Pablo Extramuros, en presencia de personalidades eminentes de varias Iglesias y Comunidades eclesiales.

Veo al Santo Padre arrodillado en el umbral de la Puerta Santa, junto al metropolitano ortodoxo Athanasios y al arzobispo de Canterbury George Carey. Los veo elevar el libro del Santo Evangelio hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra. Los veo darse la paz.

Y me viene a la memoria el grito de la multitud, compuesta por católicos, ortodoxos y protestantes, en Bucarest, en mayo del año pasado, 1999, cuando Juan Pablo II y el patriarca Teoctist se regalaron mutuamente un cáliz: «Unitade, unitade».

El camino solícito hacia la plena comunión visible de los cristianos es una prioridad de este año jubilar. Sabemos lo arduo que es y, al mismo tiempo, lo urgente. Sabemos que sólo la conversión del corazón, sólo una intervención especial del Espíritu Santo, puede realizar este milagro. Por tanto, quisiera dedicar esta meditación al ecumenismo.

El grito de Jesús

Cuando veo la división de los cristianos pienso en el Cuerpo de Cristo. «Puede un cuerpo estar dividido? ¿Puede la Iglesia, Cuerpo de Cristo, estar dividida?», es la pregunta que brotó, vibrante, del corazón del Santo Padre en San Pablo Extramuros, como un grito, un grito de imploración. Oigo en esta pregunta la preocupación de Pablo ante las divisiones que había en la comunidad de Corinto: «¿Está dividido Cristo?» (*1 Co 1, 13*). Y escucho en ella el mismo grito de Jesús en la cruz.

«Padre, que ellos también sean uno, para que el mundo crea» (*Jn 17, 21*) había sido su oración suprema. Venido a la tierra, había suscitado la Iglesia como «pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*LG 4*). Con el don de la Eucaristía había hecho de él su Cuerpo. Con el envío del Espíritu había forjado el instrumento para reunir a todas las gentes en una sola familia: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*LG 1*).

Pero, a causa de tristes sucesos de la historia y por la debilidad humana, los que fueron «bautizados en un solo Espíritu para no formar más que un cuerpo» (*1 Co 12,13*) vuelven a estar divididos. Llamados a formar el «instrumento de la unidad», ya no están ellos unidos. ¡He aquí esta llaga de la Iglesia, esta llaga de Cristo! ¿Cómo puede hacer mella el mensaje de la Buena Nueva? Y con estos presupuestos, ¿cómo se podrá coser el desgarrón del secularismo y del ateísmo, que hace que vivan millones de personas, en naciones de antigua tradición cristiana, como si Dios no existiera?

Estamos llamados -según la perspectiva del Concilio Vaticano II- a ser profecía y fermento de unidad en el seno de la humanidad. Pero ¿cómo podremos cumplir eficazmente esta misión nuestra si ya entre nosotros hay divisiones? Y ¿cómo podrá avanzar el proyecto de Dios sobre la historia, la superación de las terribles desigualdades económicas que sumen a millones de seres humanos en la pobreza más absoluta, la abolición de la lógica del poder y del lucro, de la cual nacen nuevas y devastadoras guerras? ¿Cómo se pueden componer en uno las diferencias entre pueblos, culturas y religiones, si los cristianos, si la Iglesia de Cristo no es, con toda evidencia, modelo de unidad?

Oigo en estas preguntas el grito de Jesús: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Y también: «Tengo sed». Tengo sed de ver circular libremente mi Espíritu, el Espíritu del amor, entre todos los miembros del Cuerpo; tengo sed de ver recomponerse en uno el instrumento de la unidad; tengo sed de ver el fruto de mi ofrenda: ¡la Iglesia *una*!

«Unitate, unitate», gritó el pueblo de Bucarest. Y Juan Pablo II en San Pablo Extramuros exclamó: «Gracias por esta voz, por esta voz consoladora de nuestros hermanos y hermanas. Quizá también nosotros podamos salir de esta basílica gritando como ellos: “Unidad, unidad; Unité; Unity”».

Esperanza contra toda esperanza

Ha dicho un obispo que tiene experiencia en este campo: «En el ecumenismo se entra con mucha esperanza y se permanece contra toda esperanza».

Cuando en 1994 Juan Pablo II, en la *Tertio millennio adveniente*, formuló el deseo de que «ante el Gran Jubileo nos podamos presentar, si no unidos del todo, al menos mucho más próximos a superar las divisiones del segundo milenio» (n. 34), las perspectivas del ecumenismo, humanamente hablando, no eran las mejores. Justamente en esos años se presentaron nuevos obstáculos en el camino hacia la plena comunión visible de los cristianos. Y se extendió cierto pesimismo. Pero la unidad es obra del Espíritu Santo.

De Max Thurian, que durante muchos años trabajó en el Consejo Ecuménico de las Iglesias, se cuenta que, en un momento difícil, respondió a quien lo invitaba a no desanimarse: «¡Desanimarse, nunca! Hay que seguir adelante, cada uno en su puesto, con seriedad y fidelidad. Y quizá cuando uno menos se lo espera, se abre un vado por el cual la historia da un salto cualitativo».

Algunos sucesos ocurridos justamente en el umbral del año jubilar nos hacen esperar un salto de calidad así.

Cuando el 31 de octubre de 1999, entre el júbilo del pueblo y la conmoción de los responsables, se firmó en Augsburgo la Declaración conjunta católico-luterana sobre la doctrina de la justificación, muchos de los presentes tuvieron expresiones como ésta: «Me ha parecido que el Espíritu Santo aleteaba sobre esta Asamblea y que el peso de la división se aligeraba; ¡una felicidad nunca experimentada!».

También con las Iglesias de Oriente se han dado pasos significativos. Tras su inolvidable viaje a Rumania, Juan Pablo II, en noviembre, pudo visitar la Iglesia ortodoxa hermana en Georgia. Y a primeros de diciembre, en Belén, las Iglesias presentes en Tierra Santa abrieron juntas el Gran Jubileo con una participación nunca vista.

Pocos días después, el estudio de la figura de Juan Hus, emprendido por las Iglesias de la República Checa, culminó en un congreso en la Pontificia Universidad Lateranense: importante etapa de purificación de la memoria, que ha dado aún más esperanza para la plena reconciliación de los cristianos de aquel país.

Luego, el histórico encuentro en la Basílica de San Pablo Extramuros, en el que se dio la presencia más numerosa, después del Vaticano II, de representantes de diferentes Iglesias del mundo entero. El metropolitano Athanasios comentó después: «Todos hemos de repetir ese gesto: realizar la conversión del corazón»¹. Y el arzobispo Carey declaró: «Me ha animado mucho a seguir adelante»².

Pocos días antes de estos ejercicios seguimos llenos de estupor la visita del Santo Padre a Egipto. ¡Qué testimonio para toda la cristiandad y para el mundo fue aquel «Santidad, le queremos» del papa Shenouda III, y la respuesta de Juan Pablo II: «Deseo corresponder diciendo: “También nosotros os amamos”»!³.

¡Y por último, la valiente confesión de las culpas contra la unidad del Cuerpo de Cristo por parte del Santo Padre en el primer domingo de Cuaresma de este año jubilar que tanto eco tuvo en el mundo entero!

El sacrificio de la unidad

En la causa del ecumenismo -nos recuerda con insistencia Juan Pablo II-, «no hay tiempo que perder». «Al

¹ Entrevista por televisión en SAT 2000 (19-1-2000).

² Ibid.

³ *L'Osservatore Romano*, 27-2-2000, pp. 4-5.

comienzo de un nuevo siglo y de un nuevo milenio, que lanzan enormes retos a la familia humana... este testimonio común es más importante que nunca»⁴.

Y sin embargo, según el metro humano, el camino hacia la plena comunión visible de todos los bautizados todavía parece largo.

Recuerdo un episodio que me contó el prior de Taizé, Roger Schutz. Había ido de visita a Constantinopla. «Cuando ya nos habíamos despedido -me dijo-, el patriarca Atenágoras, inesperadamente, se acercó de nuevo a mí. Significando con las manos levantadas un cáliz, con unos ojos que brillaban como el fuego y con un tono de voz que conmovía, me dijo: ¡Esta es la unidad!».

Y recuerdo la reciente presencia, aquí en Roma, del arzobispo Carey. «Cada vez que visito las catacumbas -me confió- me siento cerca de los apóstoles, siento revivir la Iglesia primitiva». Y expresó su gran estima por Juan Pablo II y su nostalgia de la comunión plena.

Pero ¿dónde mirar para alcanzar esta altísima y aparentemente tan difícil meta?

El gran reto de la unidad de las Iglesias nos lleva a arraigar aún más en las insondables profundidades del misterio pascual.

Jesús, que en el momento del abandono parecía haber perdido la unidad con el Padre y con los hombres, es *imagen de la división* que existe entre las Iglesias. Descubriendo en la llaga de las divisiones su rostro y amándolo apasionadamente en esta triste situación, podemos hallar *la fuerza de no rehuir* el sufrimiento ni las dificultades que marcan el camino hacia la plena comu-

⁴ Ibid.

nión. Unidos a él en la cruz encontramos la fuerza de afrontarlas.

Pasando con él por la Puerta Santa de la cruz podemos encontrar también el *camino para curar* las heridas de su Cuerpo. Justamente en el momento en que él experimentó la separación más abismal, engendró la Iglesia. Y poniéndonos junto a él, con inmenso amor, en la llaga de la división, también nosotros podemos ser instrumentos de unidad. En su *kénosis* por amor, él nos enseña el camino a la *énosis*: en su bajada radical y en su despojamiento interior de toda riqueza, él nos muestra *el estilo y la medida* del amor que conduce a la unidad.

En la comunión con El está el camino

- para superar toda autosuficiencia y acogernos unos a otros,
- para volver a abrir puertas que pueden parecer cerradas para siempre,
- para reconocer nuestras culpas y para perdonarnos unos a otros,
- para amarnos con esa caridad que «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Co 13, 7).

«La aspiración a la unidad -dijo Juan Pablo II el pasado 18 de enero de 2000 en la Basílica de San Pablo, refiriéndose a la conclusión de la encíclica *Ut unum sint* (n. 102)- camina a la par de una profunda capacidad de “sacrificio”». Y explicó: «Predisponemos al sacrificio de la unidad significa cambiar nuestra mirada, dilatar nuestro horizonte, saber reconocer la acción del Espíritu Santo, que obra en nuestro hermanos, descubrir rostros nuevos de santidad, abrírnos a aspectos inéditos del compromiso cristiano»⁵.

⁵ *L'Osservatore Romano*, 19-1-2000, p. 7.

Conversión del corazón

Quiero dar gracias al Señor, junto con toda la Iglesia, por el gran don de la unidad que nos viene de Jesús crucificado. Y, juntamente con todos, quiero ponerme a seguir sus huellas, dispuesto a realizar la conversión del corazón en la cual se apoya el «verdadero ecumenismo»⁶.

Me han impresionado mucho estas palabras del gran patriarca Atenágoras:

«Hay que conseguir desarmarse.

Yo he hecho esta guerra. Durante años y años.

Ha sido terrible. Pero ahora estoy desarmado.

Ya no le tengo miedo a nada, porque “el amor ahuyenta el miedo”.

Estoy desarmado de la voluntad de prevalecer,

de justificarme a expensas de los demás.

Ya no estoy alerta,

celosamente aferrado a mis riquezas.

Acojo y comparto.

No me importan especialmente mis ideas, mis proyectos.

Si me proponen otros mejores, los acepto de buen grado. Es decir: no mejores, sino buenos.

Lo sabéis, he renunciado al comparativo...

Lo que es bueno, verdadero, real, esté donde esté, es lo mejor para mí.

Por eso ya no tengo miedo.

Cuando ya no se posee nada, ya no se tiene miedo.

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?” [...]

⁶ Cf. *Unitatis redintegratio*, n. 7.

Pero si nos desarmamos, si nos despojamos,
si nos abrimos al Dios-hombre que hace nuevas todas
las cosas,
entonces es El quien borra el pasado malo y nos
devuelve un tiempo nuevo donde todo es posible»'.

Un tiempo nuevo: el tiempo de la unidad. Un tiempo
en el que Cristo crucificado verá el fruto pleno de su
ofrecimiento. Un tiempo en el que podremos decir a quien
piensa que El todavía está sepultado bajo las divisiones de
los cristianos: «¡No está aquí, ha resucitado!» (*Mt 28, 6*).⁷

⁷ Atenagora, *Chiesa Ortodossa e futuro ecuménico. Dialoghi con Olivier Clément*, Brescia 1995, pp. 209-211.

MÁRTIRES DE HOY
SEMEN CHRISTIANORUM

Juan Pablo II nos ha invitado, para este Gran Jubileo, a abrir los ojos ante los «nuevos mártires». Un siglo como el que termina, donde ha habido tanto bienestar, tanto apego a la vida, tanto miedo a perderla, ha sido también el siglo del martirio cristiano. Los mártires han estado entre nosotros. Es más, son la fuerza de la Iglesia del siglo XX y del nuevo siglo.

Sin embargo, tenemos que ensanchar nuestra mirada a esta realidad de la historia de la Iglesia para contemplarla: el martirio.

La herencia de los mártires

Yo mismo he vivido en la cárcel el sufrimiento de la Iglesia. Sentía pasar el tiempo, día tras día, sin ver el final. Me preguntaba como el profeta Isaías: «Centinela, ¿qué hay de la noche?; centinela, ¿qué hay de la noche?» (Ir 21, 11). Empezaba en aquellos momentos a comprender mejor el significado del martirio. No el cruento, que era una posibilidad que tenía ante mí, sino el martirio como una

vida que no se pone límites -ni el de su conservación- por amor a Dios, por fidelidad a la unidad y a la comunión de la Iglesia, por servicio al Evangelio.

El cristiano no desprecia la vida: recordaba en la cárcel los días felices de mi servicio pastoral como sacerdote y como obispo, pensaba en los católicos de las diócesis donde había estado, en mis hermanos en el ministerio, en mis amigos, en mis parientes. ¡Qué alegría habría sido volverlos a ver!

Y si embargo, mi fe no se podía vender. No se podía ceder a ningún precio, ni siquiera el de una vida feliz. Me parecía entender un poco más el martirio: no poner límites al amor por el Señor, ni siquiera el límite tan natural de la salvación de uno mismo, de la propia vida, de la propia felicidad. Y en aquellos momentos pensaba en tantos cristianos prisioneros, sufriendo, deportados. Pensaba en los que sufren grandes dolores. Me acordaba de las palabras de la Carta a los Hebreos: «No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado» (12, 4).

Nos sentíamos en comunión con muchos testigos: «También nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe» (*Hch* 12, 1-2).

Pensaba en las persecuciones, en las muertes, en los martirios que han tenido lugar durante 350 años en Vietnam y han dado a la Iglesia tantos mártires desconocidos: unos 150.000.

Yo mismo creo que mi vocación sacerdotal ha estado misteriosa pero realmente vinculada a la sangre de estos

mártires de Vietnam, caídos en el siglo XX mientras anunciaban el Evangelio y permanecían fieles a la unidad de la Iglesia, a pesar de las amenazas de muerte y la violencia.

Recuerdo el testimonio de mi bisabuelo paterno. Me contaba a menudo que los componentes de su familia habían sido divididos a la fuerza y puestos bajo la custodia de varias familias no cristianas para hacerles perder la fe, mientras su padre había sido encarcelado. Así mi bisabuelo, cuando tenía 15 años, hacía diariamente 30 km a pie para llevarle a su padre un poco de arroz y sal, que él apartaba de lo que recibía de la familia con la que vivía y trabajaba. Salía a las 3 de la mañana para volver a tiempo para el trabajo.

Por la parte de mi abuelo materno hay un hecho más dramático: en 1885 toda la parroquia fue quemada viva en la iglesia, a excepción de él, que en esa época era estudiante en Malasia.

Creo que la fidelidad de la Iglesia vietnamita se explica por la sangre de aquellos mártires. Las vocaciones sacerdotales y religiosas que enriquecen la Iglesia de Vietnam nacen de la gracia de la prueba. Los mártires nos han enseñado a decir que sí: un sí sin condiciones ni límites al amor por el Señor. Pero los mártires nos han enseñado también a decir que no a las lisonjas, a las componendas, a la injusticia, quizá con el fin de salvar la vida o gozar de un poco de tranquilidad.

Es una herencia. Y una herencia se ha de aceptar siempre. No es automática o natural. Se puede rechazar. La herencia de los mártires: no se trata de heroísmo, sino de fidelidad. La fidelidad se ha madurado dirigiendo la mirada a Jesús, modelo de vida cristiana, modelo de todo testigo, modelo de todo mártir.

Jesús, modelo y causa de todo martirio

En prisión escribía: «Mira a la cruz y encontrarás la solución a todos los problemas que te preocupan»¹. Los mártires le han mirado a El...

Todos podemos verlo en el momento de su martirio, solo, abandonado, crucificado. El pueblo comenta así el final de aquel Maestro de Galilea: «Ha salvado a otros; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido» (*Lc 23, 35*). El, que había hecho tantos milagros, curaciones, resurrecciones y dado tantas enseñanzas... ¿por qué no se salva a sí mismo? Los soldados se burlaban de él: «Si tú eres el rey de los judíos, ¡sálvate!» (*Lc 23, 37*). En el Evangelio de Mateo los escribas y sacerdotes comentan: «A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere» (*Mt 27, 42-43*).

Jesús no se salvó a sí mismo: «Jesús, para salvarse, podía marcharse de Jerusalén y refugiarse en otro lugar. De ese modo podía librarse de la conjura que va a tener lugar. Podía marcharse, tomar el camino que va de Jerusalén a Jericó, donde había situado el encuentro con el buen samaritano... Huyendo de Jerusalén, tal vez se habría salvado. Pero no lo hace. No lo hizo... Se queda y ofrece su vida, sin tratar de salvarse a sí mismo»¹².

Los mártires, ciertamente, lo han mirado a El. No han escuchado la ironía y los consejos de los que los rodeaban:

¹F.-X. NGUYEN VAN THUAN, *Cinco panes y dos peces*, Madrid 2000, p. 72.

²A. RICCARDI, *Le parole della croce*, Brescia 1999, p. 13.

«¡Sálvate a ti mismo!». Jesús es el modelo de muchos mártires: «El cual, por el gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios» (*Hb* 12, 2).

No sabemos cuántos le han mirado a El en la soledad de las prisiones, en las últimas horas después de la sentencia a muerte, en las largas noches de espera de una mano asesina inminente, en el frío del campo de concentración, en el dolor y en el cansancio de marchas insensatas. No sabemos cuántos han elevado los ojos hacia El y han conformado su vida a su martirio. Muchos, más de los que pensamos. Sucedió lo que está escrito en la Carta a los Hebreos: «Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo» (12, 3).

Muchos han pensado atentamente en El y no han decaído de ánimo. Han encontrado una fuerza que admiró a los verdugos, los que los consideraban vencidos, como un objeto frágil en sus manos. Dice la Carta a los Hebreos: «Hallaron fuerza en su debilidad» (cf. 11, 34). ¡Imaginémonos la extrañeza de los verdugos ante esta fuerza que venía de cuerpos vencidos y de existencias

Una multitud inmensa en la Iglesia de hoy

¡No son historias antiguas, ya pasadas! No son sólo las historias de Ignacio de Antioquía, que decía: «Es hermoso morir al mundo por el Señor y resucitar con El».

Hay que saber descubrir la visión del Apocalipsis en la historia del siglo XX: «...Miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza,

pueblo y lengua, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos, y gritan con fuerte voz: “La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero”» (7, 9-10). ¿Quiénes son? El anciano dijo: «Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero» (7, 14). Son los que no han renunciado a amar para salvar su vida. Son los que han creído que la salvación pertenece a nuestro Dios.

Hay que abrir los ojos y leer esta visión en nuestro tiempo: se verá una multitud de mártires. Los nuevos mártires del siglo xx. No son sólo unos cuantos. No son raras excepciones, sino una multitud inmensa que no es fácil contar. Centenares de miles de hombres y mujeres. No nos han llegado muchos testimonios sobre ellos. Otros se han guardado celosamente en los archivos de los verdugos. El nombre de otros se ha manchado, añadiendo la ignominia al martirio... Son una «multitud inmensa que nadie puede contar».

Pertenecen a varias naciones, hablan lenguas diferentes, tienen rasgos diversos. Muchos pueblos, muchas Iglesias, muchas comunidades han sufrido. Juan Pablo II ha escrito en la *Tertio millennio adveniente*: «Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto a ser de nuevo Iglesia de mártires. Las persecuciones de creyentes -sacerdotes, religiosos y laicos- han supuesto una gran siembra de mártires en varias partes del mundo. El testimonio ofrecido a Cristo hasta la efusión de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes...» (n. 37).

Meditando sobre el martirologio del siglo xx, algunas palabras de la Sagrada Escritura me parecen columnas que sostienen este glorioso monumento:

Sine me nihil potestis facere (Jn 15, 5).
Omnia possum in eo qui me confortat (Flp 4, 13).
Non ego autem, sed gratia Dei mecum (I Co 15, 10).

Mártires de la caridad

Quiero hacer memoria del «reino de los infelices», como lo definió una deportada, del campo de concentración de las Islas Solovski, en Rusia.

Un detenido recuerda una imagen de amor en aquel infierno:

«Uniéndose en el esfuerzo, trabajan juntos un obispo católico todavía joven y un viejecito débil y enjuto de barba blanca, un obispo ortodoxo, crecido en años pero fuerte de espíritu, que empujaba con energía la carga... El que de nosotros tenga un día la suerte de volver al mundo, tendrá que dar testimonio de lo que vemos nosotros aquí ahora. Y lo que vemos es el renacimiento de la fe pura y auténtica de los primeros cristianos, la unión de las Iglesias en la persona de los obispos católicos y ortodoxos que participan unánimes en la empresa, una unión en el amor y en la humildad»³.

Esto sucedía en las Islas Solovski, *alma mater* de los campos de concentración soviéticos. Juan Pablo II ha dicho: «El ecumenismo de los santos y de los mártires es quizá el más convincente. La comunión de los santos habla con más fuerza que los elementos de división»⁴.

³ J. Brodskij, *Solovski. Le isole del martirio. Da monastero a primo lager sovietico*, Milán 1998, p. 152.

⁴ *Tertio millennio adveniente*, n. 37.

Entre los *mártires del comunismo soviético* apenas podemos reconocer algunos rostros. Sólo Dios sabe el nombre de muchos de ellos. El metropolitano ortodoxo de San Petersburgo, Benjamín, martirizado en 1922 tras un proceso basado en falsas acusaciones, escribió antes de ser ajusticiado:

«Los tiempos han cambiado y ha aparecido la posibilidad de sufrir por amor a Cristo penalidades procedentes tanto de los nuestros como de los extraños. Sufrir es duro, pesado, pero según la medida de nuestros sufrimientos sobreabunda el consuelo divino. Es difícil cruzar... este confín y entregarse totalmente a la voluntad de Dios. Pero cuando así sucede, el hombre se llena de consuelo y ya no siente los terribles sufrimientos...»⁵.

Los terribles tormentos no vencieron a los muchos testigos de los *campos de concentración del nazismo*. Allí se vivió el amor, como muestra san Maximiliano Kolbe, patrón del difícil siglo XX, que no consideró su supervivencia como el valor supremo de su vida: «Es fuerte el amor como la Muerte» (*Ct 8, 6*). La inhumanidad del sistema de los campos de concentración, ese terrible mundo sumergido, escuela de odio y de aniquilación de la persona, no ahogó el amor fuerte hasta el martirio. Prosigue el Cantar de los Cantares: «No pueden los torrentes apagar el amor, ni los ríos anegarlo» (*Ct 8, 1*).

Una multitud de mártires que hablaban una lengua diferente de la gente del país donde murieron: los *misioneros* no abandonaron sus comunidades en el momento del peligro, y cayeron mientras los demás ex-

⁵ O. Vasil'eva, *Russia mar tire. La Chiesa ortodossa dal 1917 al 1941*, Milán 1999, p. 95.

tranjeros se marchaban. Mártires misioneros: el miedo no apagó el amor. Mártires del amor. En 1995 seis Hermanas Pobres de Bérgamo mueren en la epidemia de Ebola en Congo a causa del contagio. Las monjas, que estaban sobre el terreno, quisieron quedarse para atender a los enfermos. Llegaron otras hermanas para ayudarlas. Todas murieron. A una de ellas, sor Dinarosa Belleri, le habían preguntado: «¿No tiene miedo, usted que está siempre rodeada de enfermos?». Su respuesta fue: «Mi misión es servir a los pobres. ¿Qué hizo mi fundador? Yo estoy aquí para seguir sus huellas... El Padre Eterno me ayudará». Son mártires del amor: para los cristianos, proteger su vida no es un valor absoluto si se tiene que pagar el precio de separarse de los necesitados. El amor a los pobres es más importante que salvarse a sí mismos.

Mártires de la fe. El obispo armenio católico de Mardín, Mons. Maloyan, hombre de paz, acusado injustamente, fue arrestado y deportado con un convoy de cristianos. Le propusieron renunciar a su fe para salvarse. El respondió: «Nosotros moriremos, pero moriremos por Jesús». Murió mártir con sus fieles en 1915.

Mártires del odio étnico. En Buta, en el seminario, en un Burundi azotado por las guerras étnicas, 40 seminaristas *hutus* y *tutsis* fueron masacrados juntos el 30 de abril de 1996 por unos guerrilleros *hutus*. Los habían invitado a dividirse entre *hutus* y *tutsis* los primeros habrían salvado su vida, pero no quisieron separarse de sus compañeros y todos fueron asesinados juntos.

No podemos describir los prodigios de la gracia en tantos hermanos nuestros cuyo sufrimiento sólo lo conoce Dios. ¡Hermanos y hermanas, no os olvidamos!

Testigos de la Pascua de Cristo

¡Cuántos mártires! Una muchedumbre de mártires: mártires de la pureza, mártires de la justicia, mártires niños, mujeres y hombres mártires, pueblos mártires. Es un gran fresco que se extiende ante nuestros ojos: de una humanidad cristiana, mansa, humilde, no violenta, que resiste al mal, débil y al mismo tiempo fuerte en la fe, que ha amado y creído más allá de la muerte. Esta humanidad martirizada es la esperanza para el siglo que estamos empezando a vivir.

Es una herencia para nosotros, cristianos del siglo XXI, que hemos de abrazar y escoger. Es una herencia que abrazar en la vida de cada día, en las pequeñas y grandes dificultades, en el expolio de toda agresividad, de todo odio, de toda violencia. La herencia de los mártires se acepta cada día en una vida llena de amor, de mansedumbre, de fidelidad. Escribía Isaac el Sirio: «Déjate perseguir, pero tú no persigas. Déjate crucificar, pero tú no crucifiques. Déjate ultrajar, pero tú no ultrajes»⁶.

Me parece oír una pregunta dirigida a todos nosotros en esta Cuaresma y en esta Pascua del Gran Jubileo: ¿queremos abrazar la herencia de estos mártires bajo el signo de la cruz y de la Resurrección?

«He visto a mi padre subir al Cielo»

Este es el título de un librito que ha recibido el premio UNESCO. El autor, un ruso que vive en París, cuenta en él,

⁶ *Discorsi ascetici*, 58, citado por O. CLÉMENT, *Alie fon ti con i Padri. I mistici cristiani delle origini. Testi e commento*, Roma 1987, p. 270.

con palabras conmovedoras, la vida de su padre: un sacerdote ortodoxo, piadoso y apasionado pastor que afrontó innumerables sacrificios en medio de la persecución. Un día, durante la guerra, fue arrestado porque calzaba un par de botas que uno de sus hijos, soldado, le había regalado. Fue condenado a muerte porque la ley prohibía a los civiles usar calzado militar. En realidad fue un pretexto, tras el cual se ocultaba como verdadero motivo su actividad religiosa.

Convocado todo el pueblo en un campo alrededor del pastor, un capitán proclamó la condena. Por toda respuesta, el sacerdote se arrodilló para rezar. Y toda la población se arrodilló con él y oraba en voz alta. «Fuego», ordenó el capitán, pero los soldados permanecieron inmóviles. «Fuego», gritó de nuevo, pero nadie disparaba. Derrotado, el capitán dejó volver al sacerdote a su casa junto con su gente, a caballo.

Unos meses después, mientras estaba de viaje pastoral, este sacerdote ortodoxo «desapareció» y ya no se tuvo ninguna noticia más de él. Todos comprendieron cuál había sido su suerte. Y así el pueblo dijo que había ido al Cielo con su caballo.

*O Crux, ave spes única,
mundi salus et gloria!*¹

¹ ¡Oh Cruz, salve, única esperanza, / salvación y gloria del mundo!

REZAR SIEMPRE
IN ORATIONE DEI

Después de mi liberación muchas personas me dijeron: «Padre, habrá tenido usted mucho tiempo para rezar en la prisión». No es tan sencillo como se podría pensar. El Señor me permitió experimentar toda mi debilidad, mi fragilidad física y mental. El tiempo transcurre lentamente en la cárcel, sobre todo durante el aislamiento. Imaginaos una semana, un mes, dos meses de silencio... Son tremendamente largos, pero cuando se transforman en años, se convierten en una eternidad. Hay días en que, derregado por el cansancio y por la enfermedad, no llego a recitar una oración.

Pero es verdad: se puede aprender mucho sobre la oración, sobre el genuino espíritu de oración, justamente cuando se sufre por no poder rezar a causa de la debilidad física, de la imposibilidad de concentrarse, de la aridez espiritual, con la sensación de estar abandonados por Dios y tan lejos de El que no se le puede dirigir la palabra.

Y quizá precisamente en esos momentos es cuando se descubre la esencia de la oración y se comprende cómo poder vivir ese mandamiento de Jesús que dice: «Es preciso orar siempre» (*Lc 18, 1*).

Desde los Padres del desierto al Peregrino ruso, desde los monjes de Occidente a los de Oriente, ha habido una preocupación fundamental, una búsqueda apasionada: poder poner en práctica una oración continua y perseverante. «Esta es la cúspide de la perfección -dice Casiano-: que toda nuestra vida y toda emoción de nuestro corazón sea una oración única e ininterrumpida»¹.

Una oración sencilla

Me gusta rezar con las oraciones litúrgicas, los salmos, los cánticos. Me gusta mucho el canto gregoriano, que recuerdo de memoria en gran parte. Gracias a la formación en el seminario, estos cantos litúrgicos entraron profundamente en mi corazón. Luego, las oraciones en mi lengua nativa, que toda la familia recita todas las noches en la capilla doméstica, tan conmovedoras, que recuerdan la primera infancia. Sobre todo las tres *Avemarias* y el *Memorare*, que mi madre me enseñó a recitar mañana y noche.

Me gusta la oración de Francisco de Asís, que pasa toda la noche en la nieve repitiendo: «¡Mi Dios y mi todo!», y la oración de Don Marmion, abad de Maredsous: *Deus meus, misericordia mea!*

Entre los medios que mantienen vivo el espíritu de oración están los brevísimos flechazos al cielo, las jaculatorias, que nada en el mundo puede impedir o detener porque son inspiraciones del alma, latidos del corazón.

Miro a Jesús como modelo de oración.

¹ Giovanni Cassiano, *Conferenze* 10, 7: SC 54, p. 81.

La suya es una oración sincera y sencilla, dirigida al Padre. Sucedió que su oración fue larga, sin fórmulas hechas, como la oración sacerdotal posterior a la Cena: ardiente y espontánea.

Pero a menudo Jesús, la Virgen, los apóstoles utilizan oraciones breves, pero muy hermosas, que asocian a la vida cotidiana. Yo, que soy débil y tibio, amo estas oraciones breves ante el sagrario, en mi escritorio, por la calle, estando solo. Cuanto más las repito, más penetran en mí:

«Soy la esclava del Señor» (*Lc 1, 38*).

«Magnificat...» (*Lc 1, 46-55*).

«No tienen vino» (*Jn 2, 3*).

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (*Lc 23,34*).

«He ahí a tu hijo; he ahí a tu madre» (cf. *Jn 19,26-27*).

«Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino» (*Lc 23,42*).

«A tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc 23, 46*).

«Señor, ¿qué quieres que haga?» (*Hch 22, 10*).

«Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo» (*Jn 21,17*).

«Señor, ten misericordia de mí, que soy un pobre pecador» (*Lc 18, 13*).

Todas estas breves oraciones, unidas una a otra, forman una vida de oración. Como una cadena de gestos discretos, de miradas, de palabras íntimas, forman una vida de amor. Nos mantienen en un ambiente de oración sin apartarnos de la tarea presente, sino ayudándonos a santificar cada cosa.

En estado de oración

Pero ¿qué puede ayudar en la vida cotidiana, en la rutina normal de trabajo y de relaciones, a mantenerse en un estado de oración, de unión con Dios?

Me ha impresionado, leyendo a los Padres del desierto -para los cuales la soledad es una *conditio sine qua non* de una oración continua-, un episodio poco conocido pero muy significativo.

Se dice que un día el gran Antonio tuvo una revelación sorprendente: «En la ciudad hay uno que se te parece; es médico de profesión, da lo que le sobra a los necesitados y todo el día canta el *trisaghio* con los ángeles»². ¿Cómo podía este médico desconocido de Tebas practicar una forma tan alta de oración? Quizá la clave nos la da Agustín cuando afirma: «Tu *desiderium* es tu *oratio*; si el deseo es continuo, la oración también lo es»³.

Para Agustín, su *desiderium* se identifica con la *caritas*, y la *caritas* conduce a hacer el bien, de modo que otra forma de hacer continua la oración consiste en hacer el bien, en el *bene agere*.

«¿Quién podrá repetir con la lengua todo el día las alabanzas de Dios? [...] ¿Quién puede perseverar en alabar a Dios todo el día? Te sugiero un medio con el que alabar a Dios todo el día, si quieres. Todo lo que haces, hazlo bien, y has dado gloria a Dios»⁴.

Ser oración

La última etapa de la oración continua, según los autores espirituales, es cuando no sólo se ora siempre, sino que se es oración. Isaac de Nínive describe con estas palabras a quien vive así:

² *Vita e detti dei Padri del deserto*, Roma 1999², p. 88.

³ *Enarrationes in Psalmos* 37, 14: PL 36, 404.

⁴ *Ibid.*, 34, II, 16: PL 36, 341.

«Tanto si come, bebe o duerme o hace cualquier otra cosa, incluso en el sueño más profundo, el perfume de la oración se eleva sin esfuerzo en su corazón. [...] Los movimientos del corazón y del intelecto purificado son las voces llenas de dulzura con las cuales tales hombres no cesan de cantar en secreto al Dios escondido»⁵.

Un moderno experto en espiritualidad ha condensado en pocas palabras toda la tradición y el sentir actual sobre la oración diciendo:

«El verdadero camino de la oración es la vida [...]. Una oración continua es una vida completamente dedicada al servicio de Dios. Esta es la única manera de orar siempre. La oración es continua cuando es continuo el amor. El amor es continuo cuando es único y total»^{6 7}.

Si nuestra vida se convierte en «un único acto de amor desplegado en el tiempo», si refleja momento por momento la vida del Señor Jesús, entonces se puede comprender esta afirmación sencilla y concisa de Chiara Lubich: «¿Qué hacer para orar siempre? Ser Jesús. Jesús ora siempre».

Esta breve fórmula encierra toda la esencia de la oración, en la cual es Jesús mismo quien -como dice san Agustín- *orat pro nobis ut sacerdos noster; orat in nobis ut caput nostrum; oratur a nobis ut Deus noster* - «ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; esorado por nosotros como Dios nuestro»¹.

⁵ Isacco di Ninive, *Discorsi ascetici*, 85, cit. por O. Clément, *Alie fonti con i Padri*, Roma 1987, p. 205.

⁶E. ANCILLI, «Il mistero della preghiera cristiana», en *La preghiera. Bibbia. Teología. Esperienze storiche*, preparado por E. ANCILLI, I, Roma 1988, p. 34,
⁷*Enarrationes in Psalmos* 85, 1: PL 37, 1081.

En la imposibilidad de rezar

Ha habido largos períodos de mi vida en los que he sufrido por no lograr rezar. He experimentado el abismo de mi debilidad física y mental. Más de una vez he gritado como Jesús en la cruz: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Pero Dios no me ha abandonado.

En la cárcel, entre los policías, algunos aprendieron latín para poder leer los documentos eclesiásticos. Un día uno de ellos me preguntó:

-¿Puede enseñarme un canto latino?

- Sí, pero hay muchos, a cual más hermoso.

- Usted cante, yo escucho y elegiré.

Canté el *Ave maris stella*, *Salve Mater*, *Ve ni Creator...* Y él eligió el *Veni Creator*.

Nunca habría imaginado que un policía ateo se aprendería de memoria todo este himno, y menos aún que se pusiera a cantarlo todas las mañanas hacia las siete, cuando bajaba la escalera de madera para hacer gimnasia y bañarse en el jardín. Ejecutaba el canto a trozos y lo acompañaba con varios movimientos: *Veni Creator Spiritus, mentes tuorum visita...* Y terminaba en su habitación, ya vestido, con las últimas palabras: *in saeculorum saecula. Amen.*

Al principio estaba yo muy sorprendido de esto, pero poco a poco me di cuenta de que era el Espíritu Santo quien se servía de un policía comunista para ayudar a un obispo preso a rezar cuando estaba tan débil y deprimido que no podía hacerlo. Sólo un policía podía cantar en voz alta el *Veni Creator*. Yo no podía hacerlo porque eso habría significado dar a entender a otras personas que en aquella celda había un sacerdote

Cuando me resulta imposible orar suelo recurrir a la Virgen diciendo: «Madre, tú ves que estoy en el límite extremo y no logro recitar ninguna oración. Entonces diré solamente *Ave María* con todo mi afecto. Poniéndolo todo en tus manos, repetiré: *Ave María*. Te ruego que distribuyas esta oración a todos los necesitados de la Iglesia, de mi diócesis...».

Para ponerme en estado de oración, me ayuda tratar de ser un *Ave María* viviente.

Otra manera que me ha ayudado a orar es el *Padrenuestro*.

Cuando, estando débil y sin fuerzas, no podía ni rezar, pensaba en la Oración del Señor con una fórmula abreviada, muy concisa:

Para el Padre: *tu nombre, tu reino, tu voluntad*.

Para la humanidad: *nuestro pan, nuestras ofensas, nuestra tentación*.

No se puede imaginar la fuerza que infunden en el alma las oraciones de la liturgia.

Cuando estando en prisión me sentía deprimido, cantaba el himno de vísperas de los mártires (*Sanctorum mentis*) y cada vez recibía como una inyección potente de Espíritu Santo que me devolvía la fuerza:

*Ceduntur gladiis more bidentium
non murmur resonant non querimonia,
sed corde impávido mens bene conscia
conservant patientiam*⁸.

⁸ *Liber usualis*, p. 1158: «Son abatidos por la espada como si fueran ovejas / no lanzan ninguna protesta ni queja, / con corazón intrépido su espíritu, plenamente consciente, / conserva la paciencia».

El Testamento de Jesús

Una última manera de orar como obispo en prisión era sumergirme en el *Testamento de Jesús*: en sus últimas palabras, en sus últimas acciones.

«¿Qué nos dejó Jesús antes de irse al Cielo?», me preguntaba.

Y la respuesta era: «El nos ha dejado su palabra; su cuerpo; su madre; su Iglesia; su sacerdocio; su paz».

En su infinito amor (*in finem dilexit* - «amó hasta el extremo»), él nos lo había dejado todo.

Y una ola de felicidad me invadía.

«¿Qué es lo que Jesús nos ha prometido?», me preguntaba entonces. Y recordaba lo que él promete a los suyos antes de subir al Padre: que estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. *Mt* 28, 20); que nos enviará el Espíritu Santo (cf. *Jn* 14, 16.26); que el Padre nos ama (cf. *Jn* 16, 27); que podemos obtenerlo todo si rezamos en su nombre (cf. *Jn* 14, 13); que él estará en medio de nosotros allí donde dos o tres están reunidos en su nombre (cf. *Mt* 18, 20).

«¿Qué le pide Jesús a su Iglesia?», me preguntaba también.

Y constataba: Jesús quiere dejar una Iglesia pobre: él, que no tiene casa donde celebrar la última cena y que ofrece el supremo sacrificio en la cruz despojado de sus vestiduras.

Jesús quiere dejar una Iglesia de servicio: él, que lava los pies a sus discípulos.

Jesús quiere dejar una Iglesia mariana, cuando desde la cruz confía María a Juan y derrama sobre ellos el Espíritu.

Jesús quiere dejar una Iglesia misionera, cuando envía a los apóstoles como sus testigos hasta los confines de la tierra.

Jesús quiere dejar una Iglesia que afronta valientemente los retos del mundo, cuando ora: «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno» (Jn 17, 15).

Por último, me preguntaba: «¿Cuál es el mandamiento más grande que nos deja?». Y la respuesta era: *El amor hasta la unidad.*

El Testamento de Jesús es el tesoro inagotable que ha alimentado mi vida espiritual para conservar la esperanza en las pruebas de la desesperación, de la soledad, de la enfermedad, en el mar, en la montaña, en la cautividad.

Velad y orad

Permitidme, hermanos, que concluya esta meditación con una oración:

Mediante la oración vivo en Ti, Señor.

Mi alma está en Ti, como el niño en el seno de su madre,
unido el aliento al suyo,
un corazón que late al ritmo del otro...

Señor Jesús, eres mi modelo.

El Evangelio te muestra en oración
una noche entera en el monte.

Orabas antes de hacer un milagro,
antes de elegir a los apóstoles,
durante la Cena...

Orabas mientras de tu frente
caía sudor de sangre
en el huerto de Getsemaní,
mientras agonizabas en la cruz.

Orabas con la Palabra de Dios...
Tu existencia era una oración continua.

Pendiente del Padre, con un corazón amoroso,
entregado al servicio de su gloria:

«Santificado sea tu nombre,
venga tu reino».

Esperabas con ardor
que llegara tu hora
para realizar el sacrificio del amor.

Tú dijiste:

«Yo y el Padre somos una sola cosa».

«Orad sin cansaros».

«Hago siempre lo que le agrada a mi Padre».

Así me haces comprender
que la oración incesante
es comunión con el Padre
y, en la práctica,
orar consiste siempre
en hacer la voluntad del Padre
bajo la acción del Espíritu Santo.

EL PUEBLO DE LA ESPERANZA

14

CONCORPÓREOS Y CONSANGUÍNEOS CON CRISTO

CARO MEA PRO MUNDI VITA

El Dos mil -leemos en la *Tertio millennio adveniente*- «será un año intensamente eucarístico; en el sacramento de la Eucaristía, el Salvador, que se encarnó en el seno de María hace veinte siglos, sigue ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina»¹. Y nosotros nos preparamos para hacer de Roma la *statio Orbis* con la celebración del Congreso Eucarístico Internacional.

El alimento de los testigos

Cuando en 1975 me metieron en la cárcel, se abrió camino dentro de mí una pregunta angustiada: «¿Podré seguir celebrando la Eucaristía?». Fue la misma pregunta que más tarde me hicieron los fieles. En cuento me vieron, me preguntaron: «¿Ha podido celebrar la santa misa?».

En el momento en que vino a faltar todo, la Eucaristía estuvo en la cumbre de nuestros pensamientos: el pan de

¹ *Tertio millennio adveniente*, n. 55

vida. «Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo» (Jn 6,51).

¡Cuántas veces me acordé de la frase de los mártires de Abitene (s. IV), que decían: *Sine Dominico non possumus!* - «¡No podemos vivir sin la celebración de la Eucaristía!»².

En todo tiempo, y especialmente en época de persecución, la Eucaristía ha sido el secreto de la vida de los cristianos: la comida de los testigos, el pan de la esperanza.

Eusebio de Cesárea recuerda que los cristianos no dejaban de celebrar la Eucaristía ni siquiera en medio de las persecuciones: «Cada lugar donde se sufría era para nosotros un sitio para celebrar..., ya fuese un campo, un desierto, un barco, una posada, una prisión...»³. El Martirologio del siglo XX está lleno de narraciones conmovedoras de celebraciones clandestinas de la Eucaristía en campos de concentración. ¡Porque sin la Eucaristía no podemos vivir la vida de Dios!

«En memoria mía»

En la última cena, Jesús vive el momento culminante de su experiencia terrena: la máxima entrega en el amor al Padre y a nosotros expresada en su sacrificio, que anticipa en el cuerpo entregado y en la sangre derramada.

² Cf. JUAN PABLO II, *Dies Domini*, n. 46.

³ Eusebio de Cesárea, *Historia ecclesiastica* VII, 22, 4: PG 20, 687-688.

Él nos deja el memorial de este momento culminante, no de otro, aunque sea espléndido y estelar, como la transfiguración o uno de sus milagros. Es decir, deja en la Iglesia el memorial-presencia de ese momento supremo del amor y del dolor en la cruz, que el Padre hace perenne y glorioso con la resurrección. Para vivir de El, para vivir y morir como El.

Jesús quiere que la Iglesia haga memoria de Él y viva sus sentimientos y sus consecuencias a través de su presencia viva. «Haced esto en memoria mía» (cf. *1 Co* 11, 25).

Vuelvo a mi experiencia. Cuando me arrestaron, tuve que marcharme enseguida, con las manos vacías. Al día siguiente me permitieron escribir a los míos para pedir lo más necesario: ropa, pasta de dientes... Les puse: «Por favor, enviadme un poco de vino como medicina contra el dolor de estómago». Los fieles comprendieron enseguida.

Me enviaron una botellita de vino de misa, con la etiqueta: «medicina contra el dolor de estómago», y hostias escondidas en una antorcha contra la humedad.

La policía me preguntó:

-¿Le duele el estómago?

-Sí.

-Aquí tiene una medicina para usted.

Nunca podré expresar mi gran alegría: diariamente, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, celebré la misa. ¡Éste era mi altar y ésta era mi catedral! Era la verdadera medicina del alma y del cuerpo: «Medicina de inmortalidad, remedio para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo», como dice Ignacio de Antioquía⁴.

⁴ *A los efesios* XX, 2, en *Padres apostólicos*, cit. p. 247.

A cada paso tenía ocasión de extender los brazos y clavarme en la cruz con Jesús, de beber con él el cáliz más amargo. Cada día, al recitar las palabras de la consagración, confirmaba con todo el corazón y con toda el alma un nuevo pacto, un pacto eterno entre Jesús y yo, mediante su sangre mezclada con la mía. ¡Han sido las misas más hermosas de mi vida!

Quien come de mí vivirá por mí

Así me alimenté durante años con el pan de la vida y el cáliz de la salvación.

Sabemos que el aspecto sacramental de la comida que alimenta y de la bebida que fortalece sugiere la vida que Cristo nos da y la transformación que él realiza: «El efecto propio de la Eucaristía es la transformación del hombre en Cristo»⁵, afirman los Padres. Dice León Magno: «La participación en el cuerpo y la sangre de Cristo no hace otra cosa que transformarnos en lo que tomamos»⁶. Agustín da voz a Jesús con esta frase: «Tú no me cambiarás en ti, como la comida de tu carne, sino que serás transformado en mí»⁷. Mediante la Eucaristía nos hacemos -como dice Cirilo de Jerusalén- «concorpóreos y consanguíneos con Cristo»⁸. Jesús vive en nosotros y nosotros en El, en una especie de «simbiosis» y

⁵ Cf. STO. TOMÁS, *In IV Sent.* d. 12, q. 2, a. 1: *Opera Omnia* X, París 1839, p. 307.

⁶ Cf. *Serm.* 63, 7: PL 54, 357, citado por LG 26.

⁷ *Conf.* VII, 10, 16: PL 32, 742.

⁸ *Cat. Myst.* 4, 3: PG 33,1100.

de mutua inmanencia: Él vive en mí, permanece en mí, actúa a través de mí.

La Eucaristía en el campo de reeducación

Así, en la prisión, sentía latir en mi corazón el corazón de Cristo. Sentía que mi vida era su vida, y la suya era la mía.

La Eucaristía se convirtió para mí y para los demás cristianos en una presencia escondida y alentadora en medio de todas las dificultades. Jesús en la Eucaristía fue adorado clandestinamente por los cristianos que vivían conmigo, como tantas veces ha sucedido en los campos de concentración del siglo XX.

En el campo de reeducación estábamos divididos en grupos de 50 personas; dormíamos en un lecho común; cada uno tenía derecho a 50 cm. Nos arreglamos para que hubiera cinco católicos conmigo. A las 21.30 había que apagar la luz y todos tenían que irse a dormir. En aquel momento me encogía en la cama para celebrar la misa, de memoria, y repartía la comunión pasando la mano por debajo de la mosquitera. Incluso fabricamos bolsitas con el papel de los paquetes de cigarrillos para conservar el Santísimo Sacramento y llevarlo a los demás. Jesús Eucaristía estaba siempre conmigo en el bolsillo de la camisa.

Una vez por semana había una sesión de adoctrinamiento en la que tenía que participar todo el campo. En el momento de la pausa, mis compañeros católicos y yo aprovechábamos para pasar un saquito a cada uno de los otros cuatro grupos de prisioneros: todos sabían que Jesús estaba en medio de ellos. Por la noche, los prisioneros se al-

ternaban en turnos de adoración. Jesús eucarístico ayudaba de un modo inimaginable con su presencia silenciosa: muchos cristianos volvían al fervor de la fe. Su testimonio de servicio y de amor producía un impacto cada vez mayor en los demás prisioneros. Budistas y otros no cristianos alcanzaban la fe. La fuerza del amor de Jesús era irresistible.

Así la oscuridad de la cárcel se hizo luz pascual, y la semilla germinó bajo tierra, durante la tempestad. La prisión se transformó en escuela de catecismo. Los católicos bautizaron a sus compañeros; eran sus padrinos.

En conjunto fueron apresados cerca de 300 sacerdotes. Su presencia en varios campos fue providencial, no sólo para los católicos, sino que fue la ocasión para un prolongado diálogo interreligioso que creó comprensión y amistad con todos.

Así Jesús se convirtió -como decía santa Teresa de Jesús- en el verdadero «compañero nuestro en el Santísimo Sacramento»⁹.

Un solo pan, un solo cuerpo

Y Jesús nos ha hecho ser Iglesia.

«Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan» (1 Co 10, 17). He ahí la Eucaristía que hace a la Iglesia: el cuerpo eucarístico que nos hace Cuerpo de Cristo. O con la imagen joánica: todos nosotros somos una misma vid, con la savia vital del Espíritu que circula en cada uno y en todos (cf. Jn 15).

⁹ Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*, c. 22, n. 6.

Sí, la Eucaristía nos hace uno en Cristo. Cirilo de Alejandría recuerda: «Para fundirnos en unidad con Dios y entre nosotros, y para amalgamarnos unos con otros, el Hijo unigénito... inventó un medio maravilloso: por medio de un solo cuerpo, su propio cuerpo, él santifica a los fieles en la mística comunión, haciéndolos concorpóreos con él y entre ellos»¹⁰.

Somos una sola cosa: ese «uno» que se realiza en la participación en la Eucaristía». El Resucitado nos hace «uno» con El y con el Padre en el Espíritu. En la unidad realizada por la Eucaristía y vivida en el amor recíproco, Cristo puede tomar en sus manos el destino de los hombres y llevarlos a su verdadera finalidad: un solo Padre y todos hermanos.

Padre nuestro, pan nuestro

Si tomamos conciencia de lo que realiza la Eucaristía, ésta nos hace enlazar inmediatamente las dos palabras de la oración dominical: «Padre nuestro» y «pan nuestro». Da testimonio de ello la Iglesia de los orígenes: «Se mantenían constantes... en la fracción del pan», narran los Hechos de los Apóstoles (2, 42). E indican su reflejo inmediato: «La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común» (*Hch* 4, 32).

Si Eucaristía y comunión son dos caras inseparables de la misma realidad, esta comunión no puede ser únicamente espiritual. Estamos llamados a dar al mundo el es-

¹⁰ *In Ioan. Ev.*, 11, 11: PG 74, 560.

pectáculo de comunidades donde se tenga en común no sólo la fe, sino que se compartan verdaderamente gozos y penas, bienes y necesidades espirituales y materiales.

El ministerio que desarrollo dentro de la Curia Romana al servicio de la justicia y de la paz me hace especialmente sensible a esta instancia. Urge testimoniar que el cuerpo de Cristo es verdaderamente «carne para la vida del mundo».

Todos sabemos cómo, en los dos siglos que acaban de pasar, muchas personas que sentían la exigencia de una verdadera justicia social, al no hallar en el ámbito cristiano un testimonio claro y fuerte, han recurrido a falsas esperanzas. Y todos nosotros hemos asistido a verdaderas tragedias, bien sólo escuchando hablar de ellas, bien pagando personalmente.

En nuestros días el problema social no ha disminuido en absoluto. Desgraciadamente, gran parte de la población mundial sigue viviendo en la miseria más inhumana. Se está caminando hacia la globalización en todos los campos, pero esto puede agravar más que resolver los problemas. Falta un auténtico principio unificador, que una, valorando y no masificando a las personas. Falta el principio de la comunión y de la fraternidad universal: Cristo, pan eucarístico que nos hace uno en él y nos enseña a vivir según un estilo eucarístico de comunión.

Los cristianos estamos llamados a dar esta aportación esencial. Lo entendieron muy bien los cristianos de los primeros siglos. Leemos en la *Didaché*: «Pues si sois copartícipes en la inmortalidad, ¿cuánto más en los bienes corruptibles?»¹¹. Juan Crisóstomo exhorta a estar atentos

¹¹ *Didaché* 4, 8, en *Padres apostólicos*, cit., p. 44.

a la presencia de Cristo en el hermano cuando celebramos la Eucaristía: «Aquel que dijo: “Esto es mi cuerpo”... y que os ha garantizado con su palabra la verdad de las cosas, ha dicho también: lo que os hayáis negado a hacerle al más pequeño, me lo habéis negado a mí»¹². Consciente de ello, Agustín había construido en Hipona una *domus caritatis* cerca de su catedral. Y san Basilio había creado una ciudadela de la caridad en Cesárea. Afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*-. «La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres: Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos (cf. Mt 25, 40)»¹³.

Pero la función social de la Eucaristía va más allá. Es necesario que la Iglesia que celebra la Eucaristía sea también capaz de cambiar las estructuras injustas de este mundo en formas nuevas de socialidad, en sistemas económicos donde prevalezca el sentido de la comunión y no del provecho.

Pablo VI acuñó este estupendo programa: «Hacer de la misa una escuela de profundidad espiritual y una tranquila pero comprometida palestra de sociología cristiana»¹⁴.

Jesús, Pan de vida, impulsa a trabajar para que no falte el pan que muchos necesitamos todavía: el pan de la justicia y de la paz, allá donde la guerra amenaza y no se respetan los derechos del hombre, de la familia, de los pueblos; el pan de la verdadera libertad, allí donde no ri-

¹² *In Math. Hom.* 50, 3, 4: PG 57, 507-510.

¹³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1397.

¹⁴ *Insegnamenti di Paolo VI*, VII (1969), Ciudad del Vaticano 1970, p. 1130.

ge una justa libertad religiosa para profesar abiertamente la propia fe; el pan de la fraternidad, donde no se reconoce y realiza el sentido de la comunión universal en la paz y en la concordia; el pan de la unidad entre los cristianos, aún divididos, en camino para compartir el mismo pan y el mismo cáliz.

Una gran hostia

Concluyo formulando un sueño.

Sueño con la Santa Sede, con todos sus organismos, como una gran hostia, un único pan ofrecido en sacrificio espiritual, dentro de la Iglesia como gran Cenáculo, con María, la Madre del Cuerpo de Cristo, y con Pedro, que ejerce su ministerio de unidad al servicio de todos. Y todos nosotros, junto con ellos, como granos de trigo que se dejan moler por las exigencias de la comunión, para formar un solo cuerpo, plenamente solidarios y plenamente entregados, como pan de vida para el mundo, como signo de esperanza para la humanidad.

Un solo pan, un solo cuerpo. O *res mirabilis!* ...*Nec laudare sufficis!* - ¡Oh cosa admirable! ¡No basta con alabarla!

CON VOSOTROS TODOS LOS DÍAS
IESUS VIVENS IN ECCLESIA SUA

Dilexit Ecclesiam, «amó a la Iglesia». Así está escrito, con letras grandes, en la tumba del fundador de uno de los Movimientos eclesiales de nuestro tiempo¹. Incluso en momentos difíciles, incluso cuando fue probado por los responsables, este hombre supo ver en la Iglesia a la Esposa y el Cuerpo de Cristo. Y por eso la amó.

Sabemos que muchos de nuestros contemporáneos dicen: «Cristo, sí; la Iglesia, no». No ven el vínculo entre Jesús y la Iglesia. No se dan cuenta de su presencia en ella. Y sin embargo, ¿qué es, qué querría ser la Iglesia, sino aquella que manifiesta el rostro del Señor en medio del mundo?

Viene a la mente el Cura de Ars, pastor humilde y sencillísimo. Llamado a dar su testimonio sobre él, un campesino dijo: «He visto a Dios en un hombre».

Viene al pensamiento la Madre Teresa de Calcuta y la muchedumbre que en el día de su funeral seguía sus restos mortales. Cristianos, hindúes y musulmanes, todos advirtieron en ella la fascinación de Jesús.

¹ El padre Joseph Kentenich (t 1968), fundador de la Obra de Schönstatt.

¡Son preciosísimos estos grandes testigos de la presencia de Cristo! Y hemos de dar gracias al Señor. Pero en nuestro tiempo, tan complejo y tan necesitado de salvación, urge que en toda la Iglesia se vea a Cristo, que toda ella irradie su presencia.

Juan Pablo II, con los recientes Sínodos continentales, ha querido subrayar esta urgencia. Como un *leitmotiv*, en todas estas Asambleas sinodales se repetía una misma idea: Cristo vivo, *lesus vivens in Ecclesia sua*.

¿Cómo está presente Jesús en la Iglesia?

Bebiendo en la tradición secular de la Iglesia, el Concilio Vaticano II ha puesto de relieve varias formas de presencia la de Cristo:

- Jesús está presente en la Iglesia de modo especial en las acciones litúrgicas, en la persona del ministro y sobre todo bajo las especies eucarísticas.

- Jesús está presente con su virtud en los sacramentos.

- Jesús está presente en su Palabra².

- Jesús está presente cuando la Iglesia ejerce las obras de misericordia; está presente en los pobres, en los enfermos, en los prisioneros (cf. *Mt 25*, 31-46).

- Jesús está presente «en la vida de aquellos que, aunque participan de nuestra naturaleza humana, son transformados más perfectamente en la imagen de Cristo (cf. *2 Co 3*, 18). En ellos es El mismo quien nos habla y nos muestra la señal de su reino»³.

² *Sacrosantum Concilium*, n. 7; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1373.

⁵ *Lumen gentium*, n. 50.

- Jesús está presente en una comunidad cristiana que vive en el amor (cf. *Hch* 2, 42-48; 4, 32-35).

Jesús está presente. Y sin embargo a menudo parece como si no lo estuviese. Para muchos contemporáneos nuestros y también para no pocos cristianos, sucede lo que vivieron los dos discípulos de Emaús: «Caminó a su lado, pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerlo» (*Lc* 24, 15-16). «Caminaba por el camino como un compañero de viaje -escribe san Agustín-, o mejor, era El quien los guiaba. Por tanto, lo veían, pero no eran capaces de reconocerlo. Sus ojos -así lo hemos entendido- estaban impedidos para reconocerlo. Estaban impedidos no para verlo, sino para reconocerlo»⁴.

«Estoy yo en medio de ellos»

San Mateo refiere esta promesa de Jesús: «Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (*Mt* 18, 20).

Aquí no hemos de pensar sólo en la asamblea litúrgica, sino en toda situación en la que dos o más cristianos están unidos en el Espíritu, en la caridad de Jesús. Y tampoco hemos de pensar sólo en la simple omnipresencia del Cristo resucitado en todo el cosmos.

Escribe un exegeta de nuestros días: «Mateo piensa en una presencia “personalizada”. Jesús está presente como crucificado resucitado, es decir, en la apertura de donación total vivida en la cruz, donde él, con toda su humanidad, se abre a la acción divinizante del Padre y se entre-

⁴ San Agustín, *Discurso* 235, 2: PL 38, 1118.

ga totalmente a nosotros comunicándonos su espíritu, el Espíritu Santo. La presencia del Resucitado no es, pues, una presencia estática, un estar-aquí y nada más, sino una presencia relacional, una presencia que reúne y unifica y que, en consecuencia, espera nuestra respuesta, la fe. Brevemente, la proximidad de Cristo reúne a “los hijos de Dios dispersos” para hacer de ellos la Iglesia»⁵.

Desde la Alianza sellada en el Sinaí con Israel, Yahvé se revela como Aquel que interviene eficazmente en la historia. El liberó a los hebreos de la esclavitud de Egipto, hizo de ellos su pueblo. «Yo estoy en medio de vosotros» es la palabra que identifica ya la primera Alianza: una presencia que protege, guía, consuela y castiga...

Con la llegada del Nuevo Testamento, esta presencia adquiere una densidad especial y nueva. En la resurrección de Jesús, la promesa de la presencia definitiva de Dios, o sea, la promesa de la Alianza definitiva, halla su cumplimiento.

En la comunidad cristiana, el Enmanuel, el Dios-con-nosotros, es «el salvador de su Cuerpo», la Iglesia (cf. *Ef* 5, 23). Presente en medio de los suyos, él convoca y reúne no sólo a Israel, sino a toda la humanidad (cf. *Mt* 28, 19- 20). Vivir con Jesús «en medio», según la promesa de *Mt* 18,20, significa actualizar desde ahora el designio de Dios sobre toda la historia de la humanidad.

Una respuesta: en la fraternidad vivida

Pero ¿cómo hacer visible la presencia permanente del Resucitado?

⁵ Gérard Rossé, «“Gesü in mezzo” in prospettiva ecclesiale», en *Gen's* 30 (2000), pp. 3-4.

Cuando, tras la caída del muro de Berlín, se reunió la Primera Asamblea especial del Sínodo de Obispos para Europa y se preguntó sobre la nueva evangelización del continente, un religioso húngaro subrayó que la única Biblia que leen los llamados «alejados» es la vida de los cristianos. Y podríamos añadir: somos nosotros, es nuestra vida, la única Eucaristía de la que se alimenta el mundo no cristiano.

Por la gracia del bautismo, y especialmente por la Eucaristía, estamos injertados en Cristo, pero es en la fraternidad vivida donde la presencia de Jesús en la Iglesia se manifiesta y resulta operante en la existencia cotidiana.

En el silencio, dos o tres creyentes pueden testimoniar en el amor recíproco lo que constituye su identidad profunda: ser Iglesia en la atención a los débiles, en la corrección fraterna, en la oración en unidad, en el perdón sin límites. San Pablo dice: «Vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma» (E/5, 2).

Encontramos esta orientación en el llamado «mandamiento misionero del cuarto Evangelio»: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13, 35). Donde hay amor recíproco, allí *se ve* a Cristo. Y la medida del amor recíproco es: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos (Jn 15, 13). Con razón el *Instrumentum laboris* de la reciente Segunda Asamblea Especial del Sínodo de Obispos para Europa afirma: «Si la Eucaristía es la presencia más grande del Señor resucitado, el amor recíproco vivido con radicalidad evangélica es la presencia más transparente, la que más interpela e induce a creer» (n. 45). *Ubi caritas est vera, Deus ibi est*, dice el antiguo himno.

Células vivas por todas partes

En mi país, antes de la *perestroika* (*Doi moi*), en cada una de las dos diócesis de Langson y Bac Ninh, en Vietnam del Norte, quedaron sólo dos sacerdotes que no podían salir libremente de su residencia. Cuenta el cardenal José Trinh Nhu Khue: «Grupitos de dos o más vivían el Evangelio en la vida diaria y se ayudaban de todas las maneras; y en el don recíproco experimentaban la presencia de Aquel que dijo: “¡Ánimo!: yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33)».

La Iglesia en mi país ha sobrevivido, sobre todo, gracias a estos pequeños grupos que experimentaban y testimoniaban en la vida diaria la presencia de Cristo. *Por todas partes*, de hecho, se podía palpar esta presencia de Cristo. Entre dos cristianos que se encontraban en el mercado o entre dos hombres que trabajaban codo a codo en el campo de reeducación. No hacía falta hablarse. No hacía falta un contexto especial. Bastaba unirse «en su nombre», es decir, en su amor. Y se experimentaba la presencia del Resucitado, que iluminaba y confortaba.

En la presencia de Cristo en medio de nosotros encontrábamos la esperanza: esa esperanza que «no defrauda» (cf. *Rm* 5, 5). Y gracias a ella irradiábamos el Evangelio a nuestro alrededor. Justamente cuando todo decaía, Jesús volvió a caminar por las calles de nuestro país. Salió de los sagrarios y se hizo presente en los colegios y en las fábricas, en las oficinas y en las prisiones.

Lo que nos distingue

Iesus vivens in Ecclesia sua. Y surge una pregunta: ¿no es ésta una gran luz, especialmente para nosotros, que vi-

vimos y trabajamos en la Curia Romana? ¿No se encuentra aquí lo que, más que nada, puede disponer los corazones a escucharnos y a amarnos? Sin el testimonio del amor recíproco, sin la presencia viva de Cristo entre nosotros -no sólo en nuestras iglesias y capillas, sino en nuestros despachos- nuestro trabajo sería como el de una empresa.

En el Vaticano los colaboradores somos unos 3.500. ¿Qué nos distingue de un organismo de gobierno cualquiera? ¿Las funciones religiosas? ¿El hecho de ocuparnos de las cosas de la Iglesia? ¿Y qué puede dar incidencia a nuestra acción en el mundo? ¡«En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor unos a otros»!

Ciertamente, esta presencia viva de Cristo en la reciprocidad del amor exige una gran pureza y nobleza de intenciones.

Advierte san Juan Crisóstomo: «¿Qué, pues? ¿Acaso no hay dos o tres reunidos en su nombre? Sí, pero raramente. De hecho [Jesús] no habla simplemente de reunión [material] [...]. Lo que él dice tiene este significado: si alguien me tiene como causa principal de su amor al prójimo, yo estaré con él [...]. En cambio, hoy vemos que la mayor parte de los hombres tienen otras motivaciones para su amistad: uno ama porque es amado; otro, porque ha sido honrado; otro, porque alguien le ha sido útil [...]. Pero es difícil encontrar a alguien que ame por Cristo, como se debe amar al prójimo[...]. Quien ama así [...], aunque sea odiado, insultado, amenazado de muerte, sigue amando [...]. Ya que así ha amado Cristo a sus enemigos [...] con el amor más grande»⁶.

⁶ *In Mt. Hom.* 61, 2-3: PG 58, 587.

Y es también Juan Crisóstomo quien nos pone delante el ejemplo de Pedro y Juan según la narración de Hechos 3,1: «Trata de aprender qué grande era su caridad, su concordia y su acuerdo: cómo se lo comunicaban todo y todo lo hacían unidos por el vínculo de la amistad según Dios, y cómo aparecían juntos para comer, en la oración, caminando y en todas las demás acciones». «Pedro y Juan -concluye- eran tales (estaban unidos) y *lesum in medio habebant*. ¿Comprendes lo importante que es estar unidos?»⁸.

Lo que más vale

La vocación cristiana es vivir la unidad.

La comunidad cristiana unida en el amor recíproco es el lugar actual donde Jesús se hace visible.

La novedad cristiana se manifiesta donde dos o tres unidos gozan de la presencia de Cristo resucitado.

Queridísimos hermanos: ¡pidamos la gracia de que este Jubileo nos revista de un amor nuevo, de renovada concordia y amistad y de una gran longanimidad, de modo que resplandezca en medio de nosotros la presencia de Cristo!

«Si estamos unidos, Jesús está entre nosotros. Y esto vale. Vale más que cualquier otro tesoro que pueda poseer nuestro corazón: más que la madre, el padre, los hermanos, los hijos. Vale más que la casa, el trabajo, la propiedad; más que las obras de arte de una gran ciudad como Roma. Jesús en medio vale más que los magníficos monumentos, que los suntuosos mausoleos, que todo el esplendor del Vaticano: más que nuestra alma».

Hace muchos años, el Santo Padre Pablo VI, en un coloquio con Chiara Lubich, vio precisamente en esto la verdadera riqueza de la Iglesia⁹

⁸ *In Act. Apost.* 2, 4: PG 51, 83.

⁹ ⁸ Cf. C. Lubich, *Escritos espirituales/3*, Ciudad Nueva, Madrid 1998, p. 177.

TU ESPERANZA ES LA IGLESIA
IMAGO TRINITATIS

Tal vez en ningún lugar como aquí, en Roma, podamos tener conciencia de la catolicidad de la Iglesia, de su misterio de comunión.

En este momento veo dilatarse los espacios de esta capilla y siento palpitar la Iglesia en los puntos más diversos de la tierra. La siento vivir en torno a los sagrarios de aldeas perdidas de la Amazonia y del África ecuatorial, donde, alrededor de Jesús Eucaristía, vive su Cuerpo místico. La siento palpitar en el corazón de las grandes metrópolis de Estados Unidos y de Europa: bastan pocos fieles unidos en la fe y en el amor mutuo para hacer presente y viva la Iglesia.

Siento un amor apasionado cada vez que contemplo la Iglesia. Quiero compartir con vosotros este amor.

¿No estamos aquí en el corazón de la Iglesia, donde Pedro ha puesto su sede, justamente para amarla más y para estar a su servicio?

«Somos hijos de la Iglesia»

Nosotros amamos esta Iglesia, de la que nos sentimos miembros vivos. Ousiéramos repetir. desde el fondo del

corazón, como Teresa de Jesús: «Somos hijos de la Iglesia»¹.

Amamos a la Iglesia porque «nos ha injertado -Madre purísima- en su familia, abriéndonos las puertas del verdadero Paraíso a través de los sacerdotes y los sacramentos.

Ella nos ha forjado como soldados de Cristo.

Ella nos ha perdonado y borrado setenta veces siete nuestros pecados.

Ella nos ha nutrido con el Cuerpo de Jesús; ha sellado divinamente el amor de nuestro padre y de nuestra madre. Ella ha elevado a una dignidad altísima a pobres hombres como nosotros, y los ha investido del sacerdocio. Ella, finalmente, nos dará el último adiós: a Dios. Nos dará Dios.

Si nuestro corazón no le canta, es un órgano mudo.

Si nuestra mente no la ve y no la admira, es ciega y oscura. Si nuestra boca no habla de ella, es mejor que se quede sin palabra»².

La belleza de la Iglesia primitiva

En el aislamiento de mi prisión pensé a menudo en los Hechos de los Apóstoles, ese «Evangelio del Espíritu Santo» que me daba un gran impulso para estar en comunión con toda la Iglesia.

¹ Las palabras exactas son: «Soy hija de la Iglesia». Se trata de las últimas palabras pronunciadas por la santa en su lecho de muerte.

² C. LUBICH, *Escritos espirituales/I*, Ciudad Nueva, Madrid 1995, p. 217-218.

Los que habían venido a la fe -narran los Hechos- «se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones ... lo tenían todo en común» (*Hch 2, 42-47*).

A la luz de este testimonio, en la Iglesia primitiva podemos distinguir tres aspectos de la comunión eclesial:

1. la fiel adhesión a los apóstoles y a su enseñanza;
2. la participación en la *koinonía* (comunión) de las tres Personas divinas;
3. la comunión fraterna que se deriva de ella.

Dediquemos una palabra a cada una de estas tres dimensiones.

1. La Iglesia es comunión porque es adhesión a los apóstoles y a su enseñanza

Como testigos de la encarnación, muerte y resurrección de Jesús, los apóstoles son intermediarios indispensables entre Cristo y los fieles. Ciertamente, cada cual puede tener también una relación directa con Cristo, pero eso exige en todo caso el conocimiento previo de Jesús, que pasa por el testimonio de los apóstoles y de los que continúan su obra.

Sin plena adhesión a los apóstoles no es posible, pues, la comunión con Cristo, al menos no en sentido pleno y total. Por tanto, los Hechos hablan de una asiduidad en la enseñanza de los apóstoles, insistiendo mucho en el anuncio de la Palabra que, desde el origen de la Iglesia, se desarrolla según tres tipos de enseñanza y de predicación, que existen todavía hoy: el *kerygma* o la evangelización, la *catequesis* o enseñanza en sentido propio y, por último, la *homilía*, que está unida a la celebración litúrgica y más en particular a la Eucaristía.

En una palabra: sin «la obediencia de la fe», sin que el Espíritu Santo «mueva el corazón, lo dirija a Dios, abra los ojos del espíritu y conceda a todos gusto en aceptar y creer la verdad» (*DV* 5), no hay comunión eclesial en el sentido del *et imam, sanctam, catholicam et apostolicam ecclesiam* que confesamos en el *Credo*. En mi país hemos experimentado esto muchas veces. La unidad con la enseñanza de la Iglesia era nuestra salvación.

2. La Iglesia es comunión porque participa en la Vida de las tres Personas Divinas

Si los cristianos están unidos entre ellos, no es simplemente porque tienen un mismo pensamiento, el de Jesús y el de los apóstoles, y tampoco sólo porque tienen «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4, 32), sino sobre todo porque participan en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cf. *Jn* 17, 21-24), porque están unidos a Cristo (cf. *I Co* 10, 16, alusión clara a la Eucaristía), porque comparten los sufrimientos de Cristo (cf. *I P* 4, 13) y porque están unidos en el Espíritu (cf. *2 Co* 13, 13).

El Concilio Vaticano II nos ha ayudado a tomar más conciencia de la Iglesia como misterio de comunión. Como ha subrayado la *Relatio finalis* del Sínodo extraordinario de 1985, la realidad de la comunión constituye la idea central y fundamental de la eclesiología del Vaticano II. Para hablar de la Iglesia-comunión, la enseñanza conciliar va directamente a la fuente: la Iglesia es comunión y es unidad porque es -como decía san Cipriano- «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*LG* 4). La Iglesia es *Ecclesia de Trinitate*, es su *icono*: imagen y participación; y todo en ella es

reflejo de la Trinidad y halla en la comunión trinitaria su modelo.

Está aquí la clave para interpretar y vivir auténticamente todas las relaciones eclesiales. Sabemos que las tres Personas divinas viven en la más plena donación recíproca: *la una con la otra, la una para la otra, la una en la otra*. Viviendo el mandamiento nuevo de Jesús, la Iglesia vive según este modelo supremo.

Pero la naturaleza de la Iglesia-comunión nos lleva a vivir en relación «trinitaria» también en el plano social: no sólo amor mutuo entre las personas, sino entre el conjunto de los obispos, presbíteros y religiosos, entre las diversas órdenes, entre los grupos y movimientos...; hasta amar la diócesis del otro como la propia, el propio dicasterio como el del otro, el otro carisma como el propio...; hasta implicar en el amor recíproco a la humanidad entera, hasta llegar a amar la patria ajena como la propia, la cultura del otro como la propia...; hasta la realización de la oración de Jesús: «Padre ... que todos sean uno como yo y tú somos uno».

Desgraciadamente, de vez en cuando falta esta plenitud de comunión. Y eso, en cierto sentido, es peor que la persecución nazi o comunista, ya que se trata de un ataque a la Iglesia que procede, no del exterior, sino del interior. Donde falta la comunión, en el seno de la Iglesia aumentan las células cancerosas. No hay más que ver cómo, en una diócesis en la que no hay comunión entre los sacerdotes, el obispo se ve obligado a perder más tiempo en resolver estos problemas internos del que puede dedicar a hacer proyectos de evangelización y salir al paso de las dificultades que vienen del exterior.

3. La iglesia es comunión fraterna de bienes espirituales y materiales

Según el testimonio de los Hechos, la comunión de los cristianos -como he dicho ya en la meditación sobre la Eucaristía- ha de llegar hasta un cierto compartir los bienes materiales. Y eso no sólo dentro de la comunidad, sino también entre las diferentes Iglesias. Los Hechos mencionan la existencia de otras comunidades: la de Jerusalén, en Judea; las de Galilea, Samaría (9, 31), Damasco (9, 2-8.19- 25), Antioquía (11, 19-21). Desde los orígenes, la comunión entre las Iglesias asume la forma de «colecta» para ayudar a las más pobres, como la de Jerusalén (cf. *Hch* 11, 29-30; *2 Co* 8, 1 - 9, 15). Y se manifiesta también bajo la forma de hospitalidad (cf. p. e. *Hch* 10, 6 y 48). En estas expresiones concretas, san Lucas ve una voluntad de compartir inspirada en los vínculos espirituales profundos que unen a los miembros de la comunidad primitiva.

Quiero recordar aquí una experiencia que hice hace muchos años. En 1954 Mons. Hans Daneels de Colonia fue enviado por la Conferencia episcopal alemana a ayudar a los prófugos de Vietnam. En 1957 fui a visitarlo a su ciudad. Viendo todavía los efectos devastadores de la guerra, le pregunté: «¿Por qué nos ayudáis, cuando vuestro propio país está aún en fase de reconstrucción?». «Esto es una ayuda de los pobres a los más pobres», me respondió. Comprendí cuál es la verdadera comunión.

Comunión y misión

La *Ecclesia de Trinitate* es, pues, en su interior, misterio de comunión en la concreción del espacio-tiempo. Pe-

ro justamente así se convierte en instrumento para realizar el proyecto de Dios sobre toda la creación: unificarlo todo en Cristo y en la unidad trinitaria (cf. *LG* 1). «La comunión engendra comunión y se configura esencialmente como comunión misionera», dice la *Christifideles laici*. Y explica: «La comunión y la misión van profundamente unidas, se compenetran y se implican mutuamente, hasta el punto de que la comunión representa la fuente y a la vez el fruto de la misión, la comunión es misionera y la misión es para la comunión» (n. 32).

De ahí nacen consecuencias inmediatas para la evangelización.

«Nosotros -ha dicho Juan Pablo II al clero de Roma-, hemos de estar en comunión muy profunda con Dios para llevar adelante su misión de comunión, su misión divina, trinitaria. Hemos de estar cada vez más en comunión entre nosotros, unidos entre nosotros, porque ésta es la consecuencia de nuestra semejanza -somos a imagen y semejanza de Dios-, de nuestra vocación cristiana. Esto es también un imperativo de estrategia evangélica, misionera, pastoral»³.

Al servicio de la unidad de la Iglesia

Pero mirémonos a nosotros en esta Iglesia que es, al mismo tiempo, comunión y misión.

Como hijos de la Iglesia, estamos llamados a ser también servidores de la Iglesia. Vivimos de ella y vivimos pa-

³ *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XIII, 1, Ciudad del Vaticano 1992, p. 566.

ra ella, dispuestos a dar la vida por ella, como Pablo de Tarso, Ignacio de Antioquía, Agustín de Hipona y todos los Padres de la Iglesia. Como hijos de la Iglesia, estamos llamados a convertirnos, como ellos, en padres y madres de la Iglesia. ¿De qué manera ser apóstol, mártir, confesor, doctor? Teresa del Niño Jesús dice: «En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor»⁴, porque -son palabras tuyas- Jesús «no tiene en absoluto necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor»⁵.

En esta Iglesia-comunión, un modo típico nuestro de ser el amor se expresa en el ministerio de la Curia Romana. Se trata de un servicio real, de una *diakonía*, según el modelo de Cristo mismo, el cual -dice la Constitución *Pastor Bonus*- «no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos» {*Me* 10,45). Es necesario entender y ejercer el poder en la Iglesia según las categorías del servir (n. 2), de modo que «la comunión se instaure cada vez más, tenga vigor y siga produciendo sus frutos admirables» (n. 1).

Un ámbito muy concreto en el cual podemos actuar este nuestro típico ministerio de comunión es sin duda la acogida de los obispos que hacen la visita *ad limina*. Las visitas *ad limina*, leemos en la *Pastor Bonus*, han de resultar «un momento especial de aquella comunión que decide tan profundamente de la sustancia de la Iglesia» (n. 5).

Y ¿cómo no detenernos aquí y tomar conciencia de que esta nuestra *diakonía* requiere ante todo la comunión entre nosotros? También para nosotros, en cuanto individuos y en cuanto despachos y dicasterios, el modelo es la

⁴ *Manuscrit Autobiographique* B, 3 v°.

⁵ *Ibid.*, 1 v°.

Trinidad. Como a la Iglesia entera y *a fortiori*, a nosotros se nos pide vivir el uno con el otro, el uno para el otro, el uno en el otro. Entonces los obispos, que proceden de varios continentes, encontrarán una «comunidad», un «cenáculo permanente».

«Pupilla oculi»

En su libro *Don y misterio*, Juan Pablo II cuenta cómo, siendo un joven sacerdote, le habían aconsejado venir a la Ciudad Eterna no sólo para estudiar, sino para «aprender Roma misma»⁶. En el corazón de esta Roma está la Curia Romana.

Durante estos años he recibido en mi dicasterio no sólo a diplomáticos, sino también a numerosos grupos de sacerdotes, seminaristas, laicos, adultos y jóvenes que venían de lejos y deseaban conocer el trabajo de la Curia Romana. Pero no he tenido el mismo contacto con los estudiantes eclesiásticos que tienen la suerte de poder formarse en la capital del cristianismo y que son la «pupila de los ojos» de Pedro y de los sucesores de los apóstoles. Aquéllos, a menudo no conocen la Curia sino por los periódicos. ¿Cómo podrán amarla en un futuro y colaborar con ella si no la conocen de cerca hoy?

Pensando en la formación de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos en el centro de la Iglesia universal, me parece muy importante, o mejor, esencial, que se encuentre la manera de dar a todos la oportunidad de tener, duran-

⁶ *Don y misterio. En el L aniversario de mi sacerdocio*, BAC, Madrid 1996, p. 66.

te su estancia, al menos una vez, contacto profundo con la Curia Romana. Podrán conseguir el doctorado en otras partes, pero no «la experiencia romana».

Cómo un pescadito puede traer la esperanza

Quisiera concluir esta meditación con el relato de una sencillísima experiencia, también del tiempo de mi encarcelamiento.

Es difícil imaginar con cuánta ansia nuestros fieles, en los años de dura prueba (de 1958 en adelante), desafiando el castigo o la cárcel porque se trataba de «propaganda extranjera, reaccionaria», trataban de escuchar Radio Vaticano para oír palpitar el corazón de la Iglesia universal y estar unidos con el sucesor de Pedro.

Más tarde hice yo mismo esa experiencia.

Estaba en aislamiento en Hanoi cuando, un día, una señora de la policía me trajo el pescadito que yo tenía que preparar. En cuanto vi el envoltorio me llené de alegría, que, sin embargo, me guardé bien de manifestar exteriormente. La alegría no era por el pescado, sino por la hoja que lo envolvía: dos páginas de *L'Osservatore Romano*. Cuando, en aquellos años, el periódico vaticano llegaba a la oficina de correos de Hanoi, era requisado y vendido en el mercado como papel. Aquellas dos páginas habían sido utilizadas para envolver el pescadito. Con calma, sin que me vieran, lavé bien aquellas hojas para quitarles el olor, las sequé al sol y las guardé como una reliquia.

Para mí, en régimen de aislamiento, aquellas páginas eran una señal de la comunión con Roma, con Pedro, con la Iglesia, un abrazo de Roma. No habría podido sobrevivir si no hubiera tenido la conciencia de formar parte de la Iglesia.

Hoy vivimos en un mundo que rechaza los valores de la civilización de la vida, del amor, de la verdad; nuestra esperanza es la Iglesia, *Imago Trinitatis*.

VIVIR LA COMUNIÓN
SICUT TU IN ME ET EGO IN TE

«El Señor Jesús -dijo Juan Pablo II en 1995 a un grupo numeroso de obispos, entre los cuales me encontraba yo- no ha llamado a los discípulos a un seguimiento individual, sino inseparablemente personal y comunitario. Y si esto es verdad para todos los bautizados, vale en especial para los apóstoles y sus sucesores»¹.

Estoy convencido de que este nuevo milenio requiere una vida comunitaria, marcadamente eclesial, y que esto concierne de modo especial a quienes tienen una tarea de responsabilidad en la Iglesia.

En los albores del monaquismo

Quiero invitaros a volver por un momento al primer milenio.

«Huye de los hombres y estarás salvado», afirmó Apa Arsenio, anacoreta en el desierto de Egipto. Y también:

¹ *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XVIII/1, Ciudad del Vaticano 1997, p. 382.

«No puedo estar al mismo tiempo con Dios y con los hombres»². Frente a un mundo frívolo y extravagante, retirarse en soledad para estar con Dios parecía en aquella época el único modo de seguir a Jesús sin reservas. Es una convicción que ha marcado durante siglos la historia de la vida cristiana. Afirma la *Imitación de Cristo*: «Los santos más grandes evitaban, cuando podían, la compañía de los hombres, y preferían servir a Dios en la soledad. Dijo un sabio: “Cada vez que fui entre los hombres, volví menos hombre” [...]. Ciertamente, a quien se aleja de amigos y conocidos, se le acerca Dios con sus ángeles»³.

Ciertamente, nada puede igualar a ciertos momentos en los que el alma, dejándolo todo tras de sí, se halla sumergida personalmente en un profundo coloquio con Dios.

Y sin embargo, bien pronto los Padres del desierto se dieron cuenta de que el Evangelio no se puede vivir en plenitud más que juntos. Escribe Basilio el Grande: «Nuestro Creador ha querido que tengamos necesidad unos de otros para que vivamos en unidad unos con otros [...]. De hecho, si vives solo, ¿a quién le puedes lavar los pies?, ¿a quién puedes cuidar?, ¿cómo puedes ponerte en el último lugar? [...] La vida comunitaria es, pues, un estadio en el que nos ejercitamos como atletas, un gimnasio que nos hace progresar, un ejercicio continuo de perfección en los mandamientos de Dios»⁴.

Nacieron de esta convicción los cenobios para vivir juntos el Evangelio y gozar permanentemente de la presencia de Cristo.

² PG 31, 931.934.

³ Lib. I, c. 20, 1-6.

⁴ *Regulaefusius tractatae*, Interrogación 7, 3,1-2: PG 31, 928-929.

Un nuevo Pentecostés

Hoy, a mi parecer, vivimos una evolución análoga y maravillosa. Sabemos que en los últimos siglos, en los que tanto se ha acentuado el valor del individuo, en la vida espiritual se ha subrayado fuertemente la dimensión individual. Ahora, desde hace unos decenios, en el pueblo de Dios vuelve a surgir vigorosamente la dimensión comunitaria. Es la Iglesia que «se despierta en las almas», como ha dicho Romano Guardini. Bajo el soplo del Espíritu, se abre ante nosotros un nuevo camino que se basa en la *koinonía*: ¡la comunión!

«Los ancianos -escribió hace años Karl Rahner- hemos sido espiritualmente individualistas, dada nuestra procedencia y nuestra formación». Y recalca que en el futuro una espiritualidad vivida *juntos* tendría una función determinante. Para confirmarlo aducía la experiencia del primer Pentecostés: «Un evento -hay que presumir- que no consistió en la reunión casual de una suma de místicos individualistas, sino en la experiencia del Espíritu hecha por la comunidad»⁵.

Es preciso volver con alegría al estilo de vida cristiana en este su más alto momento carismático: Pentecostés. Dulce pero decididamente, el Espíritu nos invita a vivir la comunión no sólo como un don, sino como respuesta y adhesión por parte nuestra; no sólo como participación espiritual en el misterio unitrino de Dios, sino en la concreción de la comunión interpersonal, de modo que se

⁵ K. RAHNER, «Elementi di spiritualità nella Chiesa del futuro», en *Problemi e prospettive di spiritualità*, preparado por T. Goffi - B. Se-CONDIN, Brescia 1983, pp. 440-441.

realice el *nuevo Pentecostés de la Iglesia* que ha sido preconizado por los últimos papas.

La unidad, un signo de los tiempos

Miremos a nuestro alrededor para captar aún más esta instancia de una vida efectiva de comunión.

El mundo tiende a la unidad. Lo subrayan muchos signos.

Los organismos internacionales nacidos después de la II Guerra Mundial como un intento de composición planetaria, la ciencia y la técnica, los intercambios culturales y comerciales, la facilidad de viajar, las manifestaciones deportivas, los medios de comunicación social hasta la explosión actual de Internet... son todos factores que acercan a los pueblos e incrementan el encuentro entre los individuos y las culturas. El mundo de hoy, en efecto, en sus estructuras políticas, económicas y sociales, aparece vinculado por una interdependencia orgánica y profunda.

Desgraciadamente, muchas veces esta tensión hacia la unidad, que hoy sale a escena vestida de globalización, está guiada únicamente por intereses gigantescos. Y mientras por un lado se tejen grandiosos diseños de conjunto, por el otro millones y millones de personas se ven excluidas.

Es como si de la humanidad y de las mismas Iglesias de hoy se elevara una petición, un grito que invoca una globalización de otro tipo, guiada no por la lógica del beneficio, sino por la ley del amor. Es ciertamente el Espíritu Santo el que ha puesto en el corazón de los hombres y mujeres de hoy este anhelo, y es El quien impulsa a la Iglesia

a hacerse comunión, de modo que sepa responder a esta ansia de la humanidad.

«Nuestro tiempo exige una nueva evangelización», dijo el Papa en el discurso a los obispos que he citado al comienzo. Y precisó sus presupuestos: «Un anuncio renovado del Evangelio no puede ser coherente y eficaz si no va acompañado por una sólida espiritualidad de comunión...»⁶.

Cómo vivir la comunión en nuestro tiempo

Pero tratemos de comprender: ¿en qué consiste la novedad de una «sólida espiritualidad de comunión»?

Pienso que está en tomar conciencia de que la comunión fraterna, cuando está fundada en el Evangelio, es lugar privilegiado del encuentro con Dios. Es éste uno de los temas fundamentales de los escritos joánicos: «A Dios nadie lo ha visto nunca -dice Juan-: Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a la perfección» (1 Jn 4, 12).

Estoy convencido de que en nuestro tiempo el Espíritu Santo ha sembrado nuevos carismas espirituales comunitarios idóneos para realizar una renovación de la vida cristiana en este sentido.

Hace ya unos años di con un texto que me impresionó mucho como expresión de esta nueva visión inspirada en la relación de la comunión trinitaria:

«Dios, que está en mí, que ha plasmado mi alma, que habita en ella como Trinidad (con los santos y con los

⁶ *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XVIII/1, Ciudad del Vaticano 1997, p. 382.

ángeles), está también en el corazón de los hermanos. No es razonable que yo lo ame sólo en mí.

Así pues, mi celda (como dirían a Dios las almas íntimas) es el nosotros; mi cielo está en mí y, *como* en mí, en el alma de mis hermanos. [...]

Sí, es necesario vivir siempre la vida interior, incluso en presencia del hermano, pero no huyendo de la criatura, sino recibéndola en el propio cielo o penetrando en el suyo»⁷.

He aquí la novedad: el hermano no es un obstáculo para la santidad, sino camino hacia ella. En lugar de rehuirlo para encontrar la intimidad con Dios, se trata de buscarlo para crear junto con él ese «espacio teologal en el cual se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado»⁸.

Dimensiones concretas

Trataremos de ilustrar mediante tres ejemplos lo que comporta esta toma de conciencia para nuestra vida.

1. Ascesis en lo cotidiano

De mi padre, que era constructor, aprendí que para construir una casa de cemento armado hay que purificar bien todos los elementos: el hierro, la arena, la grava, el cemento. La resistencia del edificio que se construye de-

⁷ J. M. POVILUS, *Jesús en medio en el pensamiento de Chiara Lubich*, Ciudad Nueva, Madrid 1989, p. 79.

⁸ Juan Pablo ii, [Exhort. Apost.] *Vita consecrata*, n. 42.

pende de este trabajo de purificación que elimina todo factor de contaminación.

Algo semejante vale para la comunión entre nosotros. Saber ir contra el propio yo y mortificarse es indispensable. Existen varias prácticas a este fin, como el ayuno y otras. Pero la más evangélica y al mismo tiempo la más a mano, posible en todo momento, es la relación con el prójimo: acoger al otro, estar siempre disponibles, saber escuchar, tener paciencia, hacerse todo a todos, anteponer los intereses del otro a los propios es una continua renuncia al propio yo y nos pone en Dios.

Escribí cuando estaba en la cárcel:
«La comunión es un combate de todo momento.
La negligencia de un solo instante puede pulverizarla;
basta una nimiedad;
un solo pensamiento sin caridad,
un juicio conservado obstinadamente,
un apego sentimental,
una orientación equivocada,
una ambición o un interés personal,
una acción realizada por uno mismo y no por el
Señor. [...]
Ayúdame, Señor, a examinar me así:
¿cuál es el centro de mi vida: tú o yo?
Si eres Tú, nos reunirás en la unidad.
Pero si veo que a mi alrededor
poco a poco todos se alejan y se dispersan,
es signo de que me he puesto a mí mismo en el centro»⁹.

⁹ *Pregchiere di speranza. Tredici anni in carcere*, Cinisello Balsamo 1997, pp. 44-45.

2. Una oración sustancial

Todos los maestros espirituales enseñan cómo orar: hay que prepararse, hay que recogerse, hay que saber ir en profundidad. Y sin embargo, a veces nuestra oración es árida. Y nuestras celebraciones corren el riesgo de ser una santa costumbre o poco más. Hay una palabra de Jesús que nos indica el camino maestro: «Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti ... vete primero a reconciliarte con tu hermano» (Mt 5, 23-24).

Todos hemos experimentado que, tras un encuentro profundo con el prójimo, después de haber restablecido quizá el pleno y cordial entendimiento con las personas con las que vivimos o trabajamos, la oración fluye espontáneamente del corazón y la celebración de la santa misa cobra una densidad especial.

Sin la comunión entre nosotros, la oración no agrada a Dios. En efecto, ¿cómo podría estar en nuestra alma El, que *es* la unidad, si nosotros estamos divididos?

3. No sólo el silencio, sino también la palabra y el compartir

Pero hay otra expresión especialmente importante de una vida espiritual vivida en comunión. En nuestra formación hemos aprendido el valor del silencio para escuchar bien la voz de Dios en nuestro corazón. Pero la palabra no es menos esencial: dar a los demás con sencillez nuestra experiencia espiritual. Sorprende a veces ver cómo en nuestros ambientes de Iglesia hablamos tan poco de nuestra experiencia personal de Dios.

Según san Ignacio de Loyola, esta falta de comunicación es un arma del diablo. Éste, «como ve al siervo del Señor tan bueno y tan humilde que, haciendo lo que el Señor manda, piensa que aún todo es inútil [...], pónole en el pensamiento que, si alguna cosa halla de lo que Dios Nuestro Señor le ha dado, así en obras, como en propósitos y deseos, que peca por otra especie de gloria vana, porque habla en su favor propio. Así procura que no hable de cosas buenas recibidas de su Señor, porque no haga ningún fruto en otros, ni en sí mismo, tanto porque acordándose de lo que ha recibido, siempre se ayuda para mayores cosas»^{10 11}.

San Lorenzo Giustiniani escribe a su vez: «Nada en el mundo da más gloria a Dios y lo revela más digno de alabanza que el humilde y fraterno intercambio de dones espirituales; porque justamente de tales dones toma fuerza la caridad, la cual no puede florecer en soledad. [...] Es [...] precepto del Señor que ejercitemos siempre esta virtud, mediante la palabra y la obra, hacia nuestros hermanos. Por lo que, si no quieren ser transgresores de su ley y juzgados almas que desprecian la salvación de los hermanos, cuantos han recibido gracias del cielo, con toda dedicación vean la forma de dar a los demás los dones divinos que se les comunicaron, especialmente los dones que pueden ayudarlos en el camino de la perfección»¹¹.

¹⁰ Carta del 18-6-1536, en: *Obras completas de S. Ignacio de Loyola...*, BAC 86, Madrid 1952, p. 660.

¹¹ *Disciplina e perfezione della vita monástica*, Roma 1967, p. 4.

Construir la Iglesia

Y ahora miremos la Escritura.

¿No ha suscitado Jesús el nuevo pueblo de Dios comunicando a sus discípulos todas las palabras de su Padre?

¿Y no contó María, acaso, su más íntima experiencia cuando cantó el *Magnificat*?

¿Y no construyó Pablo sus comunidades comunicando cuanto vivía? Decía todo lo suyo: la conversión, el camino de apóstol, incluso las experiencias más profundas, como el raptó al tercer cielo, su relación mística con Cristo, pero también las angustias que lo atenazaban al pensar que su pueblo no aceptaba la revelación de Cristo, o bien sus propias debilidades, las pruebas, la espina en la carne. Podemos decir que él comunicó a los demás su alma, su vida, y así construyó la Iglesia.

En mi patria, dado que está prohibido todo tipo de asociación católica, el pueblo está totalmente concentrado en vivir la Palabra de Dios. Como no hay libros espirituales impresos, se comunican entre ellos los frutos de vivir la Palabra. Sólo tienen el Evangelio y la comunicación recíproca de lo que viven. Y con esta reducción a lo esencial la vida cristiana florece.

En cambio, cuando una Conferencia episcopal está dividida -como ha sucedido en algunos países bajo el régimen comunista-, pierde credibilidad ante el pueblo. De eso me han hablado en los años 70 algunos obispos de Europa centro-oriental. Todo se queda en una yuxtaposición de obispos que viven el uno junto al otro sin la comunión que une a Jesús con el Padre.

El «castillo exterior»

Santa Teresa de Jesús, doctora de la Iglesia, habla de un «castillo interior» espléndido y luminoso: es el alma habitada por la Santísima Trinidad; una realidad que hemos de descubrir dentro de nosotros, que ilumina toda la vida y conduce a la perfecta unión con Dios y al servicio del prójimo.

En esta época de la globalización, en esta hora de la Iglesia-comunión, ¿no ha llegado el momento -como alguien ha apuntado- de descubrir, iluminar, edificar, además del castillo «interior», el «castillo exterior»?¹². Es decir: la presencia de Dios no sólo en nosotros, sino también entre nosotros. Es el castillo de dos o más unidos en el nombre del Señor, castillo que no hay que destruir nunca, sino que hay que recomponer continuamente y conservar en toda relación hasta el esplendor de una unidad perfecta.

Escribía san Agustín: «Nosotros formamos también juntos la casa del Señor, pero sólo si estamos unidos mutuamente en el amor»¹³. «Somos su templo, tanto colectivamente como individualmente. El desea habitar en la unión de todas las personas y de cada persona»¹⁴.

Sueño con la Iglesia del tercer milenio como Casa que custodia la presencia del Dios vivo, como Ciudad santa que baja de lo alto; no como un conjunto de piedras esparcidas, sino como construcción articulada y armoniosa, que se hace compacta por la comunión vivida. Sueño en esta Ciudad, que guarda en su centro el Cordero como fuente de luz para toda la humanidad.

¹² Cf. C. LUBICH, «La spiritualità collettiva e i suoi strumenti», en: *Gens* 25 (1995), p. 52.

¹³ *Discurso* 336, 1,1: PL 37, 1736.

¹⁴ *La ciudad de Dios*, 10, 3, 2: PL 41, 280.

RENOVAR EN NOSOTROS LA ESPERANZA

18

NO TENGÁIS MIEDO *PUSILLUS GREX*

En la reciente Asamblea especial del Sínodo de Obispos para Europa, los padres sinodales han subrayado varias veces el hecho de que la Iglesia, en tierras tradicionalmente cristianas, hoy se encuentra en minoría. Se han puesto de relieve el descenso de las vocaciones sacerdotales y religiosas; la disminución de la práctica religiosa; el confinamiento de la religión al ámbito de lo privado, con la relativa dificultad de influir en las costumbres y en las instituciones; el problema de transmitir la fe a las nuevas generaciones. Un obispo me ha confiado que en otro tiempo tenía 145 seminaristas, pero el año pasado sólo ingresó un joven en el seminario. Otro me dijo: «Soy obispo desde hace 7 años. He ordenado a 7 sacerdotes y he enterrado a 147».

En otros lugares, gracias a Dios, hay vocaciones, pero la admisión en el seminario es limitada por el gobierno y sólo se admiten cinco seminaristas por diócesis cada dos años. Hay sitios donde los obispos han de permanecer en su cargo hasta la edad de 80 o incluso 90 años, porque el gobierno no da su *placet* al sucesor. En otros países, a causa de múltiples problemas, los cristianos emigran a Occi-

dente, de modo que tierras cristianas desde el tiempo de los apóstoles se convierten en un «museo de la época cristiana». En otros lugares, un solo sacerdote, física y espiritualmente agotado por los largos viajes que ha de hacer bajo el sol tropical, administra 30 comunidades. Estar en minoría es, en efecto, una característica de la vida de la Iglesia en el mundo de hoy.

¿Dónde está el Vaticano?

Viajo con el pasaporte diplomático de la Santa Sede. No es raro que encuentre dificultades por parte de los policías en los aeropuertos. Los italianos, en general, no crean problemas, pero puede suceder que me hagan esperar porque van a mostrar mi pasaporte a sus colegas. En Alemania es más difícil: «¿Qué es la Santa Sede?», preguntan. Se extrañan de que la Santa Sede pueda emitir pasaportes. En Malasia es aún más difícil. «¿Dónde está la Santa Sede? ¿Dónde está el Vaticano?», me preguntan. Cuando les contesto: «En Italia, en Roma», me llevan ante un gran mapamundi: «Indíqueme dónde está Italia». «¿Y Roma?». «¿Y dónde se halla el Vaticano?». Pero en el mapamundi el Vaticano no está. Así que me toca esperar media hora con los inmigrantes ilegales. Al final, el jefe de la policía dice a sus subordinados: *I know. The Vatican is a former French colony!* - «Ya sé. El Vaticano es una ex-colonia francesa».

El misterio de la minoría

Dirijamos nuestra atención a la historia del Pueblo de Dios, a la Sagrada Escritura, para ver en ella narraciones

y hechos que pueden iluminar nuestra situación de «minoría».

La Biblia recoge muchas situaciones en las que Dios se sirve de los débiles para derrotar a los fuertes. Desde una condición de inferioridad, Moisés venció al faraón y liberó a su pueblo; Judit derrotó a Holofernes; Ester, a Amán.

En la historia de la Iglesia no faltan ejemplos como Catalina de Siena, que, sin ninguna autoridad, consiguió que el papa volviera a Roma desde Aviñón; o como Don Bosco, al que pidieron consejo el papa y el rey.

Cuando cada Viernes Santo, en el Coliseo, vemos al papa llevar la cruz, tenemos ante nuestros ojos el «misterio de la minoría»: fue esta cruz la que venció a aquel coloso que era el Imperio Romano.

«¿De cuántas divisiones dispone el Papa?» (J. Stalin)

Para el aspecto de la «minoría cuantitativa», quisiera reflexionar sobre la sorprendente historia de Gedeón, jefe carismático en Israel, en el siglo XII antes de Cristo.

El Libro de los Jueces, en el cap. 7, cuenta cómo Gedeón se prepara a la batalla contra Madián. «Demasiado numeroso es el pueblo que te acompaña para que entregue yo a Madián en sus manos», le dice el Señor. Y explica: «No se vaya a enorgullecer Israel de ello a mi costa diciendo: ¡Mi propia mano me ha salvado!» (v. 2).

Según las indicaciones del Señor, Gedeón reduce el ejército: primero, de 32.000 a 10.000 hombres, y luego, de 10.000 a apenas 300. Estos 300 hombres, armados sólo de trompetas y cántaros vacíos con antorchas en su interior, invaden el campamento enemigo haciendo mucho ruido.

Entonces, «mientras los trescientos tocaban los cuernos, Yahvé volvió la espada de cada uno contra su compañero por todo el campamento» (v. 22).

Surgen espontáneamente algunas consideraciones:

- Como el pueblo de la Antigua Alianza en tiempos de Gedeón, así hoy el nuevo Israel ha de batirse con muchas fuerzas que se abren camino con prepotencia. Hay que reaccionar. Pero, como Israel, una Iglesia demasiado poderosa correría el riesgo de enorgullecerse, de caer en el triunfalismo, de atribuirse el éxito a sí misma.

- Da qué pensar el que aquellas «armas», aparentemente tan ridículas, de golpe pudiesen producir un efecto inimaginable. Del mismo modo que Gedeón, una Iglesia que se abandona totalmente al mandato del Señor puede obtener resultados importantes sin grandes medios. Puede bastar una trompeta para anunciar la Palabra de Dios y una antorcha, la luz de Dios, a condición de que nosotros seamos cántaros vacíos.

- Como le sucedió a Madián, así puede suceder también ahora que el enemigo se destruya a sí mismo y que la Iglesia no tenga que hacer un gran esfuerzo para salir de las dificultades. Los procedimientos impíos e injustos acaban siendo autodestructivos. No está claro, pues, que el «número reducido» anule necesariamente la fuerza de incidencia de la Iglesia.

«Tú no puedes ir contra ese filisteo» (Saúl)

La «minoría cualitativa» sugiere el modo como el Señor ha actuado en tiempos muy próximos a nosotros. Tanto en Lourdes como en Fátima o en La Salette, la Virgen

se apareció, no a personas preparadas y doctas, sino a uno o más niños, pastorcitos, casi ignorantes, y ha indicado siempre los mismos medios para hacer frente a las dificultades y a las amenazas: la oración y la conversión.

Pero volvamos a la Escritura y meditemos sobre la figura de David como ejemplo de un gran jefe bíblico que utiliza para su misión medios modestos, humanamente inadecuados.

Todos sabemos que el hecho que lo hizo repentinamente conocido y lo proyectó a la conquista de la realeza fue su victoria contra los filisteos, y en particular su duelo con el gigante Goliat (cf. *1 S 17*).

Quisiera acentuar algunos detalles que pueden ayudar a captar la actualidad de este relato:

- El gigante que trató de poner en ridículo a David y que se esfuerza por ponernos en ridículo a nosotros, representa el mal o las ideologías y los valores antievangélicos. Goliat es hostil, amenaza, provoca: «Ven hacia mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo» (v. 44).

- También hoy la Iglesia, frente al mal, se tropieza con Goliat, un gigante terrorífico, que parece invencible. Frente a él, como primer impacto, la Iglesia, y con ella cada uno de nosotros, experimenta acusadamente la impotencia. Y no faltan en el mundo quienes sienten el deber de reforzar esta sensación, diciendo como dijo Saúl: «Tú no puedes ir contra ese filisteo» (v. 33).

- Al principio, David toma el camino equivocado. Se reviste de la armadura del poder y de la fuerza, es decir, sigue el modo de defenderse del mundo (cf. w. 3 8-3 9a). Pero eso paraliza su acción: «No puedo caminar con esto, pues nunca lo he hecho» (v. 39b). Igual que la Iglesia cuando recurre al arsenal del mundo.

- El hecho es que la Iglesia tiene sus «armas» para combatir. Y éstas son las *únicas armas verdaderas* que importan. Entre éstas brilla un principio. Dice David: «Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo voy contra ti en nombre de Yahvé Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel» (v. 45). Las demás armas son sólo accesorias (cf. v. 40): el «bastón» (la violencia), que David, sin embargo, no usa en la batalla. Luego, muy sencillamente, una honda y cinco cantos lisos del torrente. En efecto, todo gigante tiene su punto débil. Basta mirar con atención. Una piedrecita bien colocada derrotó al gigante, y su misma espada sirvió para cortarle la cabeza (cf. w. 41-54).

David es la figura de la Iglesia de hoy. En muchas situaciones estamos en minoría en cuanto a los números, las fuerzas, las posibilidades y los medios. Pero, como David, vamos adelante *in nomine Domini*.

Jesús, el hombre de las pequeñas cifras

Dirijamos la mirada a Jesús.

En la Sagrada Escritura Moisés figura como el hombre de las grandes cifras. Cuando los israelitas parten de Egipto, son «unos seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños». «Salió también con ellos -añade la Escritura- una gran muchedumbre, con ovejas y vacas; una cantidad enorme de ganado» (cf. *Ex* 12, 37-38).

Jesús, en comparación, aparece como el hombre de los números pequeños. Su atención se centra sobre todo en los «pequeños», en los pecadores: en Zaqueo, en la samaritana, la pecadora perdonada, la adúltera...

En su enseñanza sobre el Reino de Dios no emergen figuras grandiosas o llamativas: «¿A qué es semejante el Reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo puso en su huerto; creció hasta hacerse árbol y las aves del cielo anidaron en sus ramas» (*Lc 13, 18-19*).

Y prosigue: «¿A qué compararé el Reino de Dios? Es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina hasta que todo fermentó» (*Lc 13, 20-21*).

«También decía: “El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo”» (*Mc 4, 26-27*).

Jesús no compara al grupo de sus discípulos con un ejército dispuesto para el combate o exultante en las victorias, sino que dice:

«No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (*Lc 12, 32*).

Y también:

«Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?» (*Mt 5, 13*).

«Vosotros sois la luz del mundo...» (*Mt 5, 14*).

«Mirad que os envío como corderos en medio de lobos» (*Lc 10, 3*), dice a los suyos, y los exhorta a ir sin dinero y sin poder: no llevéis alforja ni bastón (cf. *Mt 10, 9-10*).

En sus parábolas y en sus narraciones saltan a la vista más bien pequeños números y cosas menudas, que indican su atención a los individuos, a las cosas humildes y esenciales.

Habla de las «dos moneditas» (una cuarta parte del as) que echó una viuda en el tesoro del templo (cf. *Mc 12, 41-42*);

del pastor que deja las 99 ovejas para ir a buscar a la que se había perdido (cf. *Lc 15, 4-7*); de la mujer que tenía diez dracmas y barrió la casa para encontrar la que se le había extraviado (cf. *Lc 15, 8-10*).

Le bastaron cinco panes y dos peces para saciar a una multitud.

La Iglesia como «minoría» está llamada a vivir según este estilo del Evangelio, a hacer suyas las prioridades y las preferencias de Jesús.

Las murallas de la nueva Jericó

En la historia, la Iglesia, tanto en su dimensión universal como local, estuvo en minoría ante el Imperio Romano y ante las invasiones de los bárbaros, se vio debilitada por las divisiones internas en la era moderna, ante la Revolución Francesa; ha sufrido, ya en el siglo xx, la prepotencia del nazismo, del comunismo, y ahora del consumismo...

Pero frente a los Goliat de toda época, el Señor ha enviado David inermes: un Cirilo, un Atanasio, un Hilario de Poitiers, un Ambrosio y un Agustín, un Francisco de Asís, un Domingo, una Brígida y una Catalina, un Ignacio de Loyola, un Pedro Canisio y un Carlos Borromeo, una Teresa, un Tomás Moro; y en nuestro tiempo, todos los grandes papas del siglo xx y pastores como Wyszynski, Mindszenti, Beran, Stepinac, Tomasek, Gong Pin-Mei.

Pablo VI, el papa lacerado por la crisis del posconcilio, eligió como lema: *In nomine Domini*. Juan Pablo II, desde el principio de su pontificado, tomó por emblema

la cruz, *Spes única*, y María, *vita, dulcedo et spes nostra*, y gritó: ¡No tengáis miedo! ¡El comunismo es sólo un paréntesis de la historia! Muchos se burlaron de él. Pensaron que era poco realista. Dijeron que el mapamundi era ya totalmente rojo. Pero las murallas de la nueva Jericó (Berlín) han caído y la Iglesia ha cruzado el umbral del tercer milenio.

Caminos insospechados del Señor

Cuando estaba en residencia obligada en el pueblecito de Giang-Xa, a 20 km de Hanoi, me vigilaba un católico. En un principio, él se planteaba muchos interrogantes sobre mi persona: ¿qué habrá hecho este obispo para que lo detengan de ese modo? Viviendo y comiendo conmigo y durmiendo en la habitación contigua a la mía, fue comprendiendo, me permitió escribir libros espirituales, me trajo sacerdotes que venían a visitarme de noche, desde 300 km de distancia, para oír hablar del Concilio Vaticano II, ya que ningún obispo de Vietnam del Norte había podido participar en el Concilio.

Cada mes este guardia tenía que redactar a la policía un informe escrito sobre mí. Durante un tiempo lo hizo, pero luego me dijo:

-Ya no escribo más. No sé qué poner.

-¡Hay que escribir! Si no escribe, lo sustituirán. Un guardia nuevo me perjudicará.

-¡Pero no sé qué escribir!

-Entonces, yo escribiré el informe, usted lo copia y lo firma.

-Está bien.

La policía se congratuló con él por su relación y le regaló una botella de aguardiente de naranja, que él trajo a casa y tomábamos juntos por la noche. Gracias a él pude ordenar clandestinamente sacerdotes asignados a otras diócesis, que sus ordinarios me enviaron. Como ya estaba en prisión, no corría peligro. De noche, el guardia introducía en casa seminaristas que traían el ceremonial de los obispos y los óleos sagrados. ¡Fueron las ordenaciones más largas del mundo!, porque empezaban hacia las 23.30 y acababan hacia la una del día siguiente.

También de noche, este guardia me llevaba a administrar los sacramentos a los enfermos. Nunca habría imaginado que Jesús me llamara a este tipo de pastoral tan original. ¡Es verdad que el Espíritu Santo se sirve de cualquier persona para ser instrumento de su gracia!

Mirabilis Dominus

Concluyo con otras dos anécdotas mías.

En la isla de Zanzíbar, en el inmenso Océano Indico, en una pobre aldea bajo los cocoteros, conocí a dos jóvenes señoritas alemanas: una era médico y la otra enfermera. ¿Qué hacían allí? Eran voluntarias que habían ido a testimoniar el amor cristiano en medio de esta fortaleza musulmana. ¡Un granito de sal en el océano! ¡Qué fe!

En Bagamayo, puerto del Este de Tanzania donde desembarcaron los primeros misioneros, visité el viejo cementerio de los Padres Espiritanos, cerca de un baobab, árbol colosal de África. Todos habían muerto jóvenes. El más viejo había llegado a los 39 años. En silencio, me arrodillé y besé la tierra: *Mirabilis Dominus in sanctis suis* \ Y oí en el viento que soplaba entre los cocoteros: *Pusillus grex* - «Pequeño rebaño». No tengáis miedo.

Por eso, hermanos: ¡No tengáis miedo! *Procedamus in nomine Domini* - «¡Vayamos adelante en el nombre del Señor!». Las murallas de la nueva Jericó caerán.

PARA RENOVAR LA FAZ DE LA TIERRA
ACCIPIETIS SPIRITUM SANCTUM

No hace muchos años, en la televisión francesa, el cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, fue entrevistado por un periodista que le preguntó:

-Señor cardenal, ¿cree en la existencia del demonio?

-Sí, sí creo.

-Pero en un época de tantos progresos científicos y tecnológicos, ¿usted sigue creyendo en la existencia del demonio?

-Sí, sigo creyendo en él.

-¿Ha visto al demonio?

-Sí, lo he visto.

-¿Dónde?

-¡En Dachau, en Auschwitz, en Birkenau!

Entonces el periodista enmudeció.

Si alguien me preguntara: «¿Ha visto usted al Espíritu Santo?», yo también respondería sin titubeos: «Sí, lo he visto». «¿Dónde?». «En la Iglesia y fuera de ella».

He visto al Espíritu Santo, «Fons vivus, ignis, caritas»¹, en los papas de este siglo

En el siglo XX el mundo se ha visto lacerado por dos guerras mundiales, conflictos étnicos, genocidios y luchas¹

¹ «Fuente viva, fuego, caridad».

sanguinarias. Nunca en la historia había habido semejante mortandad, por no hablar de todo el mal provocado por las guerras ideológicas... Dentro de la Iglesia se han verificado crisis y defecciones, hemos sufrido las consecuencias de la descristianización y secularización, la barca de Pedro ha corrido el riesgo de hundirse en mitad de la tempestad.

Y sin embargo, tal vez nunca ha tenido la Iglesia tantos papas tan grandes como los pontífices del siglo XX: desde León XIII a Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I, Juan Pablo II. Creo que ningún país del mundo, en este mismo período, ha tenido la suerte de tener al frente responsables de semejante altura moral, santidad y competencia.

Nos hallamos ante la acción del Espíritu Santo, que ha confirmado con su obra la promesa de Jesús: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18).

El Espíritu Santo ha guiado y guía el ministerio y el magisterio de los papas.

*He visto al Espíritu Santo, «Dominum et vivificantem»²,
en la historia de la Iglesia*

Todos conocemos la obra del Espíritu Santo en los primeros siglos cristianos: la rápida difusión del cristianismo por todo el Imperio romano; la acción especial del Espíritu en los concilios ecuménicos que centraron la doctrina trinitaria y la cristológica; su sopro poderoso en el nacien-

² «Señor y dador de vida».

te monaquismo, que impidió a los cristianos mundanizarse, manteniendo vivo entre ellos el anhelo de la santidad.

Cuando en la Edad Media un nuevo peligro parece amenazar a la Iglesia, el Espíritu no sólo hace rebrotar el monaquismo, sino que suscita nuevas formas de vida consagrada que respondan a las necesidades de los tiempos. Leemos en una carta de la Curia Romana, escrita por orden de Alejandro IV, sobre san Francisco y santa Clara de Asís: «Como si el mundo envejecido estuviera oprimido por el peso de los años, se había nublado la visión de la fe, se había hecho incierta y oscilante la conducta de vida... Y Dios, que ama a los hombres, desde lo secreto de su misericordia proveyó a suscitar en la Iglesia nuevas órdenes religiosas, dando por su medio un apoyo a la fe así como una norma para reformar las costumbres. No dudaría -prosigue esta carta- en llamar a los nuevos fundadores, con sus verdaderos seguidores, luz del mundo, indicadores del camino, maestros de vida»³.

Lo que se dice aquí se podría afirmar de todos los grandes fundadores. Y de tantas mujeres inspiradas, como las tres doctoras de la Iglesia: Catalina de Siena, Teresa de Jesús y Teresa del Niño Jesús, y las copatronas de Europa: Brígida de Suecia y Edith Stein, además de Catalina. En ellas se manifiesta la acción poderosa del Espíritu Santo.

Pero detengamos la mirada en los últimos decenios de la historia de la Iglesia: desde el Concilio Vaticano II al Jubileo de 2000. ¿No asistimos con estupor a un nuevo Pentecostés? Quizá nunca como hoy haya habido tanto florecimiento de santidad en las actividades típicamente laicas. Es una nueva y auténtica primavera de la Iglesia.

³ *Fonti francescane*, II, Asís 1977, pp. 2391-2393 *passim*.

Bastaría pensar en las Jornadas Mundiales de los Jóvenes en Roma, Buenos Aires, Compostela, Czestochowa, Denver, Manila y París. Todos en torno al Santo Padre, deseosos de escuchar la Palabra de Dios y comprometidos a vivirla. O en el Congreso de Movimientos y Comunidades eclesiales la víspera de Pentecostés, el 30 de mayo de 1998. Nuevos carismas irrumpen en la Iglesia, verdaderos dones del Espíritu que hacen florecer de nuevo en el mundo el Evangelio.

Observando en la Plaza de S. Pedro aquella multitud de personas animadas por el Espíritu, el Santo Padre podía decir: «Lo que sucedió en Jerusalén hace dos mil años, es como si esta tarde se renovara en esta plaza, centro del mundo cristiano. Como entonces los apóstoles, también nosotros nos hallamos reunidos en un gran cenáculo de Pentecostés, anhelando la efusión del Espíritu».

Y más adelante añadía: «Siempre que interviene, el Espíritu nos deja atónitos. Suscita acontecimientos cuya novedad asombra; cambia radicalmente las personas y la historia. Esta ha sido la experiencia inolvidable del Concilio Ecuménico Vaticano II, durante el cual, bajo la guía del Espíritu, la Iglesia ha redescubierto como constitutiva de sí misma la dimensión carismática: “El mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios y lo adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, repartiendo a cada uno según quiere (*1 Co 12, 11*) sus dones, con los que los hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para renovar y construir más y más la Iglesia” (LG 12)»⁴.

⁴ *L'Osservatore Romano*, 1-2 junio 1998.

He visto que sin el Espíritu Santo no podemos hacer nada bueno: «Sine tuo numine, nihil est in homine»⁵

Es verdad que tras el primer entusiasmo suscitado por el Concilio hubo un momento de extravío. Frente a los cambios que el Espíritu exigía, algunos, fiándose demasiado de sus ideas y recursos, equivocaron el rumbo, creando desaliento y a veces desconcierto, y, en lugar de la ansiada primavera, parecía haber sobrevenido el gélido invierno. «Pero he aquí que el Espíritu Santo -como dijo el card. Ratzinger en el Congreso de los movimientos eclesiales-, por así decirlo, había pedido de nuevo la palabra. Y en hombres y mujeres jóvenes volvía a florecer la fe, sin condiciones ni pegas, sin subterfugios ni escapatorias, vivida en su integridad como don, como un regalo precioso que hace vivir»⁶.

Ignazios Hazim, actual patriarca ortodoxo de Antioquía, a propósito de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, decía en Upsala ya en 1968: «Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo está en el pasado, el Evangelio es letra muerta; la Iglesia, una simple organización; la autoridad, una dominación; la misión es propaganda; el culto, una evocación, y el obrar cristiano, una moral de esclavos. [...] Pero en El... Cristo resucitado está aquí, el Evangelio es fuerza de vida, la Iglesia quiere decir comunión trinitaria, la autoridad es un servicio liberador, la misión es un

⁵ «Sin tu divino auxilio, nada [bueno] hay en el hombre».

⁶ J. RATZINGER, «I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teológica», en: Aa.Vv., *I movimenti nella Chiesa. Atti del Congresso mondiale dei movimenti ecclesiali*, Roma 27-29 maggio 1998, Libreria Editrice Vaticana 1999, p. 24.

Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, el obrar humano está deificado»⁷.

En el Sínodo de los Obispos de Asia, los laicos han pedido a los obispos que no confíen sólo en su capacidad organizadora, actuando como buenos representantes, sino que sean verdaderos padres, pastores, testigos veraces del amor de Dios a la humanidad.

Me gusta mucho recordar lo que escribía san Juan Crisóstomo, presentando a los apóstoles como las auténticas figuras de los verdaderos pastores: «Los apóstoles no bajaron como Moisés de la montaña, llevando en sus manos tablas de piedra, sino que salieron del cenáculo llevando el Espíritu Santo en su corazón y ofreciendo por todas partes tesoros de sabiduría y de gracia como dones espirituales que brotaban de una fuente que mana. Fueron predicando por todo el mundo, siendo ellos mismos la ley viva, como si fueran libros animados por la gracia del Espíritu Santo»⁸.

He visto al Espíritu Santo que actúa en una Iglesia que se renueva siempre

La Iglesia se renueva y se purifica «continuamente bajo la guía del Espíritu Santo» (GS 21). Para una renovación así, la Iglesia de nuestros días siente la necesidad de volver con fidelidad a las fuentes: a Ur de Caldea, al Sinaí a Jerusalén, Belén, Nazaret, al monte de las bienaventuranzas, al santo sepulcro...

⁷1. Hazim, *La Risurrezione e l'uomo di oggi*, Roma 1970, pp. 25-26

⁸ Juan Crisóstomo, *In Mt. Hom.* 1,1: PG 57-58, 15.

Y el Pueblo de Dios hace examen de conciencia.

La Iglesia, por virtud del Espíritu Santo, es madre y virgen, ha permanecido como esposa fiel al Señor, es santa, sin pecado, pero pide perdón por sus hijos e hijas, que son pecadores.

Recordemos en particular el evento eclesial más importante del siglo xx. Para una gran renovación de la Iglesia, el Espíritu Santo inspiró al Papa Juan XXIII que pusiera la «pequeña semilla»⁹ anunciando el 25 de enero de 1959 la convocación del Concilio Vaticano II. El mismo no podía imaginar en aquel momento lo que este acontecimiento traería consigo por todas las reformas de la Iglesia y de la Curia Romana, por la publicación del nuevo *Código de Derecho Canónico*, del *Código de los cánones de las Iglesias orientales*, del *Catecismo de la Iglesia Católica*, de tantas cartas encíclicas importantes, del nuevo Misal romano, ni el impulso que imprimiría a la colegialidad, al diálogo ecuménico y al diálogo interreligioso. La preparación y la apertura del gran Jubileo 2000 estimulan la profundización de este rico patrimonio por parte de las nuevas generaciones.

Y se podía continuar; podríamos citar otros hechos, otras novedades suscitadas dentro de la Iglesia por el Espíritu Santo. En realidad, es imposible tener una visión completa de la obra del Espíritu en el siglo xx, porque es también misterio en la profundidad de las almas.

Baste recordar una palabra de admiración del mundo: «¡Hacían falta 20 siglos para poder recorrer el kilómetro entre el Vaticano y la Sinagoga, y el papa Wojtyla ha sido el primero en hacerlo!»

¡Gracias, Santo Padre!

⁹ Const. Ap. *Humanae salutis*, 25-12-1961.

También he visto al Espíritu Santo fuera de la Iglesia

Mientras sostiene e ilumina a los apóstoles, el Espíritu Santo suscita la sed del agua viva (cf. *Jn* 4, 10-15) en el corazón de toda persona, cultura y religión en busca de Jesús, el único Salvador que podrá saciar plenamente su sed.

Los Hechos nos cuentan, en el capítulo 10, la visión de Cornelio, oficial romano pagano, luego la visión de Pedro y la voz que le dijo: «¡Levántate, Pedro, sacrifica y come!». «De ninguna manera, Señor; porque jamás he comido nada profano e impuro». «Lo que Dios ha purificado no lo llares tú profano» (*Hch* 10, 13-15). «Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la palabra. Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles, pues los oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo: “¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a éstos, que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?”» (*Hch* 10, 44-48).

El Espíritu precede, acompaña y sigue a cualquier misión nuestra.

Con el don de lenguas, prepara el gran diálogo de amor entre Dios y la humanidad, entre el Salvador y los pueblos de todos los continentes, fortaleciendo el testimonio, según la promesa de Jesús: «Recibiréis una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y de este modo seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1,8).

También hoy, en el nuevo Pentecostés que estamos viviendo, el Espíritu guía a la Iglesia en su misión de realizar un encuentro entre Jesucristo y todos los pueblos. Es-

te me parece que es el significado más profundo de los distintos diálogos que la Iglesia católica ha emprendido después del Concilio.

Procedo de ese vasto continente que es Asia, y cada día veo esta obra del Espíritu entre los «gentiles». Es correcta la observación de santo Tomás, que él atribuye a san Ambrosio: *Omne verum a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est*, «Todo lo que es verdadero, no importa quién lo diga, viene del Espíritu Santo»¹⁰. Tal vez no sólo proceda del Espíritu Santo toda verdad, sino también toda bondad, justicia, belleza: la profundidad de la oración, el esplendor de la sabiduría. Nos consuela ver que el Espíritu está actuando para revelar plenamente el misterio de Cristo.

*He visto al Espíritu, «Pater pauperum»,
que no nos ha dejado huérfanos*

En mi larga estancia en la cárcel, despojado de todo recurso humano, me convencí aún más profundamente de la fuerza del Espíritu Santo como se nos presenta en los Hechos de los Apóstoles. Esta fuerza es indispensable para la Iglesia también hoy, para que pueda superar todo tipo de pruebas.

Por esto desde 1975 a 2000 he pedido siempre a mis penitentes que lean atentamente, como penitencia después de la confesión, un capítulo de los Hechos.

¹⁰ Santo Tomás, *S. Theologiae* I-II, q. 109, a. 1, ad 1; el mismo pensamiento en *De veritate*, q. 1, a. 8. El texto, probablemente, es del Ambrosiaster: *Comm. in 1 Co* 12, 3: PL 17, 258: *Quidquid enim verum a quocumque dicitur, a Sancto dicitur Spiritu* - «La verdad que dice alguien, la dice el Espíritu Santo».

Sí, el Espíritu Santo vive y actúa en los corazones de los pobres y de los humildes, en la piedad popular, en la solidaridad, en el sufrimiento. El está allí como abogado e intérprete de los deseos y de las plegarias.

Recuerdo un hecho.

Un día, un párroco joven de Vietnam del Norte vio llegar a un grupo de la tribu H'Mong.

-¿De dónde venís? -les preguntó.

-Venimos de Lai-Chau [localidad donde, en 1954, se libró la batalla de Dien Bien Phu, en la cual fueron derrotados los franceses]. Hemos caminado durante seis días por la montaña.

-¡Dios mío! ¿Para qué?

-Queremos ser bautizados enseguida.

-¡Es imposible! En vuestro pueblo no hay sacerdotes ni tampoco catequistas, y no conocéis la religión ni las oraciones.

-Lo hemos aprendido todo de una radio de Filipinas.

-Pero ¿qué radio? ¡No hay ninguna emisora católica que transmita en vuestro dialecto!

-¡Ha sido la radio «Fuente de vida»!

-Es una radio protestante, y ¿ahora venís aquí a haceros católicos? ¡Qué sorpresa!-. Profundamente conmovido, el párroco exclamó: -¡Un nuevo Pentecostés! ¡Es obra del Espíritu Santo! ¡El Espíritu Santo!-. Y les preguntó: -¿No os podéis quedar un poco más?

-Padre, es imposible, hemos traído arroz para 14 días: 12 días de viaje y dos de estudio y de oración...

Fueron bautizados y confirmados, asistieron por primera vez a la santa misa y recibieron la Eucaristía.

-Ya no tendréis ninguna misa, no tendréis ninguna iglesia. ¿Qué haréis?

-Por la noche escuchamos la radio en grupos de tres o cuatro familias para rezar juntos y estudiar religión. Los domingos trabajamos en los campos de arroz, pero a las 9.30 dejamos de trabajar, damos descanso a los búfalos y asistimos a la misa a través de *Radio Ventas* de Manila.

Deseo aprovechar esta ocasión para dar las gracias a *Radio Veritas* y a *Radio Vaticano*, que hacen un precioso trabajo de evangelización mediante el programa vietnamita y H'Mong. Los H'Mong están contentos de tener una emisión en su propia lengua.

Entretanto, estos primeros bautizados han llevado la fe a otros 5.000 conciudadanos. El Espíritu Santo no los deja huérfanos.

«*Veni Sancte Spiritus*»

Pablo VI habla de un modo espléndido del Espíritu Santo como alma de la Iglesia: «El Espíritu Santo es el animador y santificador de la Iglesia, su aliento divino, el viento de sus velas, su principio unificador, su apoyo y su consolador, su fuente de carismas y de cantos, su paz y su gozo, su premio y prelude de la vida bienaventurada y eterna. La Iglesia necesita su perenne Pentecostés; necesita fuego en el corazón, palabras en los labios, profecía en la mirada»¹¹.

Por eso, también nosotros invocamos confiados: *Veni, Sancte Spiritus*.

¹¹ Palabras pronunciadas en la audiencia del miércoles 29 de noviembre de 1972: *Insegnamenti di Paolo VI*, X (1972), Ciudad del Vaticano 1973, pp. 1210-1211.

Así oraba Edith Stein, copatrona de Europa, en el último Pentecostés de su vida:

«¿Quién eres tú, dulce luz, que me llenas
y alumbras la oscuridad de mi corazón?
Tú me guías como mano materna y me dejas libre.
Tú eres el espacio que rodea
mi ser y lo encierras en sí.
Si tú lo dejaras, caería en el abismo de la nada,
desde el cual tú lo elevas al ser.
Tú, más cerca de mí que yo misma,
y más íntimo que mi interior,
y sin embargo inabarcable e incomprensible,
que haces estallar todo nombre:
Espíritu Santo, Amor eterno»¹².

¹² *Werke*, XI, Druten/Friburgo-Basilea-Viena 1987, p. 175.

EL MODELO DE LA IGLESIA
ECCEMATERTUA

«La alegría jubilar no sería completa si la mirada no se dirigiera a aquella que, en la obediencia plena al Padre, engendró para nosotros en la carne al Hijo de Dios»¹.

La Virgen a mediodía

En estos días he tenido el privilegio de estar en silencio contemplando a la Virgen, tan bien representada en esta capilla *Redemptoris Mater*. Y del corazón me ha brotado esta hermosa oración de Paul Claudel († 1955):

«Es mediodía. Veo la iglesia abierta. Tengo que entrar.
Madre de Cristo Jesús, no vengo a rezar.

No tengo nada que ofrecerte y nada que pedirte.
Vengo sólo, oh Madre, para mirarte.

Mirarte, llorar de felicidad [...]
Sin decir nada, sino mirando tu rostro,

¹ Bula de indicción del Gran Jubileo *Incarnationis Mysteriorum* 14.

dejar que el corazón cante en su propia lengua.
No decir nada, sino sólo cantar,
porque el corazón está demasiado lleno»².

La Iglesia es Mujer, es Madre

Unas palabras del cardenal Joseph Ratzinger me han dado la inspiración para esta meditación: «La Iglesia no es un aparato; no es simplemente una institución. Es Mujer. Es Madre. Es un ser vivo. La comprensión mariana de la Iglesia es el contraste más fuerte y decisivo con un concepto de Iglesia puramente organizativo o burocrático. Nosotros no podemos hacer la Iglesia, debemos ser Iglesia. Sólo siendo marianos somos Iglesia. En sus orígenes, la Iglesia nació cuando el *fiat* brotó en el alma de María. Este es el deseo más profundo del Concilio: que la Iglesia despierte en nuestras almas. María nos indica el camino»³.

En esta meditación queremos mirar a María como modelo de la Iglesia. Pero la Iglesia vive en una tierra dolorosa, dramática y magnífica, en una época que tiene los rasgos colectivos de una «noche oscura colectiva»⁴.

Entre las características de esta noche está el predominio del racionalismo, que ha plasmado una cultura que tiende a manipular, a través de las diversas ciencias,

² *Oeuvre Poétique*, Éditions Gallimard, París 1967, pp. 539ss.

³ J. RATZINGER, *Die Ekklesiologie des Zweiten Vatikanums*, en: IKZt 15 (1986), p. 52.

⁴ Cf. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, V/3 (1982), Ciudad del Vaticano 1983, pp. 1141-1142.

las realidades naturales, las situaciones, el espíritu e incluso la vida humana, por lo que la humanidad corre el riesgo de ser víctima de un mero positivismo del «hacer» y del «tener».

La respuesta de la Iglesia a esta noche es ser Amor, porque -como afirma el título de un pequeño volumen de H. U. von Balthasar-, «sólo el amor es creíble». Sin amor hasta la unidad no hay credibilidad.

Y he aquí por qué María «nos indica el camino». Porque María es:

- Amor acogido
- Amor correspondido
- Amor compartido

María es Amor acogido

A lo largo de toda su vida, María lo recibe todo de Dios. Aquí radica la grandeza de su misión, que misteriosamente se prolonga en la Iglesia: todo tiene su origen en el Señor, viene de lo alto. Y la Virgen acoge.

Mirémonos, junto con toda la Iglesia, en cuatro palabras de la Escritura.

1. «Ave María, gratia plena»

María es la primera que recibe la Buena Nueva, y, en previsión de la pasión de Jesús, es la primera colmada con la plenitud de la salvación. Con su adhesión al mensaje del ángel, la esclava se hace *posesión de Dios*. Estamos en los albores de la Iglesia, que es, como afirma la *Lumen gentium*, «el poder o campo de Dios» (LG 6; cf. 1 Co 3,9).

2. «Ecce concipies et paries filium»

Por obra del Espíritu Santo se realiza el gran misterio de la Encarnación. El Hijo, que en el Cielo había vivido *in sinu Patris*, en la tierra halla en María un seno digno de él. Hija del Padre, María se convierte en madre, Madre del Verbo encarnado, Esposa del Espíritu Santo. En los nueve meses que siguen, María es especialmente la Virgen de la interioridad. Única entre las criaturas, tiene la experiencia de llevar a *Jesús en su seno* físicamente. A imagen de ella, toda la Iglesia está llamada a ser «seno» que ofrece al mundo a Jesús.

3. «Respexit humilitatem»

Durante toda su vida, María vive en un canto de gratitud a Dios por lo que ha recibido de él: no sólo la gracia, sino al Dador de la gracia, y con éste, todos los demás privilegios. «El Señor ha hecho cosas grandes en mí... ha mirado la humildad de su sierva». Por eso «todas las generaciones me llamarán bienaventurada». Como María, la Iglesia, consciente de su *ser nada*, proclama la grandeza del Señor.

4. «Conservabat omnia verba haec in corde suo»

Totalmente recogida, María vive junto a su Hijo «en estado» de oración, de perenne acogida y contemplación. Guarda la Palabra, la vive y la comunica en la esperanza, en la humildad, en la alegría. Contemplamos en ella, que está totalmente informada por la Palabra, el misterio de la Iglesia: la *Sponsa Verbi*.

Tota pulchra es María et macula originalis non est in te! Per te ortus est Christus Deus noster - Toda hermosa eres, María, y no hay en ti pecado original. Por ti nació Cristo Dios.

María es Amor correspondido

Colmada de la gracia de Dios, María, con todo su ser, responde a Dios. No hay nada en ella que no sea don de sí, adhesión al designio de Dios, elección de El.

Mirémonos aquí también en algunas palabras de la Escritura que nos hablan de María.

5. «Beata quae credidisti»

En la fe, María vivió un «sí» total, porque creyó en la Palabra, y se dejó modelar por la mano de Dios y conducir por él a todas partes: a Egipto, a Nazaret, a Caná, al Gólgota, al cenáculo, en espera del Espíritu. Isabel y la comunidad primitiva la llamaron así: *he epistéusasa* - la que ha creído. En ella la Iglesia se ve como *comunidad de creyentes*.

6. «Erat subditus illis»

Durante 33 años, María está en comunión con Jesús, íntima y tierna. Ningún ser humano puede comprender a Jesús como ella, nadie está tan cerca de él, nadie puede cuidar de él diariamente como María: en el trabajo, en la alegría, en la angustia, en la pobreza, en la transparencia. Para nosotros, una llamada a la *intimidad* con Jesús, al *servicio* concreto y solícito hacia él.

7. «Magnificat anima mea Dominum»

Consciente de las maravillas que Dios ha hecho en ella, María está en adoración contemplativa ante Dios, como los ángeles, que proclaman: «Santo, Santo, Santo». Y así María es plena respuesta a la misericordia de Dios, que se extiende «de generación en generación».

Para nosotros, una invitación a la *alabanza* constante, a la *adoración*.

8. «Stabat Mater iuxta Crucem»

Como durante toda su vida, María está unida a Jesús en su pasión y muerte por la humanidad. Una espada traspasa su alma. Pero ella permanece en pie, sola, valerosa. Sabe perdonar, permanece fiel. En el momento más importante de la vida de Jesús, se ofrece junto con él. Para María todo parece perdido, pero le basta *estar con Jesús*. Ella se convierte así en prototipo de la Iglesia, a los pies de la cruz.

Quisiera contar aquí un hecho de mi vida.

Cuando en 1957 estudiaba en Roma, fui a Lourdes a rezar a la Virgen. En la gruta medité las palabras de la Inmaculada a santa Bernardita: «No te prometo alegrías y consolaciones en esta tierra, sino pruebas y sufrimientos». Tuve la impresión de que estas palabras estaban dirigidas a mí también. No sin miedo acepté este mensaje.

De regreso a Vietnam fui profesor, luego rector del seminario, vicario general y, por último, obispo de Nha-trang. Se podía decir que mi ministerio pastoral estaba coronado por el éxito. Cada año volvía a Lourdes y me preguntaba a menudo: «¿Es posible que las palabras diri-

gidas a Bernardita no sean para mí?». Pero llegó el año 1975: la detención en la Fiesta de la Asunción, la cárcel, el aislamiento. ¡Y me di cuenta de que la Virgen había querido prepararme desde 1957!

María es Amor compartido

Aunque es toda de Dios, María no es ajena al mundo. Al contrario, para ella el mundo es el lugar donde Dios encuentra al hombre, donde se espera a Aquel que «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo».

Mirémonos, junto con toda la Iglesia, en aquella que es la «tierra del Incontenible»: la que acoge la salvación y la *comparte*.

9. «Abiit in montana cum festinatione»

Inmediatamente, María lleva la buena nueva que es Jesús a su prima Isabel: comparte el amor que Dios le ha comunicado; está durante tres meses al servicio de su prima; hace exultar a Juan Bautista por la cercanía de la salvación; y sigue viviendo con Jesús en su seno, sintiendo que crece en ella el Dios hecho hombre. He aquí el camino de la Iglesia: *servir al hombre*, llevando y comunicando a Jesús que vive en nosotros. Y llevar así la salvación, la alegría. ¡Quién sabe cuántas veces Isabel y María cantaron juntas el *Magnificat*!

10. «Viderunt puerum, cum Maria matre eius»

María es mensajera de la misericordia. En la pobreza extrema del pesebre lleva al mundo el tesoro más grande.

Es la epifanía de Jesús: lo muestra y lo ofrece a los pastores y a los Magos, a las primicias de Israel y de las gentes. Y hoy sigue haciendo lo mismo. En Guadalupe como en Lavang, en mi patria. María, que muestra Jesús a los pobres, a los extranjeros, es *la estrella de la evangelización* y nos indica el camino de la misión.

11. «Quadcumque dixerit vobis, facite»

Con Jesús, María está presente en todos los acontecimientos de la vida: presente en Ain Karim para el nacimiento de un hijo, presente en Caná en una fiesta de bodas. Comparte la alegría y la esperanza; se preocupa con delicadeza, amabilidad y discreción por una pareja de recién casados en un aprieto; enseña a escuchar a Jesús y a confiar en que él ayudará cuando llegue el momento; comparte con los apóstoles la espera del Espíritu en el cenáculo. Viviendo en medio de todos, en lo cotidiano, María es el modelo de *una Iglesia que sabe esperar y captar la hora de Dios*: la venida del Espíritu Santo.

12. «Ecce filius tuus... Et accepit eam discipulus in sua»

Junto a la cruz, María acoge como hijos suyos a todos los discípulos de Jesús, o mejor, a toda la humanidad, no sólo a los santos, sino también a los pecadores. Ofrece a su hijo Jesús, el Santísimo. Y acoge a Juan, el santo débil que había huido. Y acoge al buen ladrón, el criminal que se hace santo y hermano de Jesús cuando éste le dice: «En verdad, hoy estarás conmigo en el paraíso» (*Lc 23, 43*). María en aquel momento acepta su función de *mater misericordiae*.

Luego pasa su vida con el apóstol Juan, el predilecto, compartiendo su solicitud por el Reino. De ella Juan aprende de nuevo cuanto había aprendido de Jesús: Dios es Amor, y nosotros estamos llamados a ser sólo amor. Como Madre de misericordia, María impulsa a la Iglesia a *hacerse cargo de toda la humanidad* en sus necesidades fundamentales, no sólo mediante el buen ejemplo de los cristianos, sino también mediante su compromiso social, económico y político.

Misterio - comunión - misión

Con aquella que invocamos en la *Salve Regina* como *spes nostra*, el futuro de la Iglesia está lleno de esperanza.

«En el alba del nuevo milenio -ha dicho el Santo Padre, que es tan profundamente devoto de la Madre del Señor-, vemos con alegría emerger el “perfil mariano” de la Iglesia, que comprende en sí el contenido más profundo de la renovación conciliar»⁵.

De María la Iglesia aprende a realizar con exactitud el perfil que ha diseñado de ella el Concilio Vaticano II:

- a vivir inmersa en el *Misterio*: Amor acogido;
- a hacerse *comunión* en todos los aspectos de su vida: Amor correspondido;
- a proyectarse hacia el mundo en la *misión*!. Amor compartido.

Tras la Madre de Jesús, la Iglesia recorre -como Juan Pablo II ha explicado en la encíclica *Redemptoris Mater*- el camino de María.

⁵ Juan Pablo II en una catequesis sobre los signos de esperanza presentes en la Iglesia. en: *L'Osservatore Romano*. 26.11.98. p. 6.

Las doce frases del Evangelio en las cuales hemos contemplado la imagen de María, nos acompañan en este camino: como las 12 estrellas que adornan la cabeza de la Virgen y de las que habla el Apocalipsis en la liturgia de la Asunción de María.

María me libera

Durante la marcha en las tinieblas, cuando estaba preso, recé a María con toda sencillez: «Madre, si ves que ya no podré ser útil a tu Iglesia, concédeme la gracia de consumir mi vida en la cárcel. En caso contrario, concédeme salir de la prisión en una fiesta tuya».

Un día, mientras me preparo la comida, oigo sonar el teléfono de mis guardias. «¡Quizá esta llamada sea para mí! ¡Es verdad, hoy es 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María en el Templo!». Poco después, uno de los guardias viene y me pregunta:

-¿Ha terminado de comer?

-¡Aún no!

-Después de comer, vístase bien, porque va a ver al jefe.

Aquella tarde me entrevisté con el ministro del Interior.

-¿Tiene usted algún deseo que expresar?

-Sí, señor ministro, quiero la libertad.

-¿Cuándo?

-Hoy.

Normalmente, no se puede pedir para el mismo día, porque los jefes necesitan tiempo para discutir, para hacer las gestiones. Pero tengo tanta confianza...

El ministro me mira muy sorprendido. Le explico: - Señor ministro, llevo ya demasiado tiempo en la cárcel. He estado bajo tres pontificados: el de Pablo VI, el de Juan Pablo I y el de Juan Pablo II. Y además, bajo cuatro secretarios generales del Partido Comunista Soviético: Breznev, Andropov, Chernenko y Gorbachov.

El se echa a reír y asiente con la cabeza:

-¡Es verdad, es verdad!

Y volviéndose hacia su secretario, dice:

-Haced lo que haga falta para atender su deseo.

Exulto: María me libera. ¡Gracias a ti, Madre!

¡Feliz Fiesta!

Ave María, Madre de Jesús,

Madre y modelo de su Iglesia.

Ave, fuente de gracia y de misericordia,
modelo de toda pureza.

Ave, alegría en las lágrimas,

victoria en la lucha,

esperanza en la prueba,

único camino hacia Jesús.

Ostende nobis Patrem et hoc nobis sufficit.

*Monstra te esse matrem et hoc nobis sufficit*⁶.

⁶ «Muéstranos al Padre y esto nos basta. / Muestra que eres madre y esto nos basta».

ANCIANIDAD, ENFERMEDAD, MUERTE
NUNC ET IN HORA MORTIS NOSTRAE

En la cultura budista, en Asia, se habla de cuatro etapas de la vida humana: nacimiento, ancianidad, enfermedad y muerte. En cada una de ellas hay sufrimiento, ineludible suerte humana que invoca salvación.

En general no se recuerdan de buen grado estos temas, como si se quisieran alejar de nuestra vida no pensando en ellos. Mas para el cristiano, cuya vocación es el amor, son ellos también amor, y, como cualquier otro momento de la vida, sea doloroso o alegre, se han de vivir en el amor y como amor.

Cuando veo la multitud del Jubileo en camino hacia la Puerta Santa, pienso en nuestra vida: avanzamos cada día por caminos tal vez difíciles, pero importantes, y no sin alegría, porque nos acercamos a la meta: al encuentro con Jesús, nuestra esperanza.

Por eso quiero hablar de la ancianidad, la enfermedad y la muerte.

El don más grande

«Me enseñarás el sendero de la vida, alegría perpetua a tu derecha» (*Sal 16 [15]. 11*).

La vida es el bien más grande e inestimable que Dios ha dado a los hombres. Cada momento de ella se ha de vivir en El y por El.

Para cada uno de nosotros tiene sus estaciones, cada una importante y con una belleza característica. Cicerón hablaba de la ancianidad como del «otoño de la vida»¹. Juan Pablo II, como poeta, ha pintado un cuadro bellissimo: «Basta mirar las variaciones del paisaje, a lo largo del año, en la montaña y en la llanura, en los prados, en los valles, en los bosques, en los árboles y en las plantas. Hay una semejanza estrecha entre los biorritmos del hombre y los ciclos de la naturaleza, de la que él forma parte»².

Sí, porque la vida que nace, la vida que crece, la vida que acaba no son sino tres momentos del misterio de la existencia, de esa vida humana que proviene de Dios, es don suyo, imagen suya, huella suya, participación de su soplo vital³.

Los ancianos en la Sagrada Escritura

En la Sagrada Escritura, la longevidad es signo de la benevolencia y del amor de Dios (cf. *Gn* 11, 10-32). Abrahán, Moisés, Tobías, Eleazar, Isabel y Zacarías, Simeón y Ana nos muestran que la ancianidad es el momento de promesa y de testimonio valiente.

¹ Cf. CICERÓN, *Cato Maior, seu de Senectute* 19, 70.

² *Carta del Santo Padre Juan Pablo II a los ancianos*, 1-10-1999, n. 5.

³ Cf. JUAN PABLO II, «Ai partecipanti alia XII Conferenza Internazionale organizzata dal Pontificio Consiglio della Pastorale per gli Operatori Sanitari», en: *L'Osservatore Romano*, 1-11-1998.

Pedro, anciano, dio su vida por amor a Jesús.

Pablo, anciano y prisionero, escribió: *Ego enim iam de labor [...] cursum consummavi, fidem servavi* - «Yo estoy a punto de ser derramado en libación [...] He llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe» {2 Tm 4, 6-7).

San Juan apóstol, ya anciano, cuando visitaba las comunidades cristianas y le preguntaban cuál había sido el mensaje de Jesús, repetía siempre: «Amaos mutuamente», como si no tuviera nada más que añadir. Pero con esta frase acertaba de verdad en el pensamiento de Cristo.

Una nueva tarea más carismática

En mi vida, y especialmente aquí en la Curia Romana, he tenido el privilegio de conocer a muchos ancianos que me han edificado profundamente con su ejemplo humilde, discreto pero elocuente. Han permanecido siempre jóvenes; quien se acerca a ellos respira un aire de consuelo y de esperanza, incluso en situaciones casi desesperadas.

De ellos he aprendido que los años pasan deprisa; que el don de la vida es demasiado bello y precioso, que he de aprovechar el tiempo presente (cf. Col 5, 16), siendo agradecido al *Pater misericordiarum*; que tengo que saber cómo y cuándo retirarme, no para ver declinar las fuerzas y sentir cada vez más la amenaza de la soledad, corriendo el riesgo de sentirme inútil, marginado, un peso para los demás, sino para cumplir una nueva tarea, más adecuada, más comprometida, más carismática. El trabajo disminuye, pero el amor crece siempre. Y radiante se acerca la esperanza de la que habla Pablo: *Reposita est mihi corona iustitiae* - «Me aguarda la corona de la justicia» (2 Tm 4, 8).

El Santo Padre Juan Pablo II nos ha dejado palabras de mucho consuelo y esperanza:

«... A vosotros, queridísimos hermanos en el sacerdocio y en el episcopado, que, por haber alcanzado unos límites de edad, habéis dejado la responsabilidad directa del ministerio pastoral. La Iglesia aún os necesita. Ella aprecia los servicios que aún le prestáis en muchos campos de apostolado, cuenta con vuestra aportación de una oración prolongada, espera vuestros sabios consejos, y se enriquece con el testimonio evangélico que dais día tras día»⁴.

El primer cardenal de Vietnam, Joseph Marie Trinh nhu Khue, arzobispo de Hanoi, ya que no le permitían ir a las parroquias a administrar la confirmación ni hacer visitas pastorales, durante 20 años subía diariamente a la terraza de su casa y allí rezaba el rosario por sus fieles. Me conmoví cuando, diez años después de su muerte, apenas liberado de la prisión, vi en la terraza una huella de forma oval: la huella de sus pasos, signos de la fe de un pastor anciano. He pensado en lo que escribía Juan XXIII a un obispo: «Ahora su función ha cambiado (con relación a la Iglesia): tiene que rezar por ella. Y eso no es menos importante que la acción».

La enfermedad

«Vivimos setenta años,
ochenta con buena salud,
mas son casi todos fatiga y vanidad,
pasan presto y nosotros volamos»
(*Sal* 90 [89], 10).

⁴ *Carta a los ancianos*, n. 13.

En la vida, además de la ancianidad, que podríamos considerar una enfermedad «natural», están también las enfermedades, que pueden llegar a cualquier edad.

En este campo puedo tener cierta experiencia. Después de mi cautividad, cinco veces fui intervenido quirúrgicamente. En dos ocasiones estuve a un paso de la muerte a causa de infecciones graves, y recibí la unción de enfermos, administrada por cinco hermanos obispos que lloraban compadecidos por la suerte humanamente desesperada de su hermano.

Para comprender qué lugar ocupan las enfermedades en la economía divina, hemos de centrar bien el valor del cuerpo humano.

«El cuerpo humano -afirma Pablo VI- es sagrado. [...] Sí, la divinidad habita en él; [...] Es más: cuando la gracia santifica al hombre, su cuerpo no es sólo instrumento del alma y su órgano; es también el templo misterioso del Espíritu Santo [...]. Una concepción nueva de la carne humana se abre a nuestros ojos; [...] que no altera en absoluto la visión de la realidad física y biológica. [...] La llena de un atractivo nuevo, que ni el placer ni la belleza sugieren, sino que el amor de Cristo inspira»⁵.

Dar valor a nuestras pruebas físicas y morales

El amor cristiano es lo que da valor y sentido a nuestra existencia, cuando la enfermedad pone en entredicho la integridad del cuerpo, porque en nosotros hay una vida que no está condicionada por el estado de nuestro físico,

⁵ *Insegnamenti di Paolo VI*, I (1963), Ciudad del Vaticano 1965, p. 141.

sino por el amor que sabemos dar. «Enfermos, vosotros sois fuertes como Jesús en la cruz», exclamó un día Juan Pablo II. Sí, porque nuestra fuerza está en Cristo, ¡en Cristo crucificado y abandonado! Cuando somos débiles, entonces somos fuertes.

Lo he experimentado en la cárcel. Cuando vivía momentos de sufrimiento extremo físico y moral, pensaba en Jesús crucificado. A ojos humanos, su vida es derrota, decepción, fracaso. Confinado a la inmovilidad más absoluta, ya no puede dialogar con las personas, curar a los enfermos, enseñar... Pero a los ojos de Dios, ese momento es el más importante, porque es allí donde él ha derramado su sangre por la salvación de la humanidad.

«Cada uno está invitado a cruzar este umbral», ha dicho Juan Pablo II en el Jubileo de los enfermos: la Puerta de la vida, la Puerta de la salvación, que es Jesús. Y ha recordado que el dolor y la enfermedad forman parte del misterio del hombre en la tierra. «La “clave” de tal lectura (del designio de Dios) está constituida por la *Cruz de Cristo*. [...] Quien la sabe acoger en su vida experimenta que el dolor, iluminado por la fe, es fuente de esperanza y de salvación»⁶.

La muerte

«Con humilde y serena confianza» (Pablo VI).

El pensamiento sereno de la muerte acompañó durante toda su vida al papa Juan XXIII. La primera redacción

⁶ «Homilía con ocasión del Jubileo de los enfermos» (11-2-2000), en *Ecclesia*, n. 2.986, pp. 24-25.

de su testamento espiritual es de 1925, año de su consagración episcopal, 38 años antes de su muerte.

El testamento de Pablo VI está fechado el 30 de junio de 1965, trece años antes de su muerte.

Estos dos grandes papas nos han dado el ejemplo de la fe para fijar «la mirada en el misterio de la muerte de lo que la sigue, a la luz de Cristo, único que la ilumina»⁷.

Hay dos momentos clave en la vida del hombre: nacimiento y la muerte: la vida terrena que comienza y la vida que acaba, cruzando el umbral del tiempo hacia la eternidad; momento éste que va siempre acompañado de una fuerte y especial densidad de sentimientos humanos.

La muerte es lo más serio de la vida; es la prueba más grande de todas, la definitiva: el cénit de nuestra vida, el último ofrecimiento que podemos hacer a Dios aquí en la tierra. Estamos seguros de que en esa hora, como a José nos asistirán Jesús y María.

La visión cristiana de ese momento está bien expresada en uno de los prefacios de la liturgia de los difuntos: «La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y, al deshacerse nuestra morada terrenal, ADQUIRIMOS una mansión eterna en el cielo».

En la cultura vietnamita hay un refrán que dice: “El nacimiento es una peregrinación, y la muerte, la vuelta a casa”. Por eso, en mi tierra, a los muertos se les sepulta de frente a la montaña, como si desde aquellas cumbres tuvieran que subir al cielo, como Jesús en el momento de su ascensión.

⁷ «Testamento di Paolo VI», n. 1, en *L'Osservatore Romano*, 12-8-1

Vivir para aquella hora

Jesús, con su vida, que culminó en la pasión y muerte, nos ha indicado el camino para subir al Cielo: fue el primero en recorrer el camino del Calvario. No escogió otros caminos para llevar a término su obra.

Venido a la tierra, curó a los enfermos, predicó la Buena Nueva, fundó la Iglesia, pero, sobre todo, vivió para su «hora», cuando, levantado en la cruz, atrajo a todos hacia él (cf. *Jn* 12, 32); en aquella «hora» realizó su obra.

También nosotros, como Jesús, debemos vivir para nuestra «hora». Cada uno de nosotros tiene su «hora», por lo que es bueno vivir esperándola y ofrecer esa «hora» ya desde este momento por los fines que Dios nos ha confiado, aunque gocemos de todo el vigor de nuestras fuerzas físicas.

Es la «hora» más «hermosa», la «hora» de la vida, no tanto de la muerte; es el momento del encuentro con Jesús: lo veremos. Allí es donde nos espera, y con El veremos a María, a quien tantas veces hemos invocado en la vida para que interceda por nosotros: «Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte». Y ella, como Madre amorosa, nos acogerá y nos conducirá como hijos suyos amados al Padre.

El examen de la misericordia

En la segunda meditación presenté cinco defectos de Jesús. Ahora añado un sexto: Jesús, como maestro, sería despedido sin duda por el ministro de Educación, porque ha revelado el tema del examen final, que era secreto. Y ade-

más, ha descrito su desarrollo: «El Hijo del hombre vendrá en su gloria... Todos los pueblos de la tierra serán reunidos ante él,... y pondrá los justos a un lado y los malos a otro» (cf. *Mt* 25, 31-33). El tema de ese juicio será el amor: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (v. 40).

Pero Jesús no es sólo responsable de haber revelado el tema del examen, sino que lo ha simplificado, sustituyendo las diez preguntas del decálogo por un resumen: «Amar a Dios y al prójimo».

Jesús, tú eres nuestro maestro, nuestro juez, nuestro premio. Ya no tengo miedo de ser juzgado, sino que deseo ardientemente comparecer ante mi juez, que es tan bueno generoso y misericordioso.

*Sis lesu nostrum gaudium,
qui es futurus premium,
sit riostra in te gloria,
per cuncta semper saecula*⁸.

(Himno *lesu dulcis memoria*)

El supremo acto de amor

Quisiera concluir esta meditación con dos testimonios: Recuerdo la narración de los últimos momentos del padre Joseph Lagrange, O. P., fundador de la Escuela Bíblica de Jerusalén y ejemplo de valor, humildad y fe en las

⁸ «Sé, Jesús, nuestro gozo, / tú que eres el premio futuro, / esté nuestra gloria en ti / siempre y por todos los siglos».

pruebas. Llevaba mucho tiempo en coma cuando, en presencia de sus hermanos en religión, de repente se sentó en el lecho, abrió los ojos y con las manos extendidas hacia lo alto, exclamó: «Jerusalén, Jerusalén». Fue como si hubiera visto la Jerusalén celeste. Luego, poco a poco, cerró los ojos, inclinó la cabeza y expiró.

Pablo VI en su testamento escribió:

«Por eso, ante la muerte, total y definitiva separación de la vida presente, siento el deber de celebrar el don, la suerte, la belleza, el destino de esta existencia fugaz: Señor, te doy gracias por haberme llamado a la vida, y aún más porque, haciéndome cristiano, me has regenerado y destinado a la plenitud de la vida. [...]. Siento que la Iglesia me rodea: oh santa Iglesia, una y católica y apostólica, recibe con mi saludo de bendición mi acto supremo de amor» (n. 1).

EL GOZO DE LA ESPERANZA
TRISTITIA VESTRA VERTETUR IN GAUDIUM

En medio de los cipreses y las higueras, con el perfume de las primeras flores de la primavera, el sol empieza a ocultarse. El aire es fresco. Dos hombres avanzan presurosos por el camino de Emaús, aldea que dista de Jerusalén unos once kilómetros. Están tristes (cf. Lc 24, 13-35).

Sus sentimientos y sus vicisitudes nos hacen pensar nuestro camino en esta época histórica de la Iglesia.

Por el camino de Emaús

Igual que los dos discípulos, que estaban tristes y decían: «Nosotros esperábamos que fuera él quien liberara el pueblo de Israel, pero...», humanamente, a veces la Iglesia se siente cansada, triste, defraudada de la situación del mundo de hoy, que hemos descrito en la cuarta meditación.

Es la frustración de una Iglesia que se apoya en esperanzas que no vuelven atrás.

Jesús, a quien los discípulos toman por un peregrino les explica la Sagrada Escritura, empezando por Moisés y siguiendo con los profetas, para hacerles comprender una

verdad enigmática: «El Mesías ¿no tenía que sufrir estas cosas antes de entrar en su gloria?»).

Cristo, el Crucificado Resucitado, mediante su manifestación a los discípulos de Emaús, nos revela claramente que el misterio de muerte y de vida, la cruz y la resurrección, son la clave para comprender las Escrituras, y con ellas la vida de la Iglesia. No tiene consistencia nuestra esperanza si no está fundada en la Palabra de Dios, en el misterio de la cruz y de la Pascua gloriosa de Cristo.

Cristo está presente en la Iglesia cuando se leen las Escrituras. Su compañía con los discípulos, el camino recorrido con ellos indica la inefable certeza de que está con nosotros a lo largo del camino de la historia, como luz que ilumina y fuego que calienta los corazones.

En el momento de la *fractio panis* -un gesto que ciertamente despertó la conciencia de los dos caminantes-, los ojos de los discípulos se abrieron y reconocieron a Jesús. Sólo con los ojos de la fe puede la Iglesia reconocer a Jesús.

El ofreció a los discípulos el pan eucarístico, y con él, entró en su corazón. No sólo estaba ante ellos, en medio de ellos, sino en ellos: una presencia de amor capaz de cambiar su vida.

Por el sendero de Emaús, los discípulos nos indican el camino: con la Eucaristía, la Palabra de Dios y el misterio de la cruz, la Iglesia puede avanzar humildemente y con júbilo por su camino, sostenida siempre por la presencia del Salvador.

Cambio de sentido

«Se levantaron -escribe Lucas- y volvieron enseguida a Jerusalén».

La fuerza de la presencia de Cristo obró el milagro. Volvieron sobre sus pasos, retornaron a Jerusalén con el corazón lleno de alegría, para ser testigos, anunciadores de lo que habían experimentado: la presencia de Jesús en medio de ellos, la fuerza arrasadora de su Palabra, que iluminaba toda la Escritura, la amistad del Resucitado, que había suscitado el grito: «¡Quédate con nosotros, porque anochece!». Y luego esa comida ofrecida por Jesús, en cual de nuevo, pero esta vez Resucitado, él se entregaba a los discípulos como pan de resurrección y de vida.

En Jerusalén encontraron a los Once reunidos con sus compañeros. También ellos sabían que el Señor había resucitado de entre los muertos. Unos y otros, en la alegría de una reciprocidad compartida, se evangelizaron de nuevo con el anuncio de la Resurrección. Los del cenáculo decían: «El Señor ha resucitado de verdad y se ha aparecido a Simón». Y los dos de Emaús confirmaban, contando do lo que había sucedido por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan (cf. *Lc 24, 33-35*).

«La paz esté con vosotros»

Cada vez que Jesús se aparece después de resucitar, saluda siempre así: «La paz esté con vosotros». Es como decir: «Yo estoy con vosotros». Jesús es nuestra paz, nuestra esperanza. Por eso, los discípulos de Emaús confiesan. «Nosotros sentíamos como un fuego en el corazón cuando él, por el camino, nos hablaba y nos explicaba las Escrituras».

Esta verdadera paz, que es alegría que el mundo no puede dar, sólo se obtiene con el camino penitencial, con

el cambio real de vida, como nos exige el compromiso jubilar.

Hay que escuchar lo que el Espíritu dice a las siete Iglesias, lo que hemos considerado en nuestra tercera meditación: «Un balance a comienzos del siglo XXI». Es preciso volver a salir siempre de la situación de una Iglesia que ha perdido el primer amor, que tolera la idolatría, que ha cedido al compromiso; de la pereza de una Iglesia que duerme o que vive tibiamente en la mediocridad, para ser *Iglesia pobre, Iglesia que escucha al Espíritu Santo, Iglesia de comunión*.

Transformar lo humano para convertirlo en divino: eso requiere una *metanoia*, un cambio radical. Como el cambio progresivo y luego decisivo de los discípulos de Emaús: convertidos por la Palabra y la presencia viva de Cristo, cambiaron de camino. Huían de Jerusalén, la ciudad del escándalo de la muerte de su Maestro, en el cual habían depositado sus esperanzas, y ahora, sin miedo, vuelven a Jerusalén, ciudad de la muerte y de la resurrección de su Señor.

Una alegría que nadie nos quitará

Con esta actitud de purificación, de vuelta a Cristo, nuestra tristeza se convierte en alegría.

Jesús lo había prometido y ahora lo realiza: «Vuestra tristeza se convertirá en gozo... Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y vuestra alegría nadie os la podrá quitar» (*Jn 16, 20-23*). El es de verdad el amigo fiel. Los discípulos lo han visto de nuevo y han experimentado la alegría de una presencia que ninguno les podrá arrebatarse.

Nadie nos puede dar esta alegría, que sobrepasa toda posibilidad y todo conocimiento humano. En la tierra cuidamos de un enfermo mientras está vivo, pero ¿quién tratará de cuidar un cadáver? ¡Sería de locos! Y sin embargo, Jesús murió, fue sepultado y resucitó. De aquí nace nuestra alegría, una alegría inmensa, siempre nueva, perenne, porque es divina. *Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi!* - «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!»¹.

En la historia de hoy no faltan situaciones en las que la Iglesia vive en la «esperanza contra toda esperanza»: en el sufrimiento de sentirse abandonada por el Padre, en el sufrimiento que viene de la división entre los cristianos, en el sufrimiento del martirio y de la condición de minoría. Justamente a esta Iglesia se le dirige la promesa del Apocalipsis: «No habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado». Habrá «un cielo nuevo y una tierra nueva» (cf. *Ap* 21, 4.1).

Si hemos empezado los ejercicios espirituales con el itinerario de los Patriarcas según el libro del Génesis, ahora se abre ante nosotros la visión de paz del Apocalipsis.

Cristo está en medio de nosotros mediante el amor

La paz que Jesús anuncia a sus discípulos se realiza en el amor, mandamiento-síntesis en el que Jesús resumió el decálogo de la Ley de Moisés: el amor a Dios y a nuestros hermanos. En el amor el corazón se reconcilia, se reunifi-

¹ San Agustín, *Las confesiones*, X, 27.

ca, recobra la paz para la cual fuimos creados y a la que estamos destinados.

El 18 de enero de 2000, en la liturgia para la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de S. Pablo Extramuros, por un momento -casi profético- hicimos la experiencia de una *pax oecumenica*, que se expresó en el abrazo de paz como signo de mutua caridad. Resuenan aún en nosotros las palabras de la liturgia bizantina que se recitaron en aquel momento: «Amémonos unos a otros, de modo que, en unidad de espíritu, profesemos nuestra fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo». Y las palabras del antiguo canto gregoriano que la liturgia romana asigna al Jueves Santo:

«Donde hay caridad y amor, allí está Dios.
Nos ha reunido a todos juntos Cristo, amor.
¡Alegrémonos, exultemos en el Señor!
Temamos y amemos al Dios vivo,
y amémonos entre nosotros con sincero corazón...
Evitemos dividirnos entre nosotros,
fuera las luchas malignas, fuera las rivalidades,
y reine en medio de nosotros Cristo Dios».

Cristo está en medio de nosotros como nuestra paz y nuestra reconciliación cuando amamos a Dios y nos amamos entre nosotros.

Para ser testigos de esperanza

El episodio de Emaús nos recuerda a todos nosotros una realidad alegre de la experiencia cristiana: la presencia

perenne, en la Iglesia, de Cristo Resucitado. Presencia viva y real, en la Palabra, en los sacramentos, en la Eucaristía. Pero también en las personas y entre las personas, en los ministros de la Iglesia, en los pobres, en cada hermano.

Celebrando el Gran Jubileo de 2000 podemos decir, como el Santo Padre nos ha recordado, que nuestro Jubileo es Cristo, pero El es también nuestro júbilo, nuestra alegría. Desde hace 2000 años, la Iglesia vive de esta presencia. Y mirando al futuro, tiene la esperanza de su promesa: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Hemos de ser testigos de esta presencia y de esta esperanza.

¿Cómo podemos serlo de verdad en la alegría de testigos creíbles?

Estos días hemos vivido juntos algo del camino de Emaús. En el momento de concluir los ejercicios y de dejar, como es habitual, algún recuerdo, podemos resumir en algunas palabras-clave nuestro compromiso, nuestro pacto recíproco de ser unos para otros, alrededor del sucesor de Pedro, testigos alegres de la esperanza.

Aprendamos de los discípulos de Emaús, siguiendo sus reacciones.

Volvamos a Jerusalén

¡Volvamos a los orígenes del Evangelio! Volvamos continuamente a Jerusalén, como el Santo Padre hace en este año jubilar. Una vuelta a las fuentes, al centro de la Iglesia, donde Jesús enseñó, sufrió la pasión, murió y fue sepultado.

Parecía el final. Pilato había enviado soldados a custodiar la tumba de Jesús; los judíos habían rodado ante el sepulcro una gran piedra y la habían sellado. Querían destruirlo para siempre. Borrarlo de la memoria de todos, incluidos los suyos.

Pero fue en Jerusalén donde Jesús resucitó y se apareció a muchas personas. La Iglesia exulta de gozo porque Jesús dijo: «¡Ánimo!: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Con los discípulos de Emaús, volvamos al espíritu auténtico del Evangelio, ¡volvamos a hacer del misterio pascual la fuente de nuestra esperanza!

Permanezcamos unidos a la comunidad eclesial en torno a Pedro

Es la segunda reacción. En el cenáculo, los discípulos de Emaús encuentran la comunidad eclesial y al discípulo a quien Jesús había prometido confiar su Iglesia: a Pedro. A él se le había concedido una aparición especial del Señor: «Se ha aparecido a Simón» (Lc 24, 34).

Pedro tiene una función esencial de unidad en la Iglesia. Por eso, a Pedro y a los sucesores de Pedro Jesús les ha concedido una gracia especial de *martyna*, de testimonio de fe en Jesús. Pedro confiesa la fe en Cristo, Hijo de Dios vivo. Corre al sepulcro y constata que el Señor ha resucitado. Ante Jesús y los demás discípulos, confiesa su amor por el Maestro. Y en Roma, en la Colina Vaticana, sella con su sangre la confesión de la fe y el primado de la caridad.

El perfil petrino de la Iglesia es también éste: la unidad de la fe y del amor por Cristo en torno a Pedro, para que la Iglesia sea una en su esencia de amor y de servicio.

Con María, la Madre de Jesús

Los Evangelios no lo dicen, pero la intuición del Pueblo de Dios lo confirma. En la comunidad de los discípulos, privados de la presencia física del Maestro, María, la Madre de Jesús, es, antes y especialmente después de la Ascensión, como la garantía de la continua asistencia del Señor y la certeza de la promesa del Espíritu Santo.

María, la Madre, remite espontáneamente al Hijo. María, la llena de gracia, llena de Espíritu Santo, es garantía de la futura efusión del Espíritu.

La Madre de Jesús, la toda Santa, revela el perfil mariano de la Iglesia. Una Iglesia familia. Una Iglesia fraterna, acogedora y solidaria. Con María nos sentimos hermanos entre nosotros, unidos en la confesión de Cristo. Con su corazón misericordioso, nos sentimos abiertos a todos. Y la Iglesia es católica con las dimensiones de la Madre de la unidad, que abraza a todos sus hijos dispersos por el mundo.

María, que es Amor *acogido, correspondido y compartido*, es modelo de la Iglesia, que es Misterio, Comunión y Misión.

Creo en la Iglesia una, santa, católica, apostólica y gozosa

Empezamos estos ejercicios espirituales con el *Liber generationis*, recordando la llamada de Abrahán, y concluimos con Abrahán. Nuestra esperanza es Jesús, el único Salvador, que nos espera en la alegría eterna del banquete, en el que también el pobre Lázaro está en el seno de Abrahán. Día tras día avanzamos por el camino, sem-

bramos las semillas de esperanza para una nueva primavera de la Iglesia una, santa, católica, apostólica y gozosa.

Jesús ya ha venido al mundo: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (*Jn* 1, 14). «Os anuncio una gran alegría: Cristo ha nacido» (cf. *Lc* 2, 10-11). La escatología ha empezado ya, aunque es incoativa y sólo se cumplirá en el Cielo.

En esta vida terrena tenemos ya la alegría de la esperanza, porque Dios no sólo ha prometido la salvación «a nuestros padres, a Abrahán y a su linaje por los siglos», sino que también «juró a Abrahán, nuestro Padre...» (*Lc* 1, 55.73). Nuestra alegría es tan grande e inefable porque está garantizada por Dios mismo.

Si un peregrino que llega a Roma y obtiene de la Prefectura de la Casa pontificia una entrada para asistir a la audiencia del Papa, es feliz y está lleno de alegría en la esperanza, porque está seguro de poder ver al Santo Padre, con más razón tenemos nosotros motivos para estar llenos de alegría: estamos bautizados, hemos recibido de la Prefectura de la Casa celestial, que tiene como prefecto a san Pedro, una entrada para ver a la Santísima Trinidad. Dicha entrada ya está en nuestro bolsillo. Y cada mañana nos sumergimos en el gozo inmenso y perenne de la esperanza.

Dijo Jesús a los judíos: «Vuestro padre Abrahán se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró» (*Jn* 8,56).

PALABRAS DEL SANTO PADRE
COMO CONCLUSIÓN
DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Como conclusión de los ejercicios espirituales, doy gracias al Señor, que me ha ofrecido la alegría de compartir con vosotros, queridos y venerados hermanos de la Curia Romana, estos días de gracia y de oración. Han sido días de intensa y prolongada escucha del Espíritu, que ha hablado a nuestros corazones en el silencio y en la atenta meditación de la Palabra de Dios. Han sido unos días de fuerte experiencia comunitaria, que nos han permitido sentirnos, como los apóstoles en el cenáculo, «todos perseverando en la oración, con un mismo espíritu, en compañía... de María, la madre de Jesús, y con sus hermanos» (Hch 1, 14).

Doy las gracias en nombre de cada uno de vosotros al queridísimo Mons. François-Xavier Nguyen van Thuan, Presidente del Pontificio Consejo de la Justicia y de la Paz, el cual, con sencillez e inspiración espiritual, nos ha guiado en la profundización de nuestra vocación de testigos de la esperanza evangélica al comienzo del tercer milenio. Testigo él mismo de la cruz en los largos años de prisión en Vietnam, nos ha contado frecuentemente hechos y episodios de su ardua cautividad, animándonos así en la certeza consoladora de que, cuando todo se derrumba a nuestro alrededor

y quizá también dentro de nosotros, Cristo sigue siendo nuestro infalible apoyo. Agradecemos al arzobispo Van Thuan -en la cárcel era solamente el Sr. Van Thuan- su testimonio, que resulta muy significativo en este año jubilar.

Cristo crucificado y resucitado es nuestra única y verdadera esperanza. Fortalecidos con su auxilio, también sus discípulos se convierten en hombres y mujeres de esperanza. No de esperanzas a breve término y fugaces, que luego dejan cansado y frustrado el corazón humano, sino de la verdadera esperanza, don de Dios que, sostenida desde lo alto, tiende a alcanzar el sumo Bien y está segura de lograrlo. De esta esperanza tiene urgente necesidad el mundo de hoy. El Gran Jubileo que estamos celebrando nos conduce paso a paso a profundizar en las razones de esta esperanza cristiana, que pide y favorece una creciente confianza en Dios y una apertura cada vez más generosa a los hermanos.

María, Madre de la esperanza, que ayer por la tarde el predicador nos invitó a contemplar como modelo de la Iglesia, nos obtenga el gozo de la esperanza, de modo que también para nosotros, en los momentos de la prueba, como sucedió a los caminantes de Emaús, la presencia de Cristo cambie nuestra tristeza en gozo. Tristitia vestra vertetur in gaudium.

Con estos sentimientos os bendigo de corazón y os pido a todos vosotros que sigáis acompañándome con la oración, sobre todo en la peregrinación a Tierra Santa que, si Dios quiere, tendré el gozo de realizar la próxima semana.

18 de marzo de 2000

JOANNES PAULUS II

ÍNDICE

*Carta de Juan Pablo II a Monseñor François-Xavier
Nguyen van Thuan*
Dedicatoria

INTRODUCCIÓN: DIOS ESCRIBE DERECHO EN
RENGLONES TORCIDOS

CON LA FUERZA DE LA GRACIA DE DIOS

1. ANTE EL MISTERIO DE DIOS

LÍBER GENERATIONIS IESU CHRISTI

La genealogía de Cristo

El misterio de nuestra llamada

El misterio del pecado y de la gracia

El misterio de la esperanza

Cruzar juntos el umbral de la esperanza

¡ESPERA EN DIOS!

2. JESÚS SALVADOR, ÚNICA ESPERANZA

SIMÓN, QUID DICIS DE ME?

Los defectos de Jesús

Y nosotros hemos creído en el amor

Has hecho admirablemente todas las cosas

Más admirablemente las has reconstituido

3. UN BALANCE AL PRINCIPIO DEL SIGLO XXI

REDDE RATIONEM VILLICATIONIS TUAE

El Señor nos llama a la conversión

Palabra de verdad

Lo que el Espíritu dice a las Iglesias

«Adsumus, Domine»: Con humildad en presencia de
Dios

¡Ven, Señor Jesús!

4. EL MUNDO DE HOY
SIC DEUS DILEXIT MUNDUM
Esta tierra magnífica
Esta tierra dolorosa
Esta tierra dramática
Anunciamos una gran alegría: nos ha nacido el Salvador

5. Dios, Y NO LAS OBRAS DE DIOS
PORRO UNUM
El fundamento de la vida cristiana
Un «fiat» siempre renovado
El verdadero culto
La valentía de la coherencia
La elección de Dios en la vida de un pastor
La fuerza magnética del testimonio

LA AVENTURA DE LA ESPERANZA

6. EL MOMENTO PRESENTE
SIVE MANDUCAMUS, SIVE BIBIMUS
Camino a la santidad
Compromiso y don
En el presente, «in sinu Dei»
Discernir la voz de Dios
Cómo colmar cada momento de amor
Ese momento que será el último

7. SER PALABRA
VERBA MEA SPIRITUS ET VITA SUNT
La Palabra y las palabras
Palabra y Eucaristía, única mesa
Acoger y vivir la Palabra de Dios
Adquirir la mente de Cristo
Comunicar la Palabra
Sólo con el Evangelio

8. EL ARTE DE AMAR

VINCULUM PERFECTIIONIS

¡El mundo es de quien lo ama!
Distintivos del amor cristiano
El amor, primera evangelización
La Madre del Amor hermoso

9. TODOS SON EL PUEBLO DE DIOS QUE SE ME HA CONFIADO

EXTRA MUROS - OMNIA ÓMNIBUS

A las raíces de la evangelización
Jesús crucificado se ha hecho presente allí donde viven
 todos los malditos
«Extra muros»
Mi catedral más hermosa
La radicalidad del Evangelio
Todo a todos
Un horizonte ilimitado: «omnia propter evangelium»

ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA

10. ABANDONADO POR EL PADRE

ELOÍ, ELOÍ, LEMÁ SABACTANÍ?

Nuestros momentos de abandono
El misterio de la cruz
El abandono de Jesús
Una sola cosa con el Padre
Completo en mi carne
...en favor de su cuerpo, que es la Iglesia

11. PARA QUE EL MUNDO CREA

NUM CORPUS DIVIDI POTEST?

El grito de Jesús
Esperanza contra toda esperanza
El sacrificio de la unidad
Conversión del corazón

12. MÁRTIRES DE HOY

SEMEN CHRISTIANORUM

La herencia de los mártires

Jesús, modelo y causa de todo martirio
Una multitud inmensa en la Iglesia de hoy
Mártires de la caridad
Testigos de la Pascua de Cristo
«He visto a mi padre subir al Cielo»

13. REZAR SIEMPRE

IN ORATIONE DEI

Una oración sencilla
En estado de oración
Ser oración
En la imposibilidad de rezar
El Testamento de Jesús
Velad y orad

EL PUEBLO DE LA ESPERANZA

14. CONCORPÓREOS Y CONSANGUÍNEOS CON CRISTO

CARO MEA PRO MUNDI VITA

El alimento de los testigos
«En memoria mía»
Quien come de mí vivirá por mí
La Eucaristía en el campo de reeducación
Un solo pan, un solo cuerpo
Padre nuestro, pan nuestro
Una gran hostia

15. CON VOSOTROS TODOS LOS DÍAS

IESUS VIVENS IN ECCLESIA SUA

¿Cómo está presente Jesús en la Iglesia?
«Estoy yo en medio de ellos»
Una respuesta: en la fraternidad vivida
Células vivas por todas partes
Lo que nos distingue
Lo que más vale

16. TU ESPERANZA ES LA IGLESIA

<i>IMAGO TRINITATIS</i>	1
«Somos hijos de la Iglesia»	1
La belleza de la Iglesia primitiva	
Comunión y misión	
Al servicio de la unidad de la Iglesia	
«Pupilla oculi»	
Cómo un pescadito puede traer la esperanza	

17. VIVIR LA COMUNIÓN

<i>SICUT TU IN ME ET EGO INTE</i>	
En los albores del monaquismo	
Un nuevo Pentecostés	
La unidad, un signo de los tiempos	
Cómo vivir la comunión en nuestro tiempo	
Dimensiones concretas	
Construir la Iglesia	
El «castillo exterior»	

RENOVAR EN NOSOTROS LA ESPERANZA

18. NO TENGÁIS MIEDO

<i>PUSILLUS GREX</i>	
¿Dónde está el Vaticano?	
El misterio de la minoría	
«¿De cuántas divisiones dispone el Papa?» (J. Stalin)	
«Tú no puedes ir contra ese filisteo» (Saúl)	
Jesús, el hombre de las pequeñas cifras	
Las murallas de la nueva Jericó	
Caminos insospechados del Señor	
«Mirabilis Dominus»	

19. PARA RENOVAR LA FAZ DE LA TIERRA

<i>ACCIPIETIS SPIRITUM SANCTUM</i>	
He visto al Espíritu Santo, «Fons vivus, ignis, caritas», en los papas de este siglo	
He visto al Espíritu Santo, «Dominum et vivificantem», en la historia de la Iglesia	

He visto que sin el Espíritu Santo no podemos hacer nada
bueno: «Sine tuo numine, nihil est in homine»
He visto al Espíritu Santo que actúa en una Iglesia que
se renueva siempre
También he visto al Espíritu Santo fuera de la Iglesia
He visto al Espíritu Santo, «Pater pauperum», que no
nos ha dejado huérfanos
«Veni, Sancte Spiritus»

20. EL MODELO DE LA IGLESIA

ECCE MATER TUA

La Virgen a mediodía
La Iglesia es Mujer, es Madre
María es Amor acogido
María es Amor correspondido
María es Amor compartido
Misterio - comunión - misión
María me libera

21. ANCIANIDAD, ENFERMEDAD, MUERTE

NUNC ET IN HORA MORTIS NOSTRAE

El don más grande
Los ancianos en la Sagrada Escritura
Una nueva tarea más carismática
La enfermedad
Dar valor a nuestras pruebas físicas y morales
La muerte
Vivir para aquella hora
El examen de la misericordia
El supremo acto de amor

22. EL GOZO DE LA ESPERANZA

<i>TRISTITIA VESTRA VERTETUR IN GAUDIUM</i>	2
Por el camino de Emaús	2
Cambio de sentido	2
«La paz esté con vosotros»	2
Una alegría que nadie nos quitará	
Cristo está en medio de nosotros mediante el amor	
Para ser testigos de esperanza	
Creo en la Iglesia, una, santa, católica, apostólica y gozosa	

*Palabras del Santo Padre como conclusión de los
ejercicios espirituales*